



Crimen en la colina

El primer caso de la familia Casadei

CARLO FLAMIGNI

Siruela/ Policiaca

Carlo Flamigni

Crimen en la colina
El primer caso de la familia Casadei

Traducción del italiano
de Carlos Gumpert

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Al matadero van más corderos que ovejas
(proverbio romañol)

Índice

CRIMEN EN LA COLINA

Personajes
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX

Notas del traductor
Créditos

Crimen en la colina

Personajes

Primo Casadei, apodado Terzo, protagonista
Su familia: Maria, su mujer; Berenice, Beatrice, Proverbio,
Pavolone
Macbetto Fusaroli, subcomisario
El padre Michele y el padre Vittorio
El maestro, el pintor, el veterinario
El médico y el farmacéutico
La Mariuccia, la Ersilia y la Ofelia
El aparej. Adamo y Edvige, su mujer
El conde Campi
El comendador Tumidei
El profesor Inzolia
El obispo, el padre Pino
Los ex alumnos
Gente del pueblo, gente de la ciudad, policías, carabinieri

Prólogo

Cómo escogían sus juegos las dos gemelas, nadie había sido capaz de descubrirlo. A esa edad, cuatro años, casi cinco, jugar es un elemento fundamental de la vida, indispensable para comprender el mundo y comprenderse a uno mismo; no había nada de extraño, pues, en que Berenice y Beatrice se pasaran la mayor parte del tiempo jugando. No resultaba tan natural, sin embargo, que la elección del juego –realizada en el seno de una gama muy vasta, que les consentía interpretar una gran variedad de papeles, muchos de los cuales de evidente derivación televisiva– se produjera de repente, sin acuerdo preliminar alguno. Un momento antes, las dos niñas estaban sentadas a los pies de Proverbio, quien les contaba un cuento, un momento después eran dos señoras que hablaban de sus niños, dos huerfanitas abandonadas por sus crueles tíos en medio de un bosque repleto de peligros o dos dependientas en una tienda de golosinas. Tal como había empezado, de golpe, sin preámbulos, el juego podía acabar, si una de las dos se cansaba o si hallaba algo que objetar en el desarrollo de los acontecimientos que estaban imaginándose. En este último caso, podía estallar una discusión entre ellas, tan violenta como breve, durante la cual se intercambiaban los epítetos más desagradables que dos niñas romañolas, por más que de madre china, poseen en su aún modesto vocabulario: *badessa*, *braghira*, *sasa*, *invornita*; y hasta podían hacerse la *lusla* y sacarse la lengua, pero nunca durante mucho rato. La discusión se apagaba rápidamente y, en cualquier caso, nunca recurrían a la opinión de la madre ni había rencores: sencillamente, cambiaban de juego, nuevos personajes, nuevas fantasías, nunca caras largas, jamás una sola hora de morros. Por lo demás, no se peleaban nunca, por ninguna razón, y ninguna de las dos daba muestras de sentir envidia de la otra, como si todo fuera compartido.

Ese día, sin embargo, no ocurrió así: ese día, en cuanto empezó la discusión, Beatrice estalló en un llanto incontenible, se sentó en el suelo, sin dejar de sollozar, y su llanto, el llanto de una niña que no lloraba nunca, sorprendió y alarmó en general a todos. La madre la tomó en brazos, la mimó un rato, pero entonces se dio cuenta de que tenía algo de temperatura y la metió en la cama. Por la tarde,

Beatrice seguía con fiebre y además tenía una tos seca y molesta que parecía ir empeorando rápidamente. Primo decidió llamar al pediatra y le telefoneó para apremiarlo un montón de veces; el pediatra sabía que, cuando las pequeñas gemelas se sentían indispuestas, su padre perdía literalmente la cabeza, de manera que no se preocupó en exceso y se lo tomó con calma, hasta el punto de no aparecer hasta bien entrada la tarde, cuando incluso Maria había empezado a ponerse nerviosa y Primo estaba, por decirlo de

manera suave, hecho una bestia. La condescendencia inicial del pediatra desapareció sin embargo al poco de empezar la visita. Había algo extraño, algo en los pulmones, poco claro, quizá de no demasiada importancia, quién sabe, lo mejor era ser prudentes, lo mejor era anticiparse a los problemas... Al cabo de veinte minutos llegó la ambulancia, al cabo de una hora escasa la pequeña estaba ya en el hospital, en el ala donde se trataban las enfermedades infecciosas, y le habían hecho ya un buen número de pruebas. Llegó el jefe de servicio desde casa –se estaba haciendo de noche–, creando un enorme revuelo: miró las pruebas, examinó las placas, visitó a la niña, dio instrucciones. Era una pulmonía, dijo, pero una pulmonía de una clase particular, una pulmonía miliar. Ni Primo ni Maria entendieron lo que significaba esa palabra, que Maria no había oído nunca y que Primo relacionaba con las piedras, pero ambos conocían la otra palabra que añadió el jefe de servicio, tuberculosis. Maria se echó a llorar, Primo se puso completamente colorado y empezó a hacer preguntas, estaba convencido de que la tuberculosis había sido erradicada, y ahora... Pero el jefe de servicio era uno de esos médicos a los que no les gusta perder el tiempo dando explicaciones («cuanto más explicas, menos te entienden» era su lema), de modo que Primo tuvo que conformarse. Ahora Beatrice tenía un fiebrón, los médicos le dijeron a Maria que toda la familia, y en particular Berenice, tenía que someterse a una serie de pruebas; todos eran muy amables pero nadie sonreía, en fin, que peor no podían ir las cosas.

Aquel fue sin duda un mal día, uno de los más horribles para toda la familia. Después, poco a poco, Beatrice empezó a mejorar, las curas surtieron efecto, no se presentaron ulteriores complicaciones, volvió la serenidad justo en el momento en que, poco a poco, estaba volviendo también la primavera. Y al final llegó el momento del alta, el que ratificaba el auténtico final de la pesadilla. El jefe de servicio estaba ausente en un congreso, de manera que la entrevista final le tocó hacerla a Primo con una de las doctoras del servicio, precisamente la que le había parecido más amable con él y más afectuosa con Beatrice. Hablaron de muchas cosas, Primo tenía muchas preguntas que hacer, muchas preguntas para las que, al parecer, no obtendría respuesta. Por ejemplo, ¿cómo había podido ocurrir algo así? La doctora le dijo que habían apuntado algunas hipótesis, pero que no tenían certezas, parecía un caso aislado, difícil de explicar. Primo quiso saber adónde era mejor llevar a Beatrice, quien, indudablemente, necesitaría una larga convalecencia.

–¿Usted a qué se dedica? –le preguntó la doctora.

–Escribo, no tengo trabajo fijo –contestó Primo–, podemos irnos a donde usted nos aconseje, a mí me basta con poder usar el ordenador y llevarme unos cuantos libros.

La doctora le hizo muchas preguntas, estuvieron charlando un rato, y al final acordaron que la mejor solución era la de pasar algunos meses («hasta el invierno por lo menos») en el pueblo de origen de la familia de Primo y donde él seguía teniendo algunos parientes: colinas altas, muchos árboles, nada de contaminación, aire limpio y oxigenado al máximo. A Primo se le vino además a la cabeza que un primo segundo suyo había pasado hacía poco a despedirse, pues se marchaba a pasar un año sabático ya no se acordaba dónde, y le había dicho que dejaba su casa vacía, le hubiera gustado alquilarla,

pero vete tú a saber, no le apetecía dejarle a un extraño su propia casa durante tanto tiempo...

De modo que, al cabo de menos de una semana, toda la familia (Primo, Maria, Berenice, Beatrice y Proverbio) se trasladó a ***, un pueblo de las colinas altas de la Romaña, para alojarse en la casa del primo segundo en cuestión, quien se la alquiló por cuatro duros, con el objetivo de garantizar a Beatrice todo lo necesario para una perfecta curación. Solo faltaba Pavolone que, quién sabe, tal vez se acercara en verano. Primo estaba convencido de que el regreso a los lugares de sus orígenes le daría nueva inspiración; las gemelas solo sentían curiosidad; Proverbio tenía grandes esperanzas puestas en la recolección de setas; lo que se le pasaba por la cabeza a Maria no lo sabía nadie. Llegaron a *** en la primera semana de abril, cuando el verde de las hojas de los árboles está aún de lo más tierno y da a todo el mundo una gran sensación de paz. No sabían lo que les aguardaba, pero, como dice el poeta, si es cierto que hemos nacido sobre la cresta de una ola, ninguno de nosotros es capaz entonces de decir dónde está el horizonte... ¿De qué valen entonces las recriminaciones?

Capítulo I

Algunas noticias acerca de los protagonistas de la historia (para quien no los conozca aún). El problema de los nombres en la Romaña. Las desventuras de una china en la costa. Además están los apodos. Breve historia de un protagonista momentáneamente ausente.

Primo Casadei, conocido comúnmente por Terzo por algunos amigos y por muchos enemigos, era un hombre que poseía aún el privilegio de vivir en la parte adecuada de los cincuenta años, un pasado complicado y no siempre agradable de recordar, un presente más que aceptable y un porvenir presumiblemente sereno. Primo era el tercer hijo de dos buenas personas que se habían entregado a fondo a la educación de sus tres chicos, dos varones y una hembra, de quienes esperaban mucho y a quienes habían confiado el ascenso social de la familia. En efecto, dos de ellos respondieron a las expectativas; Primo, por desgracia, no. De toda la vasta familia de los Casadei (Primo tenía más de cuarenta primos), él, el último en llegar, era con toda probabilidad el más inteligente; no le faltaban tampoco las dotes necesarias para alcanzar el éxito, en la universidad, o en cualquier carrera profesional: una extraordinaria memoria, una auténtica pasión por la literatura y la historia, una gran capacidad para resolver por instinto problemas matemáticos; carecía por completo, en cambio, de la prudencia, de la percepción del riesgo y del común sentido de la moral. En la universidad no llegó ni a matricularse, ensayó los caminos más tortuosos y divertidos que su notable fantasía puso a su disposición, cometiendo un error tras otro: no acertó jamás con amigos ni con enamoradas, pasó incluso un breve lapso de tiempo en la cárcel y durante otro breve lapso de tiempo se vio trabajando para un grupo de granujas que tenían las manos metidas en el saco de todos los trapicheos que florecían a lo largo de la costa romana. Así se lo encontró la vida cuando, con poco menos de cincuenta años, se vio obligado a echar cuentas: sin casa, sin trabajo, con una mujer china, dos pequeñas gemelas, Berenice y Beatrice, más de diez mil libros, ni una sola librería. Dado que no había suma que le cuadrara, se preguntó si tendría sentido intentar volver a empezar desde el principio: las virtudes que no tenía, en parte se las impuso, en parte se las inventó; aprovechó sus innumerables lecturas y su extraordinaria memoria y escribió un libro, una historia de la Romaña papal, que tuvo éxito y vendió más de veinte mil ejemplares. El editor lo estimuló a seguir escribiendo, después le hizo un contrato, después le ayudó a situarse entre los escritores de cierto éxito. La fortuna, la estúpida, injusta fortuna lo

acunó en sus brazos y le aseguró de repente todo lo que siempre le había negado: dinero suficiente, el respeto de muchas personas, una cierta notoriedad, una casa, una familia, un par de amigos sinceros. Con este patrimonio asegurado, una vez pasado el susto por la salud de Beatrice, Primo se aprestaba a trasladarse a los lugares donde su familia tenía sus raíces, lleno de curiosidad, sin preocupaciones particulares: sereno, en definitiva. Claro está, no se había transformado en un santo: mucha gente tendría cosas que decir sobre su concepto de la justicia, y a su sentido de la moral le hacía falta una buena revisión; se veía con amigos que hubiera debido evitar y de vez en cuando, con discreción, perdía la cabeza tras un par de tetas. Pero como a él mismo le gustaba repetir, quien esté libre de pecado... (a lo que Proverbio replicaba que él por quien se preocupaba sobre todo era por quienes estaban libres de piedras). ¿Qué más podemos decir de Primo? Quizá algo sobre su aspecto, algo sobre su salud. Según decían las mujeres, era un hombre muy guapo, alto, delgado, moreno, una especie de torero con aires de intelectual. Aunque atáxico, con poco equilibrio, a causa, digámoslo así, de un accidente. Y, sobre todo, una buena cabeza.

Es difícil decir algo de cómo era la vida de Maria antes de los veinte años. Vivía en China, en algún sitio, tenía una familia, un trabajo, amigos probablemente. ¿Era feliz? Muy probablemente, no, porque si no, ¿qué rayos la indujo a dejar su país para acabar condenada a trabajos forzados, y clandestina, por si fuera poco, en una pequeña aldea de la Romaña?

Lo que hizo que Maria y Primo se conocieran forma parte de una historia que no podemos contar aquí, por demasiado larga y demasiado complicada. En realidad, Maria se había ofrecido –no como voluntaria, no, para ser voluntario hay que ser rico– para acoger en su regazo al hijo de otra mujer, y las cosas iban por el buen camino, hasta que un buen día, tras un par de errores de más, un par de vasos de más, se vio embarazada, de Primo en concreto, y de dos gemelas en concreto. Ya se sabe cómo funcionan estas cosas, una hermosa muchacha ella, hombre atractivo él...

Y es que Maria era una hermosa muchacha de verdad, alta, bonitas tetas, bonito trasero ligeramente amarillento, un festín para los ojos. Si de verdad se le quería sacar algún defecto, entonces había que dirigir la vista hacia otro lado, al carácter, por ejemplo: Maria era de pocas palabras, mejor dicho, de poquísimas palabras, muy resuelta (podría decirse incluso que raramente se apeaba del burro) y con muy escasa predisposición a escuchar las razones de los demás. Era también, cómo quizá diría el lector... eso es, un pelín original. A su llegada a Italia, hizo cuestión de pundonor aprender italiano, asunto en absoluto sencillo, visto que no hablaba con nadie y no tenía dinero para clases: con los primeros ahorros que pudo reunir, no puede el lector imaginarse a costa de cuántos sacrificios, se compró un transistor, que se convirtió en su profesor de italiano. Sin embargo, los programas los elegía al tuntún: lo que más escuchaba era una emisora local, que transmitía canciones romañolas y festivales de poesía dialectal sobre todo, seguido a cierta distancia de otra dedicada casi exclusivamente a la emisión de funciones religiosas,

financiadas por una rica señora algo extravagante que exigía que por lo menos una parte de las funciones se celebraran en latín. Inevitable, y hasta podría decirse que algo embarazoso, el resultado. Maria, además de chino, hablaba, como segundo idioma, con un óptimo acento y gran riqueza de vocabulario, el dialecto romañol: decía *lasum ste*, en vez de «déjame en paz», y *ét la pré a cà tú*, en vez de «cierra la puerta»; cantaba *bèla burdèla* a voz en grito como un cantarín de Lugo¹. Y, de atea como era, acabó volviéndose católica, con muchas simpatías por un tal Lefèvre, un monje de ideas claras y de mal carácter, cosa que Maria apreciaba mucho en los hombres. ¿Qué más puede decirse? Pues bien, Maria era muy parca en la distribución de su afecto, cuya porción mayor iba naturalmente a las gemelas y a Primo (por quienes se dejaría matar sin la menor vacilación), la porción residual a Proverbio, a quien consideraba como su propio consejero personal. También a Pavolone, claro está, también a Pavolone le tenía cariño, pero era una cosa muy distinta, un afecto diferente, algo así como el que uno siente por su propio perro.

Maria no tenía la menor idea de dónde quedaba esa nueva casa a la que se trasladaban, pero donde estuvieran las gemelas y Primo, allí estaba su hogar, lo demás era *tota pula*, para tomárselo a risa. El ánimo de Maria, mientras subían por las carreteras de las altas colinas, estaba absolutamente sereno.

Pasados los ochenta, decía Proverbio, con un dolor en cada hueso y un malestar nuevo cada mañana, se vive al día y se alimenta uno de recuerdos. Y recuerdos, Proverbio tenía para diez viejos como él por lo menos. A los dieciocho años se había *tolt da cà*, arrancado de casa, y se había ido a recorrer mundo en busca de fortuna, dedicándose a todos los trabajos para los que no hacía falta un título y a alguno más también. A los cincuenta se había *ardòt a cà*, traído de vuelta a casa, y había descubierto que había dejado el paraíso por el purgatorio. Se gastó muy bien los cuatro cuartos que había ahorrado, se hizo con una caterva de amigos, se construyó, ya anciano, el nido que alberga por lo general a los pajarillos sin plumas, a esos que no saben volar, a los *caganid*. Durante los muchos años pasados lejos de su tierra, de los idiomas extranjeros solo había aprendido lo indispensable para sobrevivir; sus conversaciones las había mantenido solo con italianos y, sobre todo, cuando era posible, con sus conterráneos. En su maleta siempre habían estado los libros de Guerrini y de Beltramelli, y nunca hubo nadie, ni en Forli ni en Rávena, que conociera tantos proverbios regionales como los que él sabía ni que supiera sacarlos a colación en el momento adecuado con la misma pericia. De ahí su apodo.

Lo que le unía a Primo era una amistad espontánea, natural y profunda, uno sabe que el otro existe y eso le basta para sentirse el corazón algo más cálido. De este modo, la familia Casadei, en su época más magra, se fue a vivir a la enorme casa de Proverbio, una casa campesina, no cabe duda, pero con todas las comodidades, hasta con el retrete en casa; más tarde, cuando la emergencia acabó, los Casadei, que habrían podido incluso instalarse en el lujo, decidieron quedarse donde estaban: la casa fue reformada de la mejor manera posible, pues ya la sentían como propia, habiéndose convertido en una

sola familia. Por eso, precisamente porque se habían convertido en una sola familia, Proverbio los había seguido y aguardaría con los demás a que Beatrice se restableciera del todo. Sabía que lo que le quedaba del ovillo de la vida no era muy largo, pero no se preocupaba en exceso, era capaz de mantenerse sereno incluso cuando pensaba en la muerte. Mientras subían hacia su nueva casa, se interrogaba sobre algunas cuestiones vitales: ¿encontraría setas? ¿Habría algún sitio donde jugar a *maraffone*²?

Es necesario introducir ahora a un nuevo personaje, que se ha quedado en los márgenes del relato solo por azar, si bien está destinado a reunirse con el resto de la familia Casadei al cabo de unos cuantos días. Para describirlo, haría falta en realidad la pluma de Rabelais, la única autorizada para describir personajes gargantuescos: esas eran, en efecto, las dimensiones de Pavolone, el hombre más alto y más enorme con el que cualquiera de nosotros podría tropezarse en sus vagabundeos por la tierra; por más que hablar de «hombre» fuera vagamente excesivo, dado que Pavolone tenía una edad oficial que lo colocaba en torno a los veinticinco años, pero una edad cognoscitiva que lo situaba justo por debajo de los quince.

De Pavolone, en verdad, era necesario dar dos descripciones distintas, la del Pavolone vestido y la del Pavolone desvestido. Encontrárselo vestido suponía indudablemente una experiencia vital, no tanto por la estatura –hoy en día, chicos de dos metros no son raros– sino por el tonelaje, término cuyo empleo debería reservarse para los buques y para Pavolone. Nadie conocía su peso, pero todos usaban para definirlo el mismo adjetivo, «enorme»: enorme sin dar la sensación de tener encima un gramo de grasa; enorme como debieron serlo Hércules o, como decíamos, Gargantúa. Eso si nos lo encontrábamos vestido.

Desnudo, por lo menos en lo que se refiere a la parte superior del cuerpo, las cosas no es que cambiaran mucho, al contrario: si alguien tiene en la cabeza el aspecto de los culturistas durante una competición podrá hacerse fácilmente una idea del aspecto del tórax de Pavolone, sin necesidad siquiera de adoptar posturas ni de unirse los músculos. El problema estaba un poco más abajo, en la –llamémosla así– parte intermedia del cuerpo, la que se usa para sentarse. Pavolone –casi seis kilos al nacer, grandes dificultades en el parto– tuvo desde pequeño un trasero bastante grande que, por desgracia, al término del crecimiento adolescente se había convertido en un culazo enorme, al que hacía más indecoroso el hecho de estar ahí en medio, entre ese pedazo de tórax y un par de piernas esculturales, dignas de Atlas.

Qué problema hay, dirá el lector, quién es el que no tiene algún defecto físico, hay que saber contentarse. Y tendrá mucha, muchísima razón. Solo que a Pavolone, en cuanto cumplió los veinte años, le entró una irrefrenable pasión por el culturismo y llegó a concebir incluso la posibilidad de incorporarse al circuito de los profesionales. Como es natural, las esperanzas del muchacho se apagaron del todo la primera vez que se presentó, con un bañador minúsculo, a un concurso para principiantes: el público (gente muy especial, personas a las que casi seguro el lector no invitaría a su casa a cenar) recibió a Pavolone con un gran estrépito, con gritos y aullidos, y de inmediato lo

apodaron Caco (ya conocerá el lector la historia de Hércules...). Testarudo, Pavolone fue ahorrando el dinero necesario y solicitó la intervención de un lumbrera de la cirugía estética, para una operación reparadora: por desgracia, la medicina no es una ciencia exacta, la cirugía lo es aún menos, y hasta los lumbreras se equivocan. La operación transformó las nalgas de Pavolone en una pesadilla, dos grandes zurroneos semivacios, repletos tan solo de cicatrices y de ovillos de grasa residual; créanme, una pesadilla. Adiós al culturismo profesional, por lo tanto, y adiós a ser guardaespaldas de personajes del espectáculo, adiós a ser portero de locales de baile, profesiones todas para las que acabó demostrando no excesivas dotes. Después, al cabo de tanta mala fortuna, llegó algo de mejoría, es más, un quiebro decisivo: Pavolone conoció a Primo y se convirtió en el factótum de su familia: echaba un vistazo a las niñas, estaba atento a la casa, conducía el coche de Maria, mil cosas. A cambio, recibía todo lo necesario para llevar una vida serena, desde el afecto hasta las camisas limpias. Primo le ingresaba el dinero de su sueldo en el banco todos los meses y se preocupaba por su porvenir. Hubo circunstancias en las que la presencia de Pavolone se había revelado determinante y Primo no era de los hombres que olvidan una cosa así.

Cuando esta historia da comienzo, Pavolone no está aún en ella, Primo se lo había «prestado» a un amigo durante un par de semanas. Se trata por lo tanto de tener un poquito de paciencia, pues no tardará mucho la familia Casadei, naturalmente ensanchada, en estar de nuevo al completo.

Nos ha ocurrido ya, y volverá a ocurrirnos, el tener que describir a los personajes de esta historia presentándolos con un nombre distinto al del bautismo, o señalándolos con un apodo atribuido globalmente a la familia. Esta historia de los nombres, complicada como tantas historias romañolas, precisa de cierta explicación.

Lo primero que es necesario saber atañe a la posibilidad de que el nombre del Registro Civil, tal vez el mismo que se le asigna al niño en el momento de bautizarlo, no llegue a emplearse nunca. Ocurre así que se llame Viera a una Giuseppina, Alieto a un Alberto, Adriano a un Amerigo, y este nuevo nombre se convierte en el de costumbre, tan importante como para hacer olvidar el primero: conozco a una chica que se llama Adriana porque la sostuvo en el bautismo su tío Adriano, que en realidad se llamaba Amerigo. Este frecuente abandono del nombre legítimo no tiene explicación, sino solo hipótesis. Por ejemplo, entre la gente de la Romaña es costumbre definir el nombre del Registro Civil como *e nò di sgnúr*, el nombre de los ricos, aunque sea una definición que probablemente atañe a algunos nombres específicos que un campesino no estaría en ningún caso en condiciones de asignar a sus hijos: ¿se imagina el lector a *Furmàj* que llama a su primer varón Gaddo y a su primera hembra Diletta, o Selvaggia? Ridículo.

Además están los apodos, los de las personas y los de las familias, asunto complicado por la posibilidad de que el apodo de una persona se convierta, con el tiempo, en el apodo de su familia. Un niño que enferma de poliomielitis puede acabar siendo señalado como *e zòp*, el cojo, y este puede llegar a convertirse en su apodo; pero puede suceder también que su casa acabe por ser llamada *la cà de zòp*, que el apodo pase en bloque a la

familia y que al mayor de sus hijos, conocido campeón de medio fondo, se le conozca también como *e zòp* tras el fallecimiento de su padre. En ocasiones, el apodo de la familia explica alguna tacha; en otras, su significado es misterioso y arcano. Hubo durante mucho tiempo un restaurante-taberna, en una localidad de la Romaña, al que todos conocían como *Pirì ad cul rott* (¿hace falta que traduzca?), vaya usted a saber por qué. En la mayor parte de los casos, de todas formas, el origen del apodo es tan claro como vulgar y grosero (*e Pataca, e Bastardazz, e Sgumbiè*); en ocasiones es algo más agudo: a un rico terrateniente, avaro como el cura de Ravaldino, que se paseaba vestido como un harapiento y no dejaba de llorar sus necesidades, todos lo llamaban *e pòr Clemént*, una expresión que se usa para los difuntos.

Y además, está el problema de la elección del nombre oficial, el que hay que llevar al Registro Civil. A la gente de la Romaña nunca les ha gustado mucho poner a sus hijos nombres comunes, hay menos Carlo y Francesco que en todas las demás regiones italianas. Para la mentalidad local, el nombre ha de ser original, o por lo menos acarrear alguna suerte de mensaje familiar, una especie de sigla. El compañero de pupitre de Primo se llamaba Antero, y detrás de ellos se sentaban dos primos, Eolo y Evio, y más atrás estaba Edmeo, y así todos.

Un anarquista evitaría en toda circunstancia nombres de santos y, si acaso, llamaría a sus propios hijos Vendetta, Revolver y Libertà; un comunista, un católico, un republicano, se inclinarían por nombres muy distintos, y llamarían a sus hijos Lenino, Devozione y Mazzino. Y además estaban los padres, más que hartos de añadir otro plato a la mesa, con lo que se daba el caso de pobres chicas obligadas a llevar nombres como Delusione, Antavleva, Errore. Y, por último, estaban los amantes de la historia, o los expertos en mitología, que escogían preferentemente el nombre de una musa o el de una divinidad del Walhalla. En el primer curso de secundaria, Primo, que había sido asignado a una clase exclusivamente de varones, se encontró con una niña llorando pues tenía la desgracia de llamarse Erato, como la musa, y de haberse tropezado con una secretaria ignorante, que desde luego desconocía los nombres de las musas y que no tuvo la paciencia de leer el segundo nombre de la pobre Erato, Rosina, inequívocamente femenino.

Con apodos así ya nos hemos topado en nuestra historia. A Primo, por ejemplo, le colgaron el apodo de Terzo, para subrayar lo que durante mucho tiempo parecía ser su rasgo distintivo y su condena, el sino de no aflorar nunca, de no llegar a ser nunca realmente el primero. Proverbio era, en cierto modo, un apodo obvio, mientras que Pavolone podía ser la versión italiana del romañol *Pavlò*, un indudable homenaje a su corpulencia.

Por último, está la irrefrenable necesidad de deformar el nombre, incluso el superpuesto al nombre verdadero. Imagine el lector que ha llamado a su hijo con un nombre muy común y muy amado por los italianos, Giuseppe. Pues bien, el azar, la tía Giulia o los amigos de papá podrían transformarlo, antes o después, en uno de los siguientes (cariñosos, despectivos, diminutivos, aumentativos, depende): Jusef, Jusaf, Jusafi, Fi, Fin, Fino, Finet, Fapin, Fapinet, Jafnein, Jafni, Jafnò, Jaf, Jufi, Fafò, Fafi,

Pino, Pinin, Pepino, Pipinì, Pinetto, Pinoti, Pin, Pinota, Pinazì, Pepo, Pipò, Pipino, Pipo, Jusafe, Jusafò, Pipet, Fafeta, Faftì, Fita. El tema no se agota aquí, pero por ahora ruego al lector que se conforme.

Ya hemos conocido, pues, a algunos de los personajes de esta historia, no a todos, naturalmente, hay otros que apremian para que se les presente, lo que llegará también en su momento. Es más, para algunos de ellos ese momento ya ha llegado, porque esta historia no puede continuar si el lector no sabe todo lo que es necesario conocer sobre la familia de Primo, sobre el pueblo en el que sigue viviendo su familia y sobre los habitantes de ese pueblo.

Capítulo II

Historia de una familia pegada a la colina. La violencia vive en los lindes. Parientes, serpientes. La iglesia, la escuela, la farmacia...

Las colinas de la Romaña son siempre hermosas. Hermosas en invierno, cuando están completamente blancas por la nieve; hermosas en primavera, cuando se alternan, escrupulosos y metódicos, los mil matices del verde; hermosas en verano, cuando se cuecen al sol y se doran por entero hasta quemarse; hermosas en otoño, cuando se recomponen y se preparan para el nuevo silencio invernal. No tan bonito es vivir en ellas y, si el oficio que te toca es el de campesino, es posible decir incluso que vivir allí puede ser complicado y difícil.

La vida del campesino ha sido siempre áspera y trabajosa y solo en los últimos años las modificaciones de los cultivos y la posibilidad de utilizar un gran número de instrumentos y de medios mecánicos la ha vuelto aceptable. En las colinas, sin embargo, muchos de esos medios no funcionan o funcionan mal, la tierra es avara y el esfuerzo físico, aún muy grande. Y si así es hoy, piense el lector en cómo sería hace ciento cincuenta años, cuando la familia Casadei, apodada Buschétt, se asentó en la finca conocida como la Casaza, al principio como colonos del conde M. y más tarde como pequeños propietarios. Por aquel entonces, a causa del esfuerzo, la gente moría y, para añadir seis brazos a la fuerza laboral, por lo general había que producir doce. Y si después el buen Dios no se llevaba consigo los excedentes, entonces el problema era sentarlos a la mesa.

A finales del siglo XIX, en la Casaza vivían dos hermanos, Giuseppe y Andrea Casadei, sus respectivas mujeres, trece hijos, y ya se percibía aroma a nietos. En aquella época, el hijo mayor de Giuseppe, que se llamaba Andrea como su tío y a quien todo el mundo llamaba Muzghina, se marchó de casa en busca de fortuna a C., el pueblo más cercano y que mayores posibilidades de trabajo parecía ofrecer para un joven emprendedor. Allí vivió Muzghina durante varios años una vida aventurera y complicada, que me comprometo a contar al lector antes o después, pero que por ahora nos desviaría demasiado de nuestra historia, para llegar al final a la conclusión de que lo mejor que podían hacer él y su nueva familia era regresar a la Casaza. Con el paso del tiempo, desaparecidos los dos hermanos, las familias fueron incapaces de hallar el necesario acuerdo para seguir viviendo y trabajando juntos: después de una de sus muchas discusiones, en un momento en el que consiguieron hacer que prevaleciera el sentido común, decidieron vender una parte del bosque y usar las ganancias y todos los ahorros

que tenían para comprar una finca colindante, llamada e Sdalétt, a la que se trasladó la familia del viejo Andrea. Las dos fincas eran bastante parecidas, un centenar de hectáreas cada una, grandes solo en apariencia, porque la tierra realmente cultivable no era en el fondo tanta... Allí vivieron y penaron las dos familias, manteniendo durante largo tiempo relaciones cuanto menos civilizadas: las mujeres iban a misa juntas, los hombres iban juntos a la taberna, se reunían en bodas, nacimientos y funerales, pues los cumpleaños nadie sabía ni lo que eran. Después, un día, uno de los muchachos más jóvenes, e Muri, volvió a la Casaza sujetándose las tripas con las manos, una herida de hocino le había abierto el vientre. E Muri no pudo ni llegar a ver al médico, parecía casi como si la vida tuviera prisa en abandonarlo: Murió sin decir nada, el nombre de su asesino no quiso revelárselo ni siquiera a su madre. Decisión inútil, porque este, uno de los nietos más jóvenes del viejo Andrea, se fue él solito al cuartel de los carabinieri a entregarse. Se habían puesto a discutir, contó, a causa de un árbol que crecía justo en las lindes, ya se sabe lo que ocurre en discusiones de esas, uno acaba por hacer cosas que nunca hubiera imaginado. El asesino fue condenado a veinte años de cárcel, había también fútiles razones de por medio, y salió al cabo de dieciocho por buena conducta. Entre las dos familias no volvió a cruzarse una sola palabra, las mujeres apenas se intercambiaban gestos de saludo, los hombres, cuando se encontraban, bajaban la mirada y seguían derechos. Una vez el párroco intentó forzar una reconciliación y tuvo suerte de no ganarse una paliza.

El destino de las dos casas fue, en todo caso, muy distinto. En la Casaza, de los ocho chicos más jóvenes, cuatro estudiaron y los demás tomaron caminos muy distintos, uno abrió una tienda, otro se puso de tratante en maderas, dos chicas se casaron y se mudaron a casa de sus maridos, como es uso y costumbre. El padre de Primo era un hijo de Muzghina y uno de los cuatro que consiguieron estudiar, sacarse un diploma, abrir un despacho en la ciudad. En e Sdalétt, en cambio, hubo muchas desgracias, fueron muchas las cosas que salieron mal desde el principio y la suerte siguió comportándose como esa furcia estúpida y descuidada que todos conocemos. En la época de nuestra historia, en la casa solo vivían unas pocas personas: la *arzdora* era una mujer anciana, la Mariuccia, que se pasaba la mayor parte del tiempo atendiendo a su marido, e Bì, que siempre estaba enfermo y difícilmente se levantaba de la cama. Vivía con ellos una de sus hijas, viuda, Ersilia de nombre, que trabajaba sirviendo en el pueblo, siempre estaba triste y se quejaba de todo y de todos. La única sonrisa de la casa pertenecía a una niña de seis o siete años, llamada Ofelia, la única hija de la Ersilia. Nadie trabajaba ya la tierra, pero tenían una pocilga, construida espantosamente cerca de la casa, y con las ganancias que sacaban de ella salían adelante.

El pueblo había cambiado mucho, nada recordaba ya la austera pobreza de tiempos remotos. Donde en otras épocas había un pequeño colmado, conocido como la tienda, en la que podía adquirirse de todo, desde calcetines hasta cigarrillos, ahora se había abierto un gran almacén donde podían encontrarse más o menos las mismas cosas, pero en grandes cantidades y con la mayor variedad imaginable. Cerca del viejo círculo republicano, que ahora albergaba también un restaurante-pizzería-heladería, se había

parcelado un terreno herboso bastante grande donde habían crecido chalés de todas clases, feúchos por lo general, muchos de los cuales se alquilaban en verano y atraían a turistas ancianos y tacaños que se traían las latas de carne en conserva de la ciudad y en el colmado solo compraban la leche y el pan. Al borde del bosque mayor –ese que era denominado, con una ligera exageración, como la *furèsta*, la selva– había algunas casas más grandes y más bonitas, en las que podía intuirse incluso la mano de algún arquitecto: era en una de esas donde Primo y su familia se disponían a pasar el tiempo que los separaba del invierno.

En los pueblos pequeños, todas las personas son importantes, se infiere del interés que ponen todos en la vida de los demás; es cierto también, sin embargo, que algunas personas son más importantes que otras, casi siempre por las mismas razones: la función que desempeñan y el dinero que tienen. No resulta difícil, por lo general, ni aquí ni en ninguna parte, identificar a esas personas: el cura; el maestro de escuela; el farmacéutico; el médico municipal; el propietario del pequeño hotel que permanecía abierto casi todo el año y que casi todo el año estaba, algo en verdad extraño, completo. Junto a estos, cuya importancia estaba relacionada con la función que tenían, había otras dos personas que gozaban de especial prestigio por el simple hecho de que eran muy ricos. Falta, en la lista, el comandante de los carabineros, por la sencilla razón de que en el pueblo no había carabineros, tenían que venir desde el pueblo de al lado, que sin embargo no distaba más de cinco kilómetros: en todo caso, hacía mucho tiempo que no había habido necesidad de llamarlos.

Curas, a decir verdad, había dos, un pelín excesivo para un pueblo tan pequeño, con una iglesia minúscula que, si se llenaba, prácticamente solo de mujeres, no era más allá de un par de veces al año. El viejo cura, el padre Michele, llamado comúnmente *e pritò* porque era alto y grande, ya había superado los ochenta y viajaba lentamente hacia una piadosa demencia, que le permitiría ignorar los muchos males que lo afligían o lo embravecían. De manera que su obispo, dudando entre sustituirlo o suprimir la parroquia, había llegado a la extraña conclusión de que lo mejor, para el viejo cura y para sus feligreses, era poder contar, por lo menos durante el periodo en el que el padre Michele siguiera aún activo, con la contribución de fuerzas más jóvenes y, así lo esperaba, aún entusiastas, a las que, quién sabe, podría ser confiada incluso toda la responsabilidad de la parroquia el triste día en el que... Los llamados fieles –una treintena de buenas mujeres, algunos jóvenes atraídos por los juegos de la sacristía y un esmirriado manípulo de hombres– en vez de verse sin iglesia y, sobre todo, sin cura, se ganaron dos, y alimentaban excelentes esperanzas de que no se cerrara la parroquia durante un largo periodo de tiempo.

El sacerdote que fue llamado a sostener las declinantes energías del padre Michele era un boloñés de unos cincuenta años, juvenil, de aspecto vagamente aristocrático, que la mayor parte de las mojigatas locales habían mirado inicialmente con mucho recelo: *trop bèl*, pensaron, *trop sgnor*, demasiado guapo, demasiado señor. No faltaba, entre ellas, alguna lo suficientemente vieja como para recordar los comienzos del padre Michele, hacía muchos, muchos años, que sabía perfectamente dónde había gastado sus mejores

energías. Durante muchos años, el fruto de estas energías –y la prueba viviente a la vez de que la genética no es una invención de los médicos– trabajó como obrero en el aserradero, antes de ser llamado misteriosamente a la ciudad para ocupar una cómoda plaza de bedel en un colegio privado. Pero esta nueva adquisición, ese padre Vittorio sobre quien se clavaron de inmediato las miradas críticas y recelosas de todas las buenas mujeres, se reveló como un hueso duro de roer, pan difícil de masticar incluso para las robustas mandíbulas de nuestras comadres: jamás una mirada en exceso, jamás una parada sospechosa, una atención indebida, la perfección, en definitiva. Y además, sus sermones las habían conquistado, literalmente: un lenguaje tan florido, todas aquellas citas, esa voz aflautada... ¿Que no se entendía gran cosa? Pues igual que con la música, cuando es bonita, ¿quién se preocupa por escuchar la letra? Había gente aún, es verdad, que mantenía su juicio en suspenso: lleva aquí pocas semanas, decían, ¿cómo es posible juzgar a un hombre en tan poco tiempo? Desde luego, lo que sí había que reconocer es que el primer examen, el más difícil, el de la «primera impresión», lo había superado.

También el maestro de escuela fue objeto de ciertos celos a su llegada al pueblo, esta vez no por las mojigatas ni tampoco ante el temor de alguna ilícita tendencia, sino por las madres de los niños a los que iba a enseñar y únicamente a causa de su predilección, por puro prejuicio, hacia las maestras. En el pueblo solo se cursaban los tres primeros años de primaria, había muy pocos niños para los otros dos, de modo que la superintendencia había decidido que para una veintena de escolares bastaba un solo profesor, que debía ser, sin embargo, especialmente competente. La búsqueda de ese profesor competente se reveló ardua, con todo, porque no se encontraba a nadie dispuesto a trasladarse a un pueblo que, aparte de estar donde Cristo dio las tres voces, era de acceso y de salida complicados (carreteras horribles, solo dos autocares al día). Al final se encontró una solución que parecía adecuada, una maestra muy joven, pero de la que todo el mundo hablaba bien, que había aceptado sin poner condiciones. Por desgracia, la desventurada ocultaba un terrible secreto: estaba preñada y, por si fuera poco, legítimamente preñada: porque de un embarazo ilegítimo puede uno librarse, pero de uno legítimo y, por si no bastara, muy deseado, vamos, hombre. De manera que la agradable, joven señora, al segundo conato de vómito presentó un certificado médico en el que su normalísima gestación se calificaba «de alto riesgo» y no se le volvió a ver el pelo. El superintendente tuvo que habilitar un autobús para llevar a los niños a una escuela cercana, fingiéndose resignado, cuando estaba en realidad lleno de rabia. Y he aquí, por sorpresa, que se presenta un joven pletórico de títulos (diploma de maestro, licenciatura en Pedagogía) que se declara dispuesto a sustituir a la maestra «de alto riesgo», con tal de que la sustitución fuera inmediata. El superintendente había examinado su currículum (excelente) y solicitado informes. Había en el pasado del joven maestro un periodo de contestación juvenil, en el que se había peleado con las instituciones, pero el sentido común había acabado por prevalecer y le había hecho volver a filas. El superintendente se jactaba de ser un buen conocedor de los hombres y de tener gran intuición, y había decidido no solo confiarle la plaza a ese tal maestro Spada, sino asignarle también un cometido veraniego que atañía a la recuperación de algunos de los chicos mayores, que

por distintas razones solo habían podido asistir a clase de forma esporádica. Spada no se olió la encerrona y dijo inmediatamente que sí. La primera impresión fue excelente, hizo las delicias de las madres, conquistó a los niños, dejó al superintendente en el séptimo cielo. Spada parecía no cansarse nunca, siempre sonriente, disponible, eficiente, tal vez fuera el entusiasmo de los neófitos, tal vez fuera realmente ese su carácter, quién lo sabe. Era una pena que a final de curso tuviera que marcharse, pero estaba claro que la escuela del pueblo acabaría quedándosele excesivamente estrecha.

El tema «maestro» era poco atractivo, qué interés puede haber en hablar de alguien de quien solo pueden decirse cosas buenas. Por suerte, quedaba el tema «farmacéutico» para satisfacer la posible necesidad de chismorreos y de maledicencia que suele nacer y desarrollarse en una pequeña localidad. Lo que de excitante tenía para la fantasía de los habitantes del pueblo un hombre así de canijo, insignificante, feúcho, carente de todo sentido del humor, incapaz de sostener una conversación durante más de un minuto, se aclara en un santiamén: el pobre doctor Raggi, cuya familia era propietaria de la farmacia desde hacía casi un siglo, tenía cincuenta años y había llegado a esa edad sin haberse ennoviado nunca, sin haber sido visto jamás en compañía de una mujer, sin haber demostrado siquiera atisbos de interés por el sexo opuesto. Es verdad que nadie lo había visto nunca con un hombre ni había demostrado jamás el menor interés tampoco en relación con los hombres, pero esto, lejos de apagar la curiosidad de sus paisanos, la había fortalecido, orientándola hacia las hipótesis más estrambóticas, que hallaban sostén en la costumbre –legítima, hasta prueba contraria–, que el doctor Raggi cultivaba desde hacía años, de desaparecer, una vez al mes, poco más o menos, para ir a no se sabe dónde a hacer no se sabe qué. Este comportamiento, tan evidentemente sospechoso y sobre el que era sin duda necesario arrojar luz, había impulsado a un pequeño grupo de amigos a escribir una carta anónima al comandante de los carabineros, para «informarle de los hechos» y para solicitar su intervención, algo que se contaba evidentemente entre sus cometidos. A decir verdad, así razonaban esos buenos ciudadanos que habían escrito la carta anónima, la intervención de la autoridad indagadora no era solo una exigencia para la dignidad del pueblo, sino también, y sobre todo, se imponía en virtud del delicado papel que el doctor Raggi se veía compelido a ejercer: si hubiera enfermado de sida, aclaraba la carta anónima, ¿de qué tamaño escabechina, él, el farmacéutico del pueblo, habría de responder? Y eso porque, concluía la carta anónima con un final que en las relecturas públicas siempre resultaba particularmente aplaudido, es bien sabido que entre *esa clase* de personas *esa clase* de enfermedades están especialmente difundidas. De esta manera, derechos al objetivo y sin medias tintas, se dijeron los autores, veamos si el comandante es capaz de sustraerse a sus deberes, ahora que le hemos dejado bien clara la enormidad del riesgo que todos corremos. Por el contrario, no sucedió absolutamente nada, la desilusión fue completa, de manera que, en el momento en el que nos hallamos, se había abierto un debate sobre la conveniencia de solicitar el auxilio de un detective privado.

Arrigo Neri, el médico municipal, era otro hombre que se había acostumbrado a vivir solo, pero nadie habría sospechado de él que tuviera tendencias sexuales distintas a la

norma. Que fuera estafalario, sí; que fuera antipático y prepotente, sin duda alguna; que fuera un ateo agresivo, un comecuras, un tipo desagradable, un comunista (nihilista, había dicho de él, en cierta ocasión, el padre Miche-le), una vez más, sí. Pero había en el pueblo un número sustancioso de mujeres –guapas, feas, ni fu ni fa, jóvenes, menos jóvenes, ancianillas– que podrían ser llamadas a testimoniar, en caso de necesidad, sobre la absoluta normalidad de sus peores instintos; que tuviera instintos mejores no nos es dado saberlo y, en todo caso, por lo general no suelen requerirse testimonios sobre ellos.

El doctor Neri vino huyendo de un matrimonio fracasado, un feo episodio de su vida que le había hecho descubrir que su único hijo, un chico a quien adoraba y que era en la práctica el destinatario de todo su afecto, no era en realidad hijo suyo. Lo descubrió por casualidad, analizando el grupo sanguíneo, y se lo contó de pasada a su mujer, bromeando, convencido de que se trataba de un error del laboratorio. Pero ella se echó a llorar de repente, con lágrimas y sollozos imparables, como si hubieran estado al borde del estallido durante quién sabe cuánto tiempo, y la forma tan estafalaria con la que llegó a tal descubrimiento le hizo aún más difícil comprender y aceptar la verdad. No quiso volver a ver al niño y se marchó sin pronunciar palabra, llevaba ya muchos años sin tener noticias suyas. Escogió el primer trabajo disponible, y la posibilidad de trabajar en un lugar tan aislado y alejado de todo lo tranquilizaba, su terror era el de volver a encontrarse cara a cara con quien había creído carne de su carne. Esta historia no la conocía prácticamente nadie, la gente pensaba que sus rarezas formaban parte de su carácter y no les prestaban excesiva atención. Era, es cierto, algo brusco con los niños, no hacía gala con ellos de la paciencia que dispensaba por lo general a los adultos, pero era un buen médico, muy concienzudo, capaz de pasarse una noche sin dormir junto a la cama de un enfermo y de seguir trabajando durante el resto del día sin dar señales de cansancio. Realizaba cada mes la ronda de sus pacientes, para verificar que no tuvieran medicamentos sin utilizar, que secuestraba. Era estimado por muchos, querido por pocos. Se decía que bebía, pero nadie lo había visto nunca borracho. Por otra parte, en los pueblos pequeños, hay siempre escasez de maledicencias: o eres un alcohólico, o un cornudo, o un pederasta, las alternativas no son muchas.

El hotel del pueblo se llamaba Aurora y era más feo que un pecado mortal. Veinticuatro habitaciones distribuidas en tres plantas, un pequeño restaurante donde desayunaban los huéspedes por las mañanas, habitaciones pequeñas, dos camas separadas, baños exiguos, rigurosamente dotados con una ducha que funcionaba poco o mal. El auténtico problema del hotel Aurora eran sus paredes, tan delgadas que los orgasmos de cada pareja se comunicaban a todas las demás en tiempo real. Algún lector podría preguntarse: ¿no es una falta de estilo escoger, entre todos los ruidos posibles, precisamente el de un orgasmo de pareja? Pues no, señores míos, sería una falta de estilo si no se tratase del ruido más frecuente, aquel al que las parejas hospedadas en el hotel Aurora se veían obligadas a acostumbrarse, eso o mudarse. Porque el hotel Aurora era eso precisamente, un sitio para parejas irregulares, de esas que se forman y se deshacen en el curso, como mucho, de un par de días y que no tardan en descubrir –esas noticias se difunden rápidamente entre las parejas irregulares– que en ese hotel podían sentirse seguras, escasa curiosidad,

ningún riesgo de encuentros peligrosos. En definitiva, el hotel Aurora era el sitio ideal para cualquiera que quisiera pasar un par de días entregado a conversaciones amorosas sin porvenir.

Si las parejas irregulares que acudían al hotel Aurora hubieran tenido ocasión de conocer personalmente al aparej. Adamo, propietario-director del hotel, su serenidad se hubiera disipado rápidamente. Porque el aparej. Adamo tenía unos antecedentes penales de mucho respeto y no escaso interés, en los que figuraban toda clase de delitos menores, con cierta predilección por el chantaje.

En realidad, el aparej. Adamo no era aparejador en absoluto, el título se lo habían colgado del nombre sus compañeros de colegio por su (no siempre afortunada) tendencia a engatusar con pajarotas al prójimo, un pasatiempo sin mala idea, más o menos como llamar dr. al hijo de un droguero, pero que con el paso del tiempo se convirtió en causa de un equívoco que nuestro Adamo nunca desmintió. Su última operación afortunada (probablemente, su única operación afortunada) le permitió la compra del hotel, un lugar que detestaba cordialmente, pero al que había trasladado de inmediato a su familia, su mujer Edvige y sus dos hijos, niño y niña, de diez y de ocho años. El hotel estaba a nombre de la mujer, que lo administraba con tino y conseguía ir ahorrando con obstinación sumas de dinero que cualquiera habría considerado estimables. Él, Adamo, no: juzgaba con suficiencia y desprecio los esfuerzos de su mujer y cada día, con mucha tenacidad, se dedicaba a buscar entre las parejas que acudían al hotel a la más adecuada, esa que le cambiaría por fin la vida y le arrancaría de manera definitiva de aquel ambiente miserable y cicatero. En realidad, no sabía aún lo que andaba buscando o, mejor dicho, solo tenía una muy vaga idea. Por decir las cosas tal como eran, el aparej. Adamo sentía una espontánea y natural antipatía no solo por el hotel, sino también por el pueblo, por su mujer y hasta por sus propios hijos. Estaba convencido, sin embargo, de haber sido capaz de construir una trampa absolutamente por encima de toda sospecha y estaba igualmente seguro de que, con la presencia de la familia en su interior, el artificio era perfecto. Digámoslo así: antes o después aparecería entre los clientes el hombre que podría perderlo todo si alguien lo descubría en calzoncillos con la mujer equivocada, la víctima ideal para un chantaje, uno de esos chantajes de los que solo los grandes profesionales son capaces. Cuando soñaba despierto, la pareja irregular tenía siempre un rostro y a menudo un nombre: recientemente, el aparej. Adamo se había regodeado imaginándose una pareja formada por el cardenal arzobispo de la ciudad y por la ministra (¿se dice así?) de Igualdad. Improbable, sin duda alguna, aunque no imposible. Así se pasaba los días, curioseando, verificando, controlando, fríamente resuelto a desaparecer en la nada en cuanto hubiera llevado a cumplimiento su diabólico plan. En cuanto a la familia, por qué razón habrían de lamentarse, se preguntaba, con lo bien instalados que los dejaba. Los años pasaban, la ocasión para ese chantaje ideal no se presentaba, pero él no acusaba señales de cansancio, estaba seguro de que antes o después...

Para un pueblo cuya población disminuía continuamente, no carecía de importancia el hecho de que de vez en cuando llegara alguien decidido a instalarse allí durante una temporada o definitivamente, acontecimiento poco probable pero siempre muy grato.

Unos años atrás, la llegada del aparej. Adamo con su familia había despertado un gran interés; recientemente, ese interés se había reavivado porque se habían producido tres nuevas llegadas. Sobre dos de ellas, el cura y el maestro, había poco que comentar, curas y maestros, en los pueblos pequeños, no suponen evidentemente una sorpresa. Si acaso, algo más de curiosidad había despertado el tercer recién llegado, porque un oficio como el suyo, «Veterinario de pequeños animales», muchos habitantes no sabían ni siquiera que existiese.

El *Veterinario de pequeños animales* había llegado recientemente, escaso equipaje, coche deportivo más bien antiguo, para instalarse en una casa de dos plantas encontrada a través de una agencia, una morada demasiado grande para una persona sola y demasiado pequeña para una familia, que sus propietarios ya habían perdido la esperanza de alquilar. La casa, que el veterinario había escogido como vivienda y clínica, tenía un pequeño jardín y un porche, pero le hacía falta una solemne reforma. De momento, el veterinario no tenía clientes, pero se suponía que la llegada de los turistas le proporcionaría alguno. En espera de días mejores, no parecía excesivamente interesado en nada, excepto en los periódicos deportivos, a cuya lectura dedicaba un tiempo que a muchos les parecía excesivo. Dado que no hablaba con nadie, nadie sabía nada útil sobre él (solo se había averiguado que no consideraba a los pollos como posibles pacientes), pero no cabía duda de que, antes o después, alguien saldría a la caza de información.

Desde hacía unas cuantas semanas, el hotel Aurora tenía también un huésped fijo, que había estipulado un contrato de media pensión con la señora Edvige y parecía tener la firme intención de prolongar su estancia. El objetivo de la permanencia de dicho señor, que llevaba el nombre poco creíble, pero absolutamente auténtico, de Desdemolo Artusi, era el de pintar paisajes, porque ese era su oficio, pintor paisajista. Desdemolo, un hombre de unos treinta años, pequeñajo, con aire embalsamado y marcada preferencia por concentrarse en sus propios asuntos, declaraba una sincera pasión por las colinas de la Romaña, y podía vérselo en los lugares más disparatados e intransitables, hoy en Balzanelli, mañana en la vieja cantera, siempre con un pincel en la mano. Él también había despertado cierta curiosidad los primeros días –muchos se habían acercado a verificar la calidad de sus cuadros, y la opinión más frecuente y más lisonjera era que parecían realmente fotografías–, pero ya parecía haber pasado a formar parte él también del paisaje y a fuerza de encontrárselo por todas partes, ya nadie le prestaba atención.

Si recuerda el lector, dije que había también en el pueblo dos personas que no eran importantes por la función que desempeñaban sino por el dinero que tenían y por el poder que sus riquezas podían comprar. Indudablemente, todos estamos de acuerdo con que es mucho mejor –o más decoroso, como prefiera el lector– que el poder se derive de una hermosa y lúcida inteligencia, pero la vida es como una partida de póquer, tener dinero es como tener una escalera real, ¡y anda que no hace falta inteligencia para arrebatarle el bote a una escalera real!

La persona más rica del pueblo se llamaba Antero Tumidei, el comendador Antero Tumidei, apodo personal Camiso. Divorciado, sin amante conocida, con dos hijos que vivían en la ciudad con su exmujer, Camiso era el propietario de una gran parte del

bosque, la que se encaramaba desde el pueblo hacia las colinas más altas, y del aserradero en el que trabajaban buena parte de los lugareños y que desde hacía cierto tiempo empleaba también a nuevos ciudadanos, norteafricanos sobre todo. Era hombre de poquísimas palabras, que solo pensaba en el trabajo y no se concedía ni lujos ni distracciones. Era bastante mojigato también, y su mujer, para obtener el divorcio, tuvo que sudar tinta. Hacía muchas obras de beneficencia y era el responsable (había corrido con todos los gastos) de la construcción del horrible campanario, una mala copia del campanario de Giotto, que aniquilaba la modesta iglesia rural: un verdadero desastre estético, que sin embargo gustaba a los habitantes del pueblo y que siempre había enorgullecido al padre Michele.

El otro ricachón que vivía en el pueblo (quién de los dos tenía más dinero era uno de los temas preferidos en las conversaciones de los lugareños) era el último vástago de la única familia noble de ***, los condes Campi, que se había pasado gran parte de su vida en la capital y había regresado a casa, a la enorme quinta de la familia, para vivir sus últimos días clavado en una silla de ruedas a causa de una enfermedad degenerativa, cada vez más dependiente de sus enfermeros. Mantenía escasas relaciones con el pueblo, en el que, por otra parte, ya no conocía a nadie: se había reunido una sola vez con el padre Michele, y resultó un encuentro muy triste, largos silencios dedicados por ambos a razonar sobre lo triste que puede llegar a ser morir. Como el lector podrá imaginarse, este hombre, obligado a la inmovilidad y privado de cualquier clase de independencia, habrá de desempeñar un papel muy marginal en nuestro relato.

Capítulo III

La familia Casadei se instala. Visitas de cortesía. La mayor parte está fuera. Un Rashomon romañolo. La casa de la Mariuccia.

A ese pueblo, para instalarse entre esas personas, llegó la familia Casadei a última hora de la mañana de un día de lluvia. Maria iba, como siempre, al volante, pues le gustaba conducir; las niñas jugaban en los asientos posteriores, subiendo y bajando de las rodillas de Proverbio. Las maletas las habían enviado con un mensajero, deberían haber llegado ya a casa.

El chalecito del primo segundo de Primo era confortable, bastante grande, lleno de luz, con un jardín vallado únicamente por delante y que por detrás se confundía completamente con el monte bajo y los árboles del bosque. Las niñas tardaron un santiamén en ambientarse, Maria se apoderó con idéntica rapidez de la cocina, mientras Proverbio, poco interesado en los interiores, no tardó en darse un lento paseo hacia el pueblo, cuatro pasos para estirar las piernas. Primo, como siempre, enredaba con sus libros, abría las cajas, estudiaba la mejor manera de colocarlos. Así transcurrió el primer día, sin sobresaltos y sin acontecimientos de relieve, con la familia tomando contacto con su nuevo ambiente.

Primo había elaborado una lista de las cosas que tenía que hacer y, sobre todo, de las personas a las que tenía que ver; sabía perfectamente que, en los pueblos, la gente es muy susceptible, ojito con dar la impresión de que uno quiere centrarse en sus propios asuntos, ojito con dar la impresión de que uno quiere dedicarse a los asuntos ajenos; pero Primo sabía instintivamente cómo había que moverse, mostrándose cortés, aunque no humilde; interesado, aunque no curioso; cautamente disponible, prudentemente amable. De este modo, la primera visita debe hacerse a los parientes y, dado que la Casaza llevaba muchos años desierta, el primer lugar al que debía rendir visita era inevitablemente e Sdalétt.

Para llegar a la casa, Primo le pidió información al dueño del bar, después de que este le sirviera uno de los peores capuchinos de toda su vida. Las indicaciones fueron puntuales y sencillas: se sube, se sube, después se abandona la carretera y se sigue subiendo.

–Y después –concluyó el hombre del bar–, siga su olfato.

–¿Andando? –preguntó Primo.

–Andando –confirmó el hombre del bar.

Primo comprendió la alusión al olfato después de una caminata de una hora más o menos: aún no se veía la casa cuando empezaron a llegarle las vaharadas de la pocilga, el insoportable olor de la comunidad vecinal de los cerdos. Llegó a la casa tras una ulterior ascensión de media hora, era como se la había descrito siempre su padre, sus recuerdos personales se habían diluido, había pasado demasiado tiempo. Una casa enorme, con evidente necesidad de reparaciones urgentes, una enorme era, con un enorme pero que crecía justo en el medio, la pocilga justo delante de la entrada principal, un viejo establo vacío, herramientas en desuso, aspecto de abandono. Encontró en casa a la familia entera. La Ersilia, la hija de la Mariuccia, no había ido a trabajar, el viejo vivía entre la cama y la silla, la niña, más o menos de la edad de las gemelas, parecía muy tímida y no dejaba de observar de reojo desde detrás de una puerta entreabierta. Habló casi todo el rato la Mariuccia, que se mostró contenta de verlo y le habló de su padre y de lo amable que había sido con ella siempre que había tenido necesidad de él, y de su madre, hay que ver lo guapa que era esa mujer. Le preguntó si había visto a alguien de la Casaza, no parecía acordarse ya de los viejos rencores.

—La casa está vacía —le dijo—, sería hora ya de que la vendieran, pero a ellos ni se les pasa por la cabeza, y además, como aquí dice todo el mundo, *i vend i purett*, son solo los pobres los que venden. Y además, no toda la gente de la Casaza se había mar-

chado, quedaban las dos hermanas, las hijas del segundo matrimonio de Alceo, que se habían comprado una casa en el pueblo: no tardaría en conocerlas, eran dos intrigantes. La niña salió por fin de detrás del umbral, y Primo consiguió por fin verla bien, era muy mona, con dos grandes ojos negros, y muy probablemente no fuera tímida en absoluto. Primo le habló de sus hijas y le preguntó si le gustaría ir a jugar con ellas alguna vez. La Mariuccia y la Ersilia parecían muy contentas, era una petición amable, una suerte de ofrecimiento de amistad, y además la niña no cabía en sí de gozo, miraba a su madre con ojos implorantes, quién iba a negárselo. De este modo, cuando Primo abandonó la casa habían quedado en que la niña iría al día siguiente a pasar unas horas con las gemelas. El olor de los cerdos se había atenuado un poco, aunque, en cualquier caso, siguiera siendo insoportable; ahora, sin embargo, a Primo no le parecía tan repugnante, y además, haberse reencontrado con sus viejos parientes le había hecho ilusión, mucho más de lo que hubiera esperado.

Al día siguiente, Primo, con el cuello algo encogido, hizo la segunda visita de cortesía, sobre todo para complacer a Maria, quien quería conocer al cura con la recóndita intención —sabía que Primo no estaba de acuerdo— de mandar a las niñas a catequesis. El viejo padre Michele, que estaba ya algo alelado, fue capaz de sacarse de dentro algún recuerdo, claro que se acordaba de su padre, claro que se acordaba de su abuelo, si bien sus únicos recuerdos lúcidos tenían que ver, en realidad, con su abuela, y Primo no dejó de preguntarse por la razón, sin ser capaz de darse una respuesta que no resultara ofensiva para aquella pobre vieja. Al final, el padre Michele se adormeció, la conversación lo había agotado, y apareció el padre Vittorio de la sacristía, al principio por un mero gesto de cortesía, aunque después quedó atrapado por el encanto de Primo, que era inteligente, culto y sabía ser polémico sin exagerar y sin ofender; la cosa acabó con

los dos hombres enredados en una charla sin aparentes límites de tiempo, que solo abandonaron cuando se vieron obligados por el ama de llaves que venía a buscar al padre Vittorio: estaba allí el maestro, llevaba una hora esperándolo, tenía que hablar con él, no, no le había dicho de qué. De modo que Primo y el padre Vittorio se separaron casi como amigos, con el compromiso de verse pronto, todo bajo la estupefacta mirada de Maria, a quien le gustaba el orden, los ateos con los ateos, los curas con los curas. Al salir, se cruzaron con un muchachote con la ropa algo arrugada, el pelo un poco largo y el jersey lleno de lamparones, que los saludó –una amplia sonrisa y un gesto con la mano– como si los conociera. Debía de ser el maestro, y ambos pensaron que tenía un aspecto demasiado juvenil y que parecía bastante indefenso, seguro que los niños se lo comían vivo.

Esa tarde, por sorpresa, llegó una visita. Primo estaba colocando sus libros en las estanterías e intentó desviar la visita hacia Maria, pero las dos mujeres que habían llamado al timbre era a él precisamente a quien buscaban, es más, habían dicho con toda claridad que querían hablar con Primo. No había nada que hacer, Primo se resignó e hizo que se sentaran en las dos butacas del salón bueno que le habían parecido más incómodas, quién sabe, pensó, quizá padezcan de dolores en la espalda y decidan volver en otro momento.

Rígidamente sentadas en las incómodas butacas, las dos mujeres –más o menos de la misma edad, algo más jóvenes que Primo– se presentaron: eran hermanas, hijas del segundo matrimonio de su tío político Alceo y de su señora Viera (eso fue exactamente lo que dijeron, su señora Viera), desposada con Alceo tras la trágica muerte de su primera mujer, Ines, hermana del padre de Primo. Y en ese momento se le vino a la cabeza toda la historia, que su padre le había contado un montón de veces.

Las cosas sucedieron de la siguiente forma. Su tía Ines, la hermana mayor de su padre, tuvo una mala caída de pequeña y se le quedó la nariz aplastada, de forma irremediable para aquellos tiempos: era, por lo tanto, *gnaffa*, una chatunga, y, como consecuencia, fea. Una auténtica pena, porque, al parecer, por lo demás era una mujer de bandera. Una chica fea no encuentra marido con facilidad, y con menos facilidad aún un buen partido, pensaba con toda razón la familia; de manera que, cuando se presentó el tal Alceo, un campesino pobre, propietario de un trozo de tierra en el que se marchitaban hasta las piedras, la familia sometió a una gran presión a la muchacha, que al final se decidió a dar su consentimiento y a casarse con él. Algunos años más tarde, para ser más precisos, algunos años y tres hijos más tarde, el tiempo necesario para que vinieran al mundo dos chicos y una niña a la que aún había que llevar en brazos, una tarde de verano, mientras su marido estaba lejos de la casa, la desventurada Ines recibió la visita del hermano menor de Alceo, quien daba claras señales de desequilibrio y andaba buscando a su hermano con la declarada intención de matarlo. La ausencia de Alceo actuó como elemento catalizador, anulando hasta los últimos atisbos de sensatez en la cabeza del loco, quien, con una enorme hacha generalmente utilizada para partir leña, hizo pedazos a Ines y a la niña. A continuación, el desgraciado entró en casa, agarró un cuchillo de la mesa de la cocina y se lo clavó en el pecho. Las razones de este acto de locura, según le

había contado su padre, acabaron emergiendo con claridad tras las investigaciones de los carabineros: entre los dos hermanos se había creado un odio infranqueable, por razones económicas que se habían sobrepuesto a una antigua rivalidad; de manera que el hermano menor fue a matar al mayor y, al no encontrarlo, desahogó su furor con dos inocentes.

El asunto tuvo gran resonancia, hasta el punto de que un coplero lo había ilustrado en las plazas y la gente siguió hablando de ello durante años. En aquella época, Primo aún no había nacido, la historia se la contó su padre cuando ya era mayorcito.

Las dos mujeres entraron en seguida en materia, eran muy resueltas y hablaban al mismo tiempo, una frase una, una frase la otra, con un buen juego de equipo. Para abreviar, he aquí lo que le explicaron a Primo: que la versión que le habían dado de los hechos era incorrecta y básicamente falsa; que su tía Ines era en realidad la amante del hermano menor de Alceo; que este se había enamorado de otra mujer, pero que Ines no quería ni oír hablar de permitir que se fuera y le amenazaba con contárselo todo a su marido; que en ese último encuentro Ines había ratificado sus intenciones y había vuelto a amenazarlo con hacer pública su relación; que frente a tanta arrogancia, el pobre hombre perdió la cabeza y cometió el doble delito, acto indudablemente criticable pero, dadas las circunstancias, comprensible. Por si fuera poco, le gustaban mucho los niños, no lo hizo a propósito, de eso no cabía la menor duda. A continuación las dos mujeres, que tenían ahora el aspecto de quien se ha quitado un gran peso de encima, se levantaron al mismo tiempo, hicieron un gesto que podía interpretarse como una leve inclinación y, como suele decirse en estas tierras, no quisieron molestar más.

Primo, que se quedó un rato sin saber qué decir, se decidió a contarle toda esa extraña historia a Proverbio, hombre con sentido común y buen conocedor de los seres humanos. Proverbio escuchó toda la historia sin hacer el menor comentario y después se rascó la cabeza, perplejo.

—Tu familia nunca ha sabido bien qué hacer con la tragedia de Ines, y da la impresión de que las cosas no cambian mucho por más que cambien las generaciones. Parece que todo el mundo sabe cómo sucedieron las cosas, excepto vosotros. La verdad es que Ines se convirtió en amante de su suegro que, sin ser rico, cuatro cuartos sí que había conseguido reunir, pero la bolsa que contenía esos cuatro cuartos la controlaba Ines. Fue por ese dinero por lo que se pelearon y por ese dinero por lo que el chico se volvió tarumba. Pero a vosotros esa versión nunca acabó de gustaros, de manera que seguís inventándoos otras. Por otro lado, todo el mundo sabe que la mayor parte de los locos está fuera del manicomio. Y además Ines siempre les dijo a los suyos que allá arriba no estaba a gusto, quería marcharse, abandonar a su marido, ya puedes imaginarte las respuestas que recibió. Hasta tu padre fue a hablar con ella para disuadirla, ya puedes imaginarte los razonamientos, no se te ocurrirá, te has vuelto loca, dejar así a tus hijos, no esperes que te acojamos en casa... En definitiva, que tu familia se inventó la versión más favorable, la de la tragedia provocada por la locura, y todos fingieron creérselo. Si eso les servía de consuelo...

Primo se percató de que se había quedado con la boca abierta y decidió no replicar, era

muy probable que Proverbio tuviera razón. Y, en todo caso, le parecía que la visita de las dos mujeres había ratificado de manera oficial su regreso a casa.

Al día siguiente, Primo tuvo ocasión de conocer, casi de una sola tacada, al médico y al farmacéutico. Berenice se despertó con un ligero dolor de tripa y ciertas molestias abdominales, de esas que Maria llamaba, con el sosiego de quien acostumbra a emplear con naturalidad terminología científica, la cagalera. Primo se vio obligado a llamar al médico, que apareció, todo hay que decirlo, en menos de media hora y se mostró muy profesional: realizó un examen de lo más meticuloso, habló largo rato con los padres, pero no dispensó una sola sonrisa, ni una sola, a la pequeña enferma. Primo lo acompañó a la puerta y se entretuvo un rato hablando con él, curioso por comprender con qué clase de hombre estaba razonando. Pero el doctor Neri no transmitía familiaridad, no buscaba amistades, rechazaba el diálogo. Primo tuvo la impresión de que, si le daba una cuchillada en el estómago, saldría un borbotón de cemento. El mismo fracaso coronó sus esfuerzos por socializar con el farmacéutico, un hombre que no levantaba nunca la mirada y parecía siempre a punto de transformarse en culebra. Mientras esperaba que el farmacéutico acabara de empaquetarle los fármacos, entró el padre Vittorio, que no pareció nada contento de tropezarse con él: serio y preocupado, era una persona muy distinta respecto al cura jovial que había conocido en la parroquia; parecía, hubiera dicho Proverbio, un *oman cl'à vèst la fèra*, un hombre que ha visto la guadaña. Primo se entretuvo verificando su peso en la báscula, leyendo algunos folletos, en definitiva, ganando tiempo hasta que el farmacéutico volvió con el fármaco que el padre Vittorio le había pedido. Primo reconoció la caja, había recurrido a ello él también, en las épocas más oscuras de su vida: era un tranquilizante, de los más potentes. Desde luego, algo parecía haber cambiado realmente en la vida del cura.

Capítulo IV

Los juicios de Proverbio. Un maraffone con tres briscas. La revuelta de monte S. El significado del ruido de las palabras.

La Ofelia, la hija de la Ersilia, fue a jugar con las gemelas, era domingo y se pasó allí todo el día: por la noche, cuando su madre vino a recogerla, hasta se puso de morros. Más tarde, vino también el maestro, en una visita de

cortesía, o eso fue lo que dijo por lo menos. Había leído los libros de Primo y quería comentarlos con él, de modo que Primo pudo darse cuenta de que se trataba de un chico culto e inteligente, con tendencia a enmascarar sus cualidades, a retratarse a sí mismo como un hombre mediocre y trivial. También Proverbio sintió curiosidad, advertía algo extraño que, sin llegar exactamente a lo falso, no le era posible encuadrar bien, algo huidizo, como si el maestro procurara esconderse tras una falsa imagen de sí mismo. Descubrieron que era de Forlì, que se quedó huérfano de niño y que le crió un tío que no tenía excesivo tiempo que dedicarle; contó que se había pasado demasiado tiempo con personas mucho más mayores que él y no tardó en comprender a qué quería dedicarse: a educar a los niños, a ayudarlos a hacerse adultos, comprender sus problemas. Habría podido quedarse en la universidad, en efecto, hubo quien se lo propuso, pero le parecía un trabajo demasiado teórico, por lo menos de momento, tal vez se lo pensara de nuevo en un futuro, después de esta experiencia. Se ganó las simpatías de Proverbio hablando en un excelente dialecto y recitando algunos poemas de Guerrini³ que se sabía de memoria, dónde te encuentras hoy en día con un joven de semejantes intereses... Curioso por naturaleza, preguntaba, miraba, metía la nariz por todas partes. Consiguió hacer hablar a Maria, quien le contó, en su peculiar idioma bastardeado de dialecto, cómo fue educada y en qué clase de colegio había estudiado y más cosas. No tuvo éxito, en cambio, con las niñas, a las que propuso que jugaran juntos y que lo desdeñaron completamente, dándole a entender incluso que sus atenciones no eran de su agrado. Cuando se marchó, Proverbio hizo un comentario que se le quedó grabado a Primo: – Qué hombre más extraño –dijo–, qué chico más extra

ño. Dice que le gustan mucho los niños y al final resulta que es él quien no le gusta a los niños; dice que no le gustan mucho los adultos y en cambio a los adultos les gusta él. No estoy muy seguro de que haya tomado el camino adecuado; a decir verdad, tampoco estoy seguro de que todo lo que ha contado sea verdad.

Primo tuvo la sensación de haber estado muy cerca de entender algo, de alcanzar una

suerte de intuición, que después se había disuelto. Decidió dejarlo correr, de momento por lo menos.

Allá donde el maestro fracasó, la Ofelia triunfó: las niñas se habían enamorado literalmente de ella, hasta el punto de que acordaron con Maria y con Ersilia todo un programa de juegos, unas veces en su casa, otras en e Sdalétt. Mejor aquí, pensó Primo, recordando el olor de los cerdos.

La familia empezaba ya a integrarse en la vida del pueblo. Proverbio había encontrado con quien jugar a las cartas –un *maraffone* y tres briscas, según la tradición más antigua– y se había adaptado; en el fondo, su juego preferido era el *tresette*, pero no había tanta diferencia. Jugaban en el viejo círculo republicano, ya solo frecuentado por unos cuantos ancianos que encerraban dentro sus recuerdos y sus añoranzas, que fuera de allí nadie quería ya escuchar. La llegada de Primo había despertado una gran curiosidad en el viejo secretario-bedel-administrador, que se había zambullido en una montaña de documentos polvorientos, convencido de encontrar algo (de lo que por el momento no quería hablar, pero que iba a ser una bomba) concerniente al abuelo de Primo, un escándalo político, le había dejado caer a Proverbio. Y cada día, cuando Proverbio se sentaba a la mesa para empezar con sus *me las llevo, como, arrastro y arrastro*, él le hacía gestos desde lejos, como diciéndole «ya está, tengo los documentos al alcance de la mano», gestos que ponían bastante nervioso a Proverbio, a quien, cuando tenía las cartas en las manos, no le agradaban los *snamènt*, los juegos de críos.

No hacía ni diez días que habían llegado al pueblo cuando recibieron una llamada de la quinta del conde Campi. Al teléfono estaba un secretario muy amable, casi hasta un pelín obsequioso, que hablaba, dijo, en nombre del conde: «El señor conde ha sabido de su presencia en el pueblo... el señor conde es un admirador suyo, ha leído todos sus libros... el señor conde siente gran interés por la historia local y ha reunido muchos documentos...». En definitiva, que el señor conde quería verle. Y fue así como, tras haber acompañado a las gemelas a e Sdalétt, Primo recorrió andando toda la carretera hasta la villa Campi, curioso como un gato.

La casa no le desilusionó, seguía siendo muy hermosa, si bien algo oscura a causa de los grandes árboles que la estaban sofocando, y un tanto polvorienta. La sorpresa fue el señor conde, quien, aparte de unas piernas que ya no le funcionaban, estaba lleno de vitalidad y tenía muchas ganas de hablar y de escuchar. Le dijo que no llegó a conocer a su abuelo, pues Murió antes de que él viniera al mundo, pero que se había visto algunas veces con su padre, en la época en la que éste estudiaba y pasaba mucho tiempo en la ciudad. De su abuelo, del abuelo de Primo, había adquirido, sin embargo, conocimientos indirectos a través de sus investigaciones, estudiando viejos papeles, verificando viejos documentos. En particular, se había tropezado una y otra vez con su nombre cuando intentaba poner un poco de orden en la complicada historia del monte S. Se preguntaba si Primo habría oído hablar alguna vez de aquella historia.

Si al lector se le pregunta qué recuerda de Bezzecca, es probable que sepa contestar que se trata de una localidad de la región del Trentino que fue escenario de una batalla ganada por Garibaldi en el curso de la Tercera Guerra de Independencia. Es posible que

alguien, con estudios más frescos, pueda recordar la fecha, el 23 de junio de 1866 (lo he verificado). Pero ¿cuántos recuerdan el nombre del general austriaco? ¿Y sabe alguien algo de su plan de batalla? Pues eso, de la complicada historia del monte S. Primo solo se acordaba de dos cosas: que los republicanos tenían que ver con ella y que fue, año arriba, año abajo, en 1890, porque era el año de la muerte de Aurelio Saffi⁴, la única fecha que todos los habitantes de la Romaña recuerdan. De modo que puso en su cara la expresión de mayor perplejidad que tenía en su repertorio y le incitó a proseguir con el relato.

La historia de la revuelta del monte S. se ha contado varias veces, y si el lector quiere conocerla en sus detalles, le bastará con ir a releérsela en uno de los muchos libros que se le han dedicado, pero Primo nunca le había prestado especial atención, hasta el punto de que no tenía la menor idea de que su abuelo hubiera tenido un papel en ella: en realidad, de no haber sido por los estudios del señor conde, de tal papel nunca habría oído hablar.

El señor conde empleó casi dos horas en contar el episodio, con todo lujo de detalles y generoso despliegue de referencias bibliográficas. Intentaré limitarme a lo esencial. Veamos pues, nos hallamos en torno a 1890, año más, año menos, son años difíciles para los republicanos, porque con la muerte del triunviro romano se había esfumado el gran mediador, el único capaz de enfriar hasta los espíritus más ardorosos sin mortificarlos. La república, en la Romaña, siempre fue algo más que un sueño, era una aspiración concreta, algo por lo que se podía incluso morir. Con esta idea en la cabeza, un sujeto, llamado Fafi ad Masò, molinero, saca todos sus ahorros, se endeuda un poco más, hipoteca la casa y el molino y, con el dinero que reúne, compra unos setenta fusiles belgas, no de los más modernos, residuo de alguna operación bélica de los austriacos. Con esos fusiles y un par de compañeros de fe republicana sube a la cima del monte S. a esperar al resto de los conjurados (¿100?, ¿1000?), pero tras una espera de varios días debe aceptar el hecho de que ni ha aparecido nadie ni nadie vendrá. Oculta los fusiles en las cuevas que acribillan la zona más yerma del monte y regresa al pueblo, donde su ausencia, sin embargo, no ha pasado desapercibida, hasta el extremo de que aparece por ahí un comisario de policía, que empieza a investigar. ¿Qué papel desempeña hasta este momento el abuelo de Primo? Ninguno: estaba en la cama, figúrese el lector, con sarampión. Prosigamos. El comisario de policía, hombre hábil y prudente, pero pésimo conocedor de las costumbres de la Romaña, indaga, acosa, pero se deja abierta la ventana de su habitación de hotel. Error fatal (en el sentido más definitivo del término), pues alguien lo fríe a perdigones la noche de Ferragosto, aprovechándose de la ventana abierta. ¿Quién es el responsable de esos disparos de fusil? Entre los sospechosos del homicidio se cuenta también el abuelo de Primo, quien tiene una coartada, debilucha, pero que, inicialmente, por lo menos, se sostiene lo suficiente como para consentirle evitar la cárcel. A prisión van, en cambio, una veintena de personas, acusadas de asociación criminal y de otros delitos, más o menos infamantes. Los jueces juegan como los gatos con los ratones: saben que cuanto más tiempo los mantengan encerrados, más aumentan las estrecheces de las familias, privadas de su principal y a menudo único medio de sustento. En el pueblo tiene cierto éxito una primera colecta, que sirve para

pagar a los abogados; el segundo intento de reunir algo de dinero, en cambio, fracasa miserablemente.

El tiempo pasa, se acerca el invierno y de la cárcel no sale nadie. Las familias, convencidas de que Fafi ad Masò sabe el nombre del homicida, empiezan a presionarlo, debe hablar, si ha de mostrarse solidario con alguien, que lo sea con sus hijos, que no tienen nada que comer. El molinero, presionado por todos lados, temeroso de no ser capaz de aguantar, escribe una carta en la que carga con la responsabilidad del homicidio y se ahorca. Confesión falsa, afirma el señor conde, hay innumerables pruebas que lo exculpan y que obligan a mirar en otra dirección, por ejemplo, hacia el abuelo de Primo. No será, pregunta el señor conde, que ahora exhibe un tono casi melifluido, que de esa historia, en familia... en definitiva, es posible que alguien le haya contado alguna vez...

Esa historia, Primo, en familia, nunca se la había oído contar a nadie, pero el que su abuelo pudiera estar implicado en ese homicidio no le parece una idea completamente descabellada. En primer lugar, su padre, cuando alguien hacía referencia a su abuelo, intentaba cambiar de tema y, cuando alguien le contaba que había visto a su hijo metido en una riña, se ponía muy serio y preocupado, como puede volverse un padre que tiene miedo de hallar en sus propios hijos los signos de una mala herencia genética; además, Primo se acordaba perfectamente, a uno de sus primos más viejos, lo suficientemente anciano como para haber conocido al abuelo, le había oído hablar (estaba borracho y hablaba de más) de ciertos contactos con la Sociedad de los apuñaladores, que evidentemente algún derecho respecto a él llegó a tener. De modo que Primo no dijo ni que sí ni que no, dejó la cuestión abierta y prometió que volvería, acaso con más información. Y se marchó, despedido casi con afecto por el señor conde.

Vuelves a pisar el suelo de tu tierra, razonaba Primo mientras bajaba hacia el pueblo, y no es que vuelvas a plantar tus raíces, es que las raíces siempre han estado allí, esperándote y, cataplum, vuelven a ponerte de repente en conexión con el mundo al que perteneces por derecho, con el pasado, la familia, los recursos, las culpas, las leyendas, y además todo a gran velocidad, como si hubiera que recuperar el tiempo perdido. Se preguntaba si todo aquello le agradaba o le daba miedo, y no sabía darse una respuesta cierta, acaso ambas cosas a la vez. Rumiando todo el asunto, acabó pasando por detrás de la casa parroquial, justo a tiempo para ver al maestro que salía por una de las puertas traseras: parecía satisfecho, sonreía para sí, mascullando algo incluso, Primo pensó que estaría canturreando. Le vio montar en bicicleta y alejarse pedaleando a toda prisa, sin mirar a su alrededor. Es posible también que sea un hombre muy religioso, se dijo Primo, a quien en realidad el maestro le había causado una impresión muy distinta.

En casa se encontró a las gemelas abstraídas en contarle a Maria las miles de cosas que habían hecho en casa de Ofelia y en magnificar la casa, tan grande e interesante, un sitio estupendo para vivir, a pesar del pestazo.

—¿El pestazo?

Maria miró a Primo con gesto interrogante.

—*E fié* —le explicó Primo.

—Ah —dijo Maria—, *e fié. Ad ché?*

–*I ninè, i baghin*, a los cerdos –le explicó Primo paciente, el dialecto de Maria era complicado, pescaba palabras de todas las aéreas geográficas, sin regla alguna.

–*I ninè* –refunfuñó Maria–, *e pè un nóm pri burdèll*, parece un nombre para un niño.

Las gemelas se reían, Primo pensó que hacía falta una china para explorar las profundidades del dialecto.

Capítulo V

La profesión del aparej. Adamo. La importancia de salir con copas. Historia de un contencioso político-sentimental. La Ofelia.

El aparej. Adamo, dado que era la señora Edvige la que se encargaba del hotel Aurora y dado que sus hijos no requerían particulares atenciones (atenciones que, en todo caso, él nunca les habría dispensado, teniendo en cuenta el hecho, no carente de relevancia, de que no le gustaban los niños), podía dedicarse en cuerpo y alma a lo que más le gustaba en absoluto, curiosear y recoger información. La clase de curiosidad que representaba al mismo tiempo un placer y un oficio para el aparej. Adamo era, digámoslo así, algo peculiar. La noticia de que el notario Rossi había sido nombrado comendador ni siquiera le rozaba las neuronas de la corteza, lo que significaba que no despertaba su atención y que su memoria no la conservaba. Un suelto de diez líneas, en el que se explicaba que el señor Bianchi había recibido una comunicación judicial por fraude, quedaba grabado en cambio de forma indeleble en su cerebro, listo para ser evocado hasta en sus mínimos detalles, desde las iniciales del cronista a las comillas del titular. Que más tarde el fraude tuviera que ver, en realidad, con el uso impropio de un contenedor de basura y que el señor Bianchi resultara completamente ajeno al asunto (los señores Bianchi suelen tener graves problemas de homonimia) era absolutamente secundario. Ahora, el aparej. Adamo había venido a informarse de la llegada al pueblo de Primo Casadei, más conocido por Terzo; el aparej. Adamo sabía que Primo Casadei, más conocido por Terzo, había cumplido una condena a un cierto periodo de cárcel por tráfico de estupefacientes y recordaba que se justificó afirmando que no sabía nada de esos estupefacientes, que creía que el trapicheo tenía que ver con cigarrillos; el aparej. Adamo estaba al corriente del hecho de que Primo Casadei, más conocido por Terzo, había trabajado como guardaespaldas para una conocida organización de cuño mafioso que operaba en las playas de la Romaña y que respondía a las órdenes de un importante camorrista napolitano conocido comúnmente como el Amo. Ahora bien, el aparej. Adamo no creía en el arrepentimiento y mucho menos en la redención, razón por la cual pensaba que si Primo Casadei, más conocido por Terzo, había venido a vivir al pueblo, debía de tener sus buenas razones, razones que el susodicho no tendría desde luego interés en hacer públicas pero que, de ser conocidas por personas expertas, profesionales del oficio, representarían sin duda alguna, para las susodichas personas, una fuente de ganancias, por ahora no valorable, pero, disculpe el lector la rima, sin duda no desdeñable. De este

modo, con semejantes convicciones y con un preciso plan en la cabeza, el aparej. Adamo se apostó para tropezarse con Primo Casadei, más conocido por Terzo, cuando este saliera de casa, porque determinadas conversaciones, como es cosa universalmente sabida, es preferible que tengan lugar al aire libre, lejos de posibles micrófonos y grabadoras.

De modo que, cuando Primo salió de casa –destino: el quiosquero de delante de la iglesia–, vio cómo se situaba a su lado un hombretón de al menos metro noventa de altura, más grande que gordo, que parecía un jugador de rugby salido de una lesión y que tenía una suerte de graciosa sonrisa impresa en la cara que no se conciliaba ni con su mole, ni con la frialdad de su mirada, ni con el tono de su voz, que no llegaba a ser del todo amable. El hombretón se presentó como el aparej. Adamo, aclaró que lo había reconocido por casualidad, mientras pasaba por ahí igualmente por casualidad, explicó que era el propietario del hotel y citó cierto número de conocidos en común, personas todas, vaya por Dios, a las que Primo solo había podido conocer en la cárcel.

En realidad, Primo se había percatado de que el aparej. Adamo lo estaba esperando y no se había tragado ni una sola de esas «casualidades»; se mantenía en guardia, esperando que el otro descubriera sus cartas sin enseñar las propias. El aparej. Adamo se jugaba sus cartas rápidamente, no le gustaban las demoras; arrancó con algunos cumplidos, echó pestes de la justicia, declaró que a todos los hombres realmente honrados los había conocido en lugares en los que habían sido reclusos por alguna injusta restricción de su sacrosanta libertad, después entró directamente en materia. Puesto que se hallaban ambos casualmente relegados en aquel trozo de colina carente del menor interés y mortalmente aburrido, pero donde una persona con iniciativa y fantasía podría llegar a sacar agua de las piedras; puesto que Primo era sin duda alguna una persona de esas, aunque en aquel lugar olvidado por Dios le costaría trabajo desenvolverse, entre el fuego cruzado de la ignorancia de los aldeanos y la desconfianza de los carabineros; en definitiva, que tenía suerte de haberse tropezado con él, con el aparej. Adamo, hombre capaz de apañárselas en las situaciones más complejas y dispuesto a echarle una mano, sin más, por simpatía y solidaridad, prácticamente sin coste añadido alguno. Bastaba con que le dijera, eso sí que era realmente indispensable, qué le rondaba por la cabeza y qué tendría que hacer él, el aparej. Adamo, para ayudarlo. Todo, naturalmente, con la máxima discreción.

Primo no lo interrumpió, lo escuchó hasta el final esbozando de vez en cuando vagos gestos de asentimiento y al final, sin mostrarse ni alarmado ni satisfecho, le devolvió los cumplidos, le reafirmó su propia amistad, escribió en su cuaderno su número de teléfono, quiso tomarse un par de días de tiempo –no le gustaban, dijo, las decisiones apresuradas– y, tras decirle que sería él quien diera señales de vida en un plazo muy breve y estrecharle solemnemente la mano, lo dejó allí, en la carretera, inseguro sobre el desenlace del encuentro, indeciso entre un interesante logro o una simpática tomadura de pelo. A continuación, en vez de irse a comprar los periódicos, volvió a entrar en casa y llamó por teléfono a su amigo policía, a quien recurría cuando necesitaba obtener informaciones reservadas.

Ese amigo suyo, Macbetto Fusaroli, hijo de un gran aficionado a la ópera, actualmente subcomisario y en olor de ulteriores ascensos, había compartido con Primo un periodo difícil en la vida de ambos, periodo del que salió sin mayores daños gracias a la ayuda, desinteresada y más merecedora de gratitud precisamente por eso, de Primo. Tras aquellos acontecimientos, entablaron una afectuosa relación, que a ambos les gustaba cultivar; por si fuera poco, el comisario consideraba a Primo una de las mentes más brillantes con las que se había tropezado, hasta el extremo de pedirle consejo acerca de problemas absolutamente ajenos a su cultura, como aquellos con los que tenía que lidiar en su trabajo.

Primo tuvo suerte y lo localizó en seguida –por lo demás, su amigo Macbetto no se negaba nunca a ponerse al teléfono–, y le pidió información sobre el aparej. Adamo. La obtuvo de primera mano: un chantajista, más de una vez agujoneado por la justicia, no muy listo, pero con mano de hierro: a sus víctimas siempre les daba más miedo él que sus chantajes. Ya más tranquilo, Primo le dio las gracias, hizo que le prometiera ir a visitarlo, colgó y salió de nuevo, decidido a no tolerar más interferencias en su camino hacia la compra de *l'Unità*.

No muy lejos del quiosco, Proverbio estaba jugando la partida de su vida. Los triunfos eran suyos y ya los había soltado, ahora se trataba de decidir si salía pororos o por copas, decisión nada fácil: Lamiro había salido por copas con una carta baja, el rey debía de tenerlo Pistola. De manera que, si él salía pororos y le ponía la mano en bandeja a su compañero, el rey quedaría en medio y... Desde detrás de su escritorio, era imposible no verlo, el secretario-administrador-bedel le estaba haciendo amplios gestos con los brazos, queriendo, evidentemente, llamar su atención. Proverbio intentó hacer caso omiso, pero los gestos del otro se volvían cada vez más molestos, ahora había añadido una especie de gruñido sordo, así que tronó:

–Sí –(la rabia le había hecho perder el control de la voz, de modo que ese «sí» le salió peor que un gallo) vociferó–, ¡ahora voy!

Y salió por copas. ¡Por copas! Proverbio se hallaba al borde de la desesperación, se daba cuenta por la expresión de su compañero que de esa mano se hablaría durante una década, pero ya era demasiado tarde para remediarlo. Acabó la partida, dijo un «los cafés corren por mi cuenta» que no impresionó a nadie y se reunió con el responsable del desastre, que, no habiéndose apercebido de nada, lo aguardaba seráfico: Proverbio estaba firmemente decidido a romperle un fémur, un daño muy grave para una persona anciana.

El hombre estaba muy contento consigo mismo, prácticamente no cabía en sí de orgullo. Tenía sobre la mesa un grueso legajo de papeles –cartas, documentos, y hasta una especie de registro– fruto de sus pacientes investigaciones en lo que fue el archivo del círculo y que se había convertido en una suerte de vertedero.

–Todo esto son cosas que atañen al abuelo de Primo –dijo–, hay tantas que no he conseguido leerlas, pero sería aconsejable que Primo les echase un vistazo. En cualquier caso, la historia más importante está aquí, documentada en todos sus detalles.

Definitivamente, la partida había concluido de esa manera, el día estaba echado a

perder sin remedio, lo mejor era ponerle al mal tiempo buena cara, pensó Proverbio; de modo que se sentó para que le contaran la historia de aquel bendito escándalo.

Por la noche, Proverbio se la repitió a Primo, acaso con algunos detalles de menos, delante de dos vasos de vino tinto local.

–Tu abuelo, Muzghina, se casó con una muchacha de diecinueve años, una de por aquí, que Murió, al cabo de menos de un año de matrimonio, de pulmonía. Tu abuelo debía de tener un estómago casi de hierro, porque prácticamente a la vuelta del entierro se puso a cortejar a una hermana de la difunta, también en el umbral de los dieciocho, y ya regularmente casada con uno del pueblo que en aquellos meses estaba fuera a causa del servicio militar. Los dos se fueron a vivir juntos, algo solo en parte justificable por su parentesco y que despertó muchas sospechas, hasta el punto de que los socios del círculo republicano, del que tu abuelo era vicepresidente, empezaron a presionarle para que se volviera a vivir a su propia casa. Muzghina cedió al principio, después fue ganando tiempo, después pidió explicaciones, proclamando su propia inocencia y amenazando prácticamente a todos los que habían intervenido en el debate y que, en su opinión, lo estaban difamando. Aciagamente para él, un socio del círculo fue a buscarlo a casa de su cuñada y sorprendió a la pareja mientras salían de una habitación, él solo con un jersey de lana, ella, si no he entendido mal, ni con eso siquiera. De modo que la dirección del círculo, reunida en asamblea, tomó dos decisiones: mandó una carta al marido de la muchacha, decretó la expulsión de Muzghina.

»Tu abuelo no era hombre que tolerara semejante insulto: abrió un contencioso legal con el círculo, ejerció fuertes presiones sobre los dirigentes del partido republicano, que le tenían simpatía, empezó una campaña denigratoria contra Fafi ad Maso, el presidente del círculo, el que más decidido se había mostrado en pedir su expulsión. Aquí lo tuvo relativamente fácil. Fafi era un jovenzuelo de menos de treinta años, que por su aspecto parecía el *Passatore*⁵, pero que era de alma amabilísima y, dado que nadie le había visto nunca con una mujer, vivía en olor de homosexualidad. Tu abuelo fue por ahí contando que la razón de tan absurdo jaleo –¡cuándo se ha visto que en la Romaña un polvo se convierta en una cuestión política!– residía en el hecho de que Fafi era un pederasta, por si fuera poco enamorado de él, que, como es natural, estaba celoso perdido. Fuera verdadera o falsa esta versión, a Fafi no le gustó un pimiento: se armó de revólver y fue en busca de tu abuelo, al que encontró en una taberna llamada *I smunghè*, Los excomulgados. Allí tuvieron un altercado, llegaron a las manos, hubo que separarlos. Puesto que parecían reconciliados, nadie los retuvo cuando salieron, juntos. Al cabo de pocos minutos, sin embargo, se oyeron disparos de arma de fuego, más bien amortiguados, y Muzghina volvió a entrar, descompuesto, enseñando los tres orificios en el capotillo, los tres disparos de pistola que Fafi le había dirigido al pecho. Por suerte para todos, Fafi se hacía los cartuchos por su cuenta y esos tres proyectiles tuvieron a duras penas la energía para atravesar los indumentos y golpear ligeramente las costillas de tu abuelo, a quien ni siquiera le hizo falta ir a ver al médico. El asunto no tuvo mayor consecuencia, no hubo siquiera denuncias, ni dejó, por lo menos a primera vista, nada de rencor. Los dos hicieron las paces y alcanzaron un compromiso, que puso fin a una

disputa que a esas alturas había involucrado a todos los republicanos de la Romaña e incluso a los socialistas. Tu abuelo y la Beppa se fueron a vivir a la ciudad, por lo menos de forma provisional: no volvieron a la Casaza hasta después de los hechos del monte S., una vez que Fafi ad Masò se matara y tras haber constatado lo difícil que resultaba rehacerse una vida lejos de casa. No te digo la cantidad de papeles y de documentos que hay en el círculo: el secretario ha empezado a fotocopiarlos y te los hará llegar, está convencido de que este será para ti un gran día, no me preguntes por qué.

A decir verdad, Primo empezaba a sentirse muy atraído por la figura de su abuelo, cuanto más sabía de él menos lo comprendía. Se prometió leerse esos papeles, en cuanto llegaran, para intentar averiguar algo más. Lo cierto era, en cualquier caso, que de ese misterioso abuelo suyo, del que estaba prácticamente prohibido hablar en casa, había aprendido más en los pocos días que llevaba viviendo en el pueblo que en todo el resto de su vida.

A la mañana siguiente telefoneó, temprano, la Ersilia. Ella y la Mariuccia, contó, habían cogido la gripe, estaban esperando al médico que aparecería de un momento al otro; la Ofelia quería bajar a jugar con las niñas, no había quien la contuviera, la verían llegar al cabo de una hora, o menos. Después de dos horas, Ofelia aún no había llegado, de modo que Primo, tras varias consultas con su madre, recorrió a pie todo el camino hasta e Sdalétt, sin encontrarla. A pesar de la fiebre, la Ersilia y la Mariuccia empezaron a buscarla por los campos, la Ofelia era una niña muy seria, un ataque de chifladura no era factible. A las doce, los intentos de búsqueda habían resultado inútiles y quedó claro que debía de haber pasado algo, la niña había desaparecido. De modo que Primo llamó a los carabineros.

Capítulo VI

Alguien la toma con los niños. Los secretos de la pterocaria fraxinifolia. Pavolone, oficial pagador.

En los pequeños pueblos de la Romaña, los hechos delictivos, o incluso solo los supuestos hechos delictivos, no son raros, pero generalmente resultan comprensibles, tienen su lógica, en cierto modo resultan incluso previsibles o esperados. Dos familias que se odian, antes o después, se harán daño; antiguas deudas de dolor o de sufrimiento pueden ser cobradas en cualquier momento, nadie se sorprende. Pero las dos mujeres que vivían en e Sdalétt no tenían enemigos y nunca le habían hecho daño a nadie, al menos por lo que se sabía. La Mariuccia, es cierto, tenía un pésimo carácter, alguna vez había llegado a arañarle la cara a alguien, pero nunca cosas de importancia tal como para justificar un hecho tan grave, tomarla con una niña, no, ni pensarlo siquiera. ¿Y entonces? Entonces, si no había explicaciones lógicas, había que pensar en la fatalidad, o en un gesto de locura. O en los gitanos, ¿por qué no? Sí, claro, como si alguien hubiera visto alguna vez a los gitanos por ahí. Sin embargo, y eso es indiscutible, los gitanos son gente errante. Es su vida, su oficio. Andan por todas partes, y si encuentran algo que les gusta, van y lo cogen. ¿Cómo llamaban antiguamente los viejos al cólera? E *zengan*, el gitano. Porque hoy estaba aquí, mañana en un sitio muy distinto. Y porque era malvado, maligno, no se casaba con nadie.

Definitivamente, no cabía duda de que Ofelia había desaparecido, de que le había ocurrido algo malo, y la gente estaba afligida y asombrada, intentando comprender, pues sentía la necesidad de hallar una razón antes que un culpable. Pero la historia de los gitanos no se sostenía, el subteniente lo dijo en seguida, dejémonos de tonterías, y también el comisario jefe, que vino expresamente desde la ciudad, se encogió de hombros, no se veían gitanos por esa zona desde hacía un montón de tiempo. La policía y los carabinieri dieron una batida por el bosque, árbol por árbol, interrogaron a todo el mundo, nadie la había visto, la última persona fue su madre, que le gritó desde lejos «*Sta atèta*», ten cuidado, y volvió a meterse en la cama. Ni siquiera la vio el médico, que recorrió la misma carretera en sentido contrario menos de una hora después, arriba no estaba, al pueblo no había llegado... Tras unos primeros días de enorme alboroto – periodistas, televisiones, curiosos– las investigaciones quedaron a cargo de Macbetto, el amigo de Primo, quien, para no tener que estar yendo y viniendo de la ciudad, tomó una habitación en el hotel Aurora. El cuarto día por la noche, tras haberse pasado el día

dando vueltas en vano, Macbetto fue a cenar a casa de Primo.

–No se entiende nada –le dijo–, no hay por dónde empezar: no hay ni rastro del menor indicio, ni un puñetero motivo posible; un misterio de los buenos, desde luego.

Maria miraba a las gemelas con aprensión y Macbetto se dio cuenta.

–No creo que hayamos llegado a tanto, Maria –le dijo–. Y además tú eres una gallina clueca, nunca las pierdes de vista –después se dirigió a Proverbio–: ¿Y tú?, ¿habías estado alguna vez por aquí?

Proverbio comprendió lo que quería saber y meneó la cabeza:

–Yo hablo con los viejos, nos pasamos el santo día jugando a las cartas, un maratón. Ya sabes cómo son estas cosas: todos calladitos cuando se juega al *maraffone*, todos a charlotear cuando se echan los triunfos en la brisca. Este no es un pueblo de secretos, el último balarrasa fue el abuelo de Primo, después de él ya no hubo nada para nadie.

Macbetto estaba convencido solo a medias.

–Para ser el pueblo que dices, en realidad hay demasiadas cosas justo al límite por aquí. El hotel en el que estoy alojado pertenece a un tipo famoso por su actividad de chantajista; el dueño del aserradero tenía a treinta marroquíes trabajando en situación irregular, sin permiso de residencia, sin permiso de trabajo, y aún no me he enterado bien de dónde viven; el maestro de vuestro pueblo fue secretario del colectivo de ateos, o como se llame, y en su momento recibimos no se sabe cuántas denuncias porque tiraba piedras contra el portal del obispado. Todo el mundo está convencido de que vuestro farmacéutico está inscrito en una sociedad satánica que, solo por plantear una hipótesis, podría beberse la sangre de las criaturas. Y si queréis más, tengo más.

Siguieron charlando un rato, después echaron una partida a las cartas, se tomaron un vaso de vino y al final Primo acompañó a Macbetto al hotel. Por el camino, el policía retomó el tema:

–No hemos hablado de la hipótesis más probable por el momento, la del loco. Maria me ha parecido ya lo bastante preocupada. Desde luego, si es un loco, es un loco de categoría, no ha dejado una sola huella, vamos, ni una sola.

–La gente dice que por aquí no hay locos –afirmó Primo.

–De acuerdo –contestó Macbetto–, pero, dado que aún tienen que llegar los turistas, ¿cómo nos los apañamos?

–Nos los apañaremos así –concluyó Primo–, yo ahora llamo a Pavolone y le digo que adelante su viaje, que venga en seguida. Conmigo y con Pavolone por los alrededores...

Primo volvió a casa a toda prisa, quería saber algo más de ese ateo con el que se tropezaba siempre en los alrededores de la iglesia. En internet no había mucho, pero lo que encontró era, en todo caso, interesante: dos artículos sobre los derechos civiles, publicados en una revista de extrema izquierda; una participación en una mesa redonda sobre los emigrantes. Nada que sonara a violencia, nada que hiciera pensar en una mente enferma o incluso en un hombre simplemente malvado, todo lo contrario. Primo se fue a la cama algo más tranquilo.

A la mañana siguiente, en cuanto terminó de explicarle a Pavolone cómo se llegaba al pueblo, recibió una llamada de Macbetto.

–La cosa se mueve –dijo–, voy a ir a verte, tengo que enseñarte algo.

Lo que tenía que enseñarle era una nota, recibida con el correo de la mañana en el cuartel de los carabineros, quienes, tras fotocopiarla, la habían enviado a la ciudad para que la analizaran. Lo que Macbetto llevaba en la mano era la fotocopia. En lo alto solo había una palabra, escrita con caracteres muy grandes y entre enormes signos de exclamación: *detenme*.

Debajo aparecía el dibujo de un árbol, muy esquematizado, ramas simétricas de las que colgaban cosas que podían ser rosarios extendidos, o collares. Debajo del árbol, un dibujo como los de los niños, una pequeña cabeza redonda con dos trencitas, piernas y brazos dibujados como palillos que salían de un vestidito femenino, una niña, sin duda. La pequeña figura estaba colocada horizontalmente bajo el árbol, como si hubiera sido enterrada debajo.

–Tus primeras impresiones –le pidió Macbetto.

–Que alguien pide que le encuentren, quizá porque teme repetir lo que ha hecho. Admitiendo que sea verdad; admitiendo que no se trate de un imbécil que nos está tomando el pelo; admitiendo que no sea el propio asesino el que nos esté tomando el pelo. Lo mismo para el segundo mensaje: a primera vista nos dice que la niña está enterrada debajo de un árbol, pero es una información inútil, árboles hay aquí a millares, tanto le hubiera valido dibujar un terrón de tierra.

A Primo le parecía que el folio tenía ganas de decirle algo, algo que por el momento se le escapaba. Sí, había algo más. El vestido. El dibujo imitaba los dibujos de los niños, pero estaba demasiado lleno de detalles. Un niño hubiera dibujado las hojas, no esos colgantes, cuyo significado quedaba por averiguar. Y además, estaba el vestidito: para empezar, parecía no tener mangas, y además tenía una especie de lunares dibujados, pero solo en la parte de arriba. No creo que haya mucha gente que sepa cómo iba vestida la niña, aparte de la Mariuccia y de la Ersilia.

Macbetto ya había tenido ocasión de apreciar la racionalidad y la intuición de Primo, pero nunca se hubiera esperado recibir una ayuda de Proverbio, que se había acercado al folio y lo miraba con interés.

–Esto –dijo–, podría equivocarme claro, pero esto parece un *albarazz*, o por lo menos yo un *albarazz* lo dibujaría así, con los collares de los frutos colgando, aunque aún no sea la época, es pronto para los collares.

–¿Un *albarazz*?

Macbetto miró a Primo con gesto interrogativo.

–Es la *pterocaria fraxinifolia*, un árbol muy común, casi una plaga, pero por aquí no debe de haber muchos, estamos ya a demasiada altura. Esas cosas que cuelgan deben de ser los collares de los frutos. Habría debido reconocerlo yo también; bravo, Proverbio.

Por la tarde le enseñaron el dibujo a la Mariuccia –la Ersilia no dejaba de llorar y no era de utilidad alguna–, quien dijo que sí, la Ofelia iba vestida así, con una camiseta sin mangas con lunares estampados y una faldita. Los hombres se pusieron a buscar *pterocarias*, y cuando encontraban alguna hacían sondeos a su alrededor. En espera de la respuesta del laboratorio, no había más que hacer.

Por la tarde llegó Pavolone, más contento que unas pascuas, aquella era su familia, cuando estaba con ellos solo tenía ganas de cantar. Primo dejó que se instalara, le observó un rato mientras jugaba con las niñas y después le pidió que lo acompañara a dar un breve paseo, era el momento de arreglar un asunto, no hay que dejar la suciedad demasiado tiempo en la ropa, acaba estropeando los tejidos. Pavolone, cuando estaba con Primo, se volvía dicharachero, le contaba todo lo que le había sucedido, que una chica lo había mirado dos veces y después le había sonreído, que un hombre le había felicitado por sus músculos...

–Vamos a ver, ahora –le dijo Primo, cuando llegaron al hotel Aurora– no digas nada, quédate callado y, si me dirijo a ti, límitate a hacer un gesto con la cabeza.

–¿Es un juego? –preguntó Pavolone.

–Es un juego –concedió Primo.

La señora Edvige, cuando le pidieron que fuera a buscar a su marido, por poco no se lo hace encima. ¿En qué lío se habrá metido esta vez ese imbécil?, pensaba, ¡qué más nos va a pasar ahora! Pero al aparej. Adamo a punto estuvo de darle también un soponcio. Ya el haber visto a Primo con tanta familiaridad con el comisario, o quienquiera que fuese, le dio a entender que se había metido en un lío, y ahora, ¿qué narices querría de él, es que no podían hacer sencillamente como si no hubiera pasado nada? Fue en ese pasaje de sus razonamientos cuando vio a Pavolone, que parecía directamente salido de unos dibujos animados tras haber interpretado el papel del enemigo jurado de Popeye. El aparej. Adamo había conocido a muchos hombres grandes y gruesos, con algunos de ellos hasta se había peleado, pero esa monstruosidad... De modo que cuando Primo, con la boca chica, le dijo «salgamos para hablar un rato», le entró una suerte de reacción histérica y se vio a sí mismo esperando que alguien le prohibiera salir, su mujer, por ejemplo. Pero sus esperanzas se vieron defraudadas, y se encontró al aire libre, entre Primo y la montaña de carne, sin un alma en los alrededores capaz de acudir en su ayuda. Por suerte para él, Primo decidió ser misericordioso, duro, pero rápido y misericordioso.

–He estado discurrendo –le dijo con voz muy baja, apenas perceptible– sobre las cosas que usted me dijo. He decidido que en estos momentos no tengo necesidad de usted. Sin embargo, he pensado también que a usted podía ocurrírsele la idea de que estoy en deuda con usted y me ha parecido justo presentarle a mi oficial pagador. Aquí lo tiene.

Miró a Pavolone, quien hizo un gesto de asentimiento y añadió, como contribución personal, una especie de gruñido, que por razones incomprensibles, sonó amenazador.

–Quisiera que me entendiera usted bien. Imagínese que está usted convencido de que yo le debo dinero. Estupendo: usted me lo pide y yo le mando a este señor para el pago. Podemos llamarlo, si le parece bien, la liquidación. Yo prefiero siempre no asistir a las liquidaciones, me parecen aburridas, uno sabe siempre lo que va a ocurrir, como en las películas de gánsteres, pero según me cuentan parece que siempre se pagan además los intereses. En cualquier caso, esto puedo garantizárselo y me ofendería si no me creyera, nadie, pero nadie en absoluto, ha podido quejarse jamás.

Miró otra vez hacia Pavolone, quien, visto el éxito del gruñido precedente, volvió a intentarlo. Esta vez le salió algo peor, pero fue en cualquier caso la guinda del pastel, el señor Adamo no veía el momento de volver a entrar en casa.

No hubo ulteriores comentarios, el asunto estaba ya claro para todos, excepto para Pavolone, que en el camino de regreso hizo algunos comentarios preocupados sobre la palidez del señor Adamo; ya había visto a otros hombres así, todo porque iban poco al gimnasio.

–Hazle una visita, de vez en cuando –replicó Primo–, e interésate por si le hace falta algo.

Se preguntó si estaría exagerando un poco, pero llegó a la conclusión de que, en todo caso, no era cometido suyo dar lecciones de humorismo a los chantajistas.

Capítulo VII

A primera vista parece que se trata realmente de un pedófilo. Pero Macbetto tiene sus dudas. Encuentro con un cura charlatán. Historia de una revolución fallida.

En los días sucesivos no hubo grandes novedades, nadie llegó a encontrar la *pterocaria* que estaban buscando, por otra parte las plantas eran más numerosas de lo que se habían imaginado, y no podía calcularse el tiempo que haría falta, y además los laboratorios no habían completado los análisis; en definitiva, que la investigación estaba encallada. Primo había recibido un enorme paquete de fotocopias del círculo republicano y había empezado a estudiarlas, tarea nada fácil, porque muchos de los escritos eran ya ilegibles y para los demás se hacía necesario el uso de una lupa, los documentos había que estudiarlos palabra por palabra.

Con cierta sorpresa, Primo encontró algunas cartas del párroco de entonces, un sacerdote bastante belicoso, llamado padre Nicola (o padre Nicolò, quién sabe), a quien en las cartas de los socios del círculo se nombraba como padre Vitupéri. En una de las cartas había una alusión al correo recibido en la parroquia, de modo que Primo fue a verificar si los sacerdotes guardaban también un archivo. No, le dijo el padre Vittorio, tras una rápida indagación, archivo hubo sin duda, pero después se mandó todo al obispado, a la ciudad, quizá pudiera intentarlo allí. El cura no había cambiado desde la última vez en que se habían visto, la misma cara de abatimiento, el aire triste y extraviado de quien ha visto morir a su perro. Primo intentó dar pie a una conversación, sacó a relucir la desaparición de Ofelia, pero era como si el padre Vittorio careciera de capacidad de reacción, absorto en otras y más graves preocupaciones. Al final le dio el nombre de un sacerdote de la ciudad que podría ayudarlo en sus investigaciones en el archivo y se perdió de nuevo entre sus resignados pensamientos.

La *pterocaria* del delito siempre había estado allí, en primera fila, al borde de la carretera que bajaba desde e Sdalétt, solo que nadie la había reconocido. La desenmascaró un perro, uno de los que habían subido hasta allí para la búsqueda de la niña, que se puso a excavar furiosamente al pie de un tronco medio seco. Y así encontraron el cuerpecito, completamente desnudo, que se estaba descomponiendo. No había rastro de los vestidos, faltaban también los zapatos y las braguitas. Encajada entre las piernas, en cambio, estaba la página de un libro, que resultó ser una página del evangelio de San Mateo, comentado por San Agustín, en la que se dice «si tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti...». El pueblo se vio invadido

de nuevo, acudieron como plaga de langosta periodistas y curiosos, en tropel. Grandes pasos adelante no se daban, pero entre tanto empezaban a llegar los resultados de los análisis y no faltó algún golpe de suerte. La carta que contenía el mensaje del asesino (ya era seguro) había sido escrita e impresa en el ordenador de la casa parroquial, uno de los pocos que había en el pueblo, que, por desgracia, estaba al alcance de un amplio número de personas, ni tan siquiera era necesario pedir permiso, todos los que acudían a la parroquia podían usarlo. La niña había muerto asfixiada, el asesino había tapado sus vías respiratorias, con un trapo tal vez, o con un saco de plástico, hasta matarla. Tras haberla asesinado, y solo después de haberla asesinado, la había violado, causándole amplios desgarros en el perineo, tan grandes como para pensar en el empleo de un objeto metálico, más que en un estupro. El padre Vittorio reconoció la página del libro, un libro que había extraviado –o que le había sido robado– precisamente durante aquellos días.

Eso era todo. Evidentemente, ciertas consideraciones podían hacerse, algunas sospechas podían salir a relucir, pero nada que consintiera dar un paso adelante de verdad, avanzar con decisión, estar próximos a imputar algo a alguien. Y por la noche, en casa de Primo, Macbetto se desahogaba.

–Alguien quiere hacernos pasar por tontos, nos está señalando con el dedo al cura joven, a ese padre Vittorio, y además quiere hacernos creer que se trata de un delito relacionado con la pedofilia. Ahora bien, yo pedófilos he visto muchos: por lo general, se limitan a desnudar a los niños, a mirarlos, a masturbarse en su presencia, a tocarlos, a acariciarlos. Otros van mucho más allá, les besan los genitales, los penetran, por la vagina, por la boca, por el ano, con el pene o con cuerpos extraños. Pero no los matan ni los violan tras haberlos matado. Para un pedófilo, todo lo que hace sirve para la educación del niño, para producirle placer, ¿cómo vas a educar a un cadáver, cómo vas a producirle placer? Ni siquiera los pedófilos perversos, los que consideran a los niños solo como un medio para satisfacer sus propios deseos, incluso los que son esclavos de una ritualidad violenta, llegan a matar, o si lo hacen es solo por miedo a ser descubiertos. Pero esta vez las cosas han sucedido de una forma inusual: primero la muerte, después la violencia sexual. Hay algo que no me cuadra.

No había manera de salir de aquel punto muerto. Si tomaban en consideración los indicios que alguien había dejado a la vista y en los que él mismo afirmaba no creer, hubiera debido interrogar al sacerdote, indagar en su pasado, crear un escándalo, pero no tenía pruebas suficientes para afrontar la ira del obispo, la hostilidad de la prensa católica, la distancia circunspecta de sus superiores. Fue en ese momento cuando a Primo se le vino a la cabeza una posible solución: tenía en el bolsillo el nombre de un viejo amigo del padre Vittorio y tenía además una buena razón para acercarse a él, el archivo de la parroquia. Probablemente no sirviera para nada, pero quizá algo pudiera salir a la luz; en cualquier caso, siempre sería mejor que quedarse en la barrera mirando.

Así, al día siguiente, tras anunciar su visita con una llamada telefónica, Primo bajó a la ciudad y consiguió llegar al obispado poco antes de las doce del mediodía. El cura amigo del padre Vittorio era un hombrecillo blanco, rojo y rollizo, afable y charlatán, con grandes deseos de ser amigo de todo el mundo. Trató a Primo como si lo conociera de

toda la vida y se desvivió por encontrar los documentos que buscaba. No eran ni las dos de la tarde y ya habían rescatado, y fotocopiado, al menos dos decenas de cartas que podían servir a Primo para completar sus investigaciones: estaban sudados, polvorientos, cansados, aunque básicamente contentos. Primo pensó que lo mínimo que podía hacer para corresponderle era invitar a comer al tal padre Pino, que por su parte parecía estar muriéndose de ganas de confraternizar. Con algo de suerte, consiguió una mesa en el mejor restaurante de la ciudad, con lo que al cura, que habría sido un sibarita de haber podido permitírselo, casi se le caía la baba. Primo, que sabía vivir, pidió buenos platos y buenos vinos; de manera que les dio tiempo a charlar de muchas cosas, algunas de las cuales podían considerarse rayanas en el chismorro. Se despidieron como buenos amigos, sacios y satisfechos, pero Primo se percató de que el padre Pino ya no estaba tan alegre como al empezar la comida, tal vez empezara a darse cuenta de que había hablado demasiado.

Aquella noche, Primo transmitió su informe a Macbetto delante de un plato de ensalada y un vaso de agua mineral, porque la comida le había complicado la digestión.

Para empezar, precisó Primo, el bueno del padre Pino sabía bien poco de la vida y de los eventuales milagros del padre Vittorio, y lo más probable era que la entera verdad solo la conociera el obispo, hombre, por lo demás, de pocas palabras. Según el padre Pino, que admitía que su fuente de información eran los charlatanes y las malas lenguas del obispado, el sacerdote debió de empezar como todos, como capellán en algún sitio, algún cometido especial debido a su instrucción, a sus excelentes estudios. Más tarde, hace aproximadamente diez años, el obispo, por cierto recién nombrado, tuvo necesidad de un secretario y le llamó a él precisamente, un cargo que a primera vista podía ser considerado un ascenso, un trampolín para llegar más alto, pero que en cambio se reveló un camelo, un alfiler de mariposa que le tuvo clavado allí durante casi diez años, llevando la agenda de las citas del obispo y recordándole los nombres de las personas con las que se reunía, un desperdicio. Por otro lado, el padre Vittorio no parecía molesto en absoluto con lo que en definitiva se había convertido su destino. Quien lo conoció al principio lo recordaba taciturno, ceñudo, algo triste; después fue serenándose un poco, soltándose más, sus relaciones con los demás se volvieron más amigables, más serenas. Lo que la mayoría no acababa de comprender era la actitud del obispo con ese secretario suyo: riendas cortas, ni una palabra de aprecio jamás, poquísima autonomía. Pero al padre Vittorio parecía no importarle. Después, de repente, volvió a ser el de los primeros tiempos, huraño, ceñudo, una actitud semejante una vez más a la de un hombre asustado, que ya no se fía de nadie. Por más que su trabajo, al menos en apariencia, no se resintiera, quedó claro en seguida que el obispo estaba buscando una solución, había decidido alejarlo de la ciudad, había quien decía que estaba determinado a deshacerse de él. Una de las dos hipótesis debía de ser cierta, porque el obispo aprovechó la primera ocasión que tuvo: en vez de cerrar la parroquia de ***, decidió mandar allí al padre Vittorio. En verdad, se trataba de una separación más aparente que real, dado que le llamaba casi todos los días y lo vigilaba, desde lejos, pero lo vigilaba. En las oficinas del obispado se decía que el padre Vittorio había recibido amenazas de alguien y circulaban

muchas hipótesis acerca de esas amenazas; los mejor informados decían también que el obispo había querido alejarlo del peligro, pero, si uno lo pensaba bien, eran todas chácharas de sacristía. No había nada sólido, esa era la conclusión de Primo, desde luego no lo suficiente para una investigación oficial, aunque sí para intercambiar cuatro palabras con el padre Vittorio o, por qué no, con el obispo...

Macbetto estaba perplejo, dijo que le daría una vuelta, prefirió tomarse algo de tiempo para reflexionar. Pero para Proverbio, notoriamente anticlerical hasta la médula, lo único que cabía hacer era arrestarlo y obligarlo a confesar; exactamente el qué, no lo sabía, pero sin duda debía esconder algo que confesar en su cuerpo. Solo que, seguía diciendo Proverbio, había que darse prisa, sin darle tiempo a que se confesara con otro cura y borrara así sus culpas.

En los días que siguieron no hubo novedades relevantes y Primo pudo trabajar en los documentos del círculo republicano y en los que había hallado en la ciudad. Decidió hacerle una visita al padre Vittorio, en el fondo le había hecho un favor y se imponía darle las gracias. Se cruzó una vez más con el maestro, que salía de la iglesia y que le hizo, desde lejos, amplios gestos de saludo. El padre Vittorio estaba confesando, no le quedaba mucho, le dijo el sacristán, nunca había demasiada cola. El sacristán estaba colocando estampitas en los bancos, parecía tener ganas de charlar.

–He visto al maestro saliendo de aquí –dejó caer Primo–, lo veo a menudo, les visita asiduamente...

–Ah, el maestro, un buen chico. Viene a ver al padre Vittorio, son amigos. Creo que ya se conocían de antes.

–No sabía que fuera tan religioso. Es más, pensaba, me habían dicho...

–Chismorreos, lo he oído yo también, nada más que chismorreos, historias de comadres, como suele decirse. Un buen chico, muy escrupuloso...

Hubo un breve silencio, después el sacristán continuó:

–Por más que...

Se interrumpió, pero Primo sabía que terminaría la frase, bastaba con esperar, el sacristán era un parlanchín.

–Por más que –repitió el sacristán tras un breve silencio– haya algo extraño...

–¿El qué?

–Pues que viene a menudo a confesarse con el padre Vittorio, pero nunca viene a comulgar. Debe de ir a algún otro sitio, aquí no le he visto nunca.

Le interrumpió la llegada del padre Vittorio, que esta vez parecía contento de volver a ver a Primo. Entraron en la casa parroquial, el padre Vittorio preparó un café para ambos, estuvieron charlando. Pero cada vez que la conversación recaía en el pasado, fruncía el ceño y cambiaba de tema de una forma que Primo consideró poco natural, demasiado evidente, como si hubiera querido darle a entender algo que no quería o no podía decir de manera explícita. Pero ¿qué?

Por la tarde, Primo telefoneó al secretario del señor conde, le dijo que tenía cierto material nuevo, interesante, hechos nuevos que tal vez al señor conde le gustaría conocer. Pidió una cita.

Hubo un breve silencio, el secretario lo estaba consultando. 0

—¿Por qué no viene usted de inmediato? —dijo al final—. El señor conde tendrá mucho gusto en poder hablar con usted, estaba esperando una llamada suya.

Primo examinó el statu quo familiar: Maria estaba *imbaderellata*, liada, en la cocina, Proverbio se había ido a jugar a las cartas al círculo y Pavolone jugaba a no se sabía bien qué con las gemelas. De modo que Primo decidió subir a la quinta.

Al empezar su informe, Primo tenía toda la intención de ser conciso y de contar únicamente lo esencial; cuando acabó se dio cuenta de que había estado hablando durante más de dos horas y de que se estaba haciendo de noche. Es necesario subrayar que la abundancia de detalles con la que sazonó la historia acabó por hacerla insoportablemente aburrida, pero del mismo modo hay que admitir que el señor conde, cual experto y apasionado en la materia, la disfrutó lo indecible.

He aquí, en cualquier caso y sin demasiados detalles, lo que los documentos le habían contado a Primo. En primer lugar, Muzghina y *Fafi ad Masò* se conocían desde niños y su relación consistía en una continua serie de peleas y reconciliaciones. En las épocas en las que se llevaban bien, formaban una pareja estupenda, siempre en busca de líos, una piedra en el zapato para los carabineros, que jamás conseguían pillarlos con las manos en la masa. Eran ellos sin duda alguna los que pegaban los carteles que se mofaban del rey y de la monarquía, fueron ellos probablemente quienes pusieron una bomba falsa de papel en el zaguán de entrada de la pensión donde se alojaba un subsecretario que había ido al pueblo para unas curas termales. Cuando Fafi se marchó al servicio militar, le dejó a Muzghina una conspicua suma de dinero para que se la prestara a crédito a los más necesitados y a este no se le ocurrió otra cosa que jugársela entera a la béciga. De pelea en pelea, llegaron a la historia de la expulsión del círculo, a los pistoletazos y a la ruptura definitiva, que obligó a Muzghina a trasladarse a la ciudad, con su nueva compañera que, por si fuera poco, estaba embarazada. Desde la ciudad, Muzghina emprendió acciones legales contra el círculo, que se vio obligado a readmitirlo, tragándose todas las críticas y las declaraciones de guerra.

En este punto, integrando los documentos del círculo con los encontrados en el obispado, Primo había descubierto un hecho nuevo. La Beppa, la nueva compañera de Muzghina, se había casado con su primer marido por la iglesia, de manera que, cuando supieron lo del embarazo, los dos amantes pudieron regularizar su situación casándose sin demora en el ayuntamiento, sin decírselo a nadie además y sin invitar ni a los parientes más cercanos. Cuando, más tarde, los republicanos del pueblo empezaron a organizar su mini-revolución, fue la Beppa la que prohibió a su marido dar señales de vida o contestar a sus cartas, hasta el punto de que, en los fatídicos días de la reunión de monte S., él tuvo que inventarse la historia del sarampión para justificar su ausencia. Pero la Beppa hizo mucho más: escribió varias veces al párroco del pueblo, explicándole, de manera más bien confusa, a decir verdad, todo lo que estaba sucediendo, y procurando convencerlo de que su marido no tenía nada que ver y de que la policía debía dejarlo en paz. El uso que hiciera después el párroco de esa información no puede saberse, pero tampoco puede pasarse por alto el hecho de que la jefatura de policía de la

ciudad estaba al tanto de numerosas iniciativas políticas no completamente legítimas antes de que tuvieran lugar y que a los sacerdotes se les consideraba informadores particularmente dignos de crédito.

Aquí, sin embargo, empieza la parte más interesante, la relativa al homicidio del comisario. Mientras duraron las investigaciones, la Beppa consiguió mantener a su marido alejado de líos y de los carabinieri, que, aunque al principio lo supusieron involucrado en todo el episodio del monte S., luego supieron que había ganado una contrata para unas obras en la via Emilia, cerca de Faenza, un terreno de escasos kilómetros, y que se pasaba todo el tiempo vigilando a sus obreros, mientras que la Beppa se pasaba todo el tiempo vigilándole a él. Tras el crimen, en cambio, la Beppa ya no fue capaz de retenerlo, y volvió al pueblo a ayudar a sus amigos, muchos de los cuales, entre tanto, habían acabado en la cárcel. Y mientras la policía realizaba sus investigaciones, Muzghina buscaba la verdad por su cuenta, con la indudable ventaja de poder gozar de la confianza de todos sus viejos compañeros de partido y de conocer a la perfección hasta el último guijarro del río y hasta el último árbol del monte. De modo que pudo formarse una idea de cómo debían de haber ido las cosas, una idea que jamás expresó con claridad, pero que se intuía leyendo algunas de las cartas recibidas en el círculo republicano en la época en la que era su principal responsable. Esa idea que se había formado se la expuso por dos veces, en la cárcel, a Fafi ad Maso, a quien fue a visitar en cuanto el juez de vigilancia se lo permitió.

Del primer encuentro no queda rastro alguno, solo se sabe que se produjo. Del segundo se sabe mucho más. Para empezar hacía ya más de un año que los republicanos languidecían en prisión y, aparte de sus propios sufrimientos, había que tener en cuenta la condición de sus familias. Aquellos no eran tiempos en los que el «sostén de una familia», el *arzdor*, podía desaparecer durante un año sin causar graves dificultades a su mujer y a sus hijos, quienes, después de las primeras colectas, progresivamente abandonados por parientes y amigos, empezaban a padecer hambre, hambre de verdad. En segundo lugar, en un pueblo tan pequeño, la verdad puede ocultarse a la policía, pero no a quien en ese pueblo vive y habita. De esta manera, la verdad fue saliendo a flote poco a poco, ahora la sabía Muzghina y probablemente la sabía todo el mundo, excepto los carabinieri. Era, con todo, una verdad sin pruebas, la justicia nunca la hubiera aceptado. En una carta sin firmar enviada al círculo, había una alusión al rastro del caracol sin baba, ese que no deja secreciones a su paso, aunque no sea cierto que no deje huellas, lo que ocurre es que solo las ven sus compañeros, los demás caracoles sin baba, y nadie más que ellos.

Llegados a ese punto, las presiones sobre Fafi se habían vuelto insoportables: las familias estaban en las últimas; él sabía, era necesario que hablara. No era una traición, era el deber primario de un jefe, el de proteger a sus propios compañeros.

Pero Muzghina tenía una carta más que jugarse. Él no solo sabía quién era el hombre al que Fafi estaba protegiendo, sino que sabía también por qué no lo traicionaría nunca. Ahora bien, el nombre de esa persona no aparecía en los documentos, pero para quien sabía leer entre líneas, para quien era capaz de considerar los hechos en toda su

complejidad, la historia no tenía en el fondo tantos secretos. Y la historia, tal como Primo la había entendido, era muy sencilla: Fafi no protegía a un compañero cualquiera, protegía al hombre del que estaba enamorado. Nunca lo traicionaría, por lo tanto, se lo impediría el amor, y, si el amor no bastara, no lo traicionaría nunca por la vergüenza de tener que admitir su relación, aquellos no eran tiempos en los que podía pasarse por alto una confesión de homosexualidad.

La razón por la que aquel chico, un joven tímido y silencioso a quien llamaban e Gagi, le había disparado al comisario es difícil de decir: probablemente hubiese escuchado a su amante proyectar un plan y había querido precederlo; o simplemente había querido demostrarle su valor. Fafi debió de sorprenderlo mientras huía, probablemente lo ayudara a esconder el arma o, más sencillamente, habría escuchado su confesión, el relato. Y ahora se encontraba justo en el medio, ante la imposibilidad de escoger, con la angustia de no ser capaz de hallar una solución que no implicara el sufrimiento y el sacrificio de alguien.

Lo que se dijeron en ese último encuentro no aparece escrito por ninguna parte. Puede suponerse que fuera Muzghina quien sugiriese esa solución; es posible también que le pusiera frente a una dicotomía, o hablas tú o hablo yo, hablamos nosotros. Lo que resulta muy probable es que Fafi tuviera escasa confianza en la capacidad de e Gagi para aguantar la presión de un interrogatorio; en aquellos tiempos, la policía no se andaba con chiquitas, zurraba a base de bien. La cosa acabó con Fafi escribiendo durante la noche la carta en la que admitía su propia culpa, había sido él quien había disparado al comisario; entre líneas, escritas en un fatigoso y retorcido italiano, había introducido algunas anotaciones más bien vagas y otras decididamente inexactas, solo para que los amigos no se confundieran, para que al menos ellos supieran que él no tenía nada que ver. La firmó. Se ahorcó de una rejilla.

La historia casi había terminado, solo quedaba un apéndice. Pocos meses después, encontraron muerto a e Gagi en una cantera de grava, cerca del río, a escasos kilómetros del pueblo. Un trabajo de profesionales, una sola cuchillada en pleno pecho. En aquella época, Muzghina había vuelto a vivir a la Casaza, con la Beppa y su primera hija. Primo sabía que justo en ese periodo la Sociedad de los apuñaladores le había pedido —u ordenado— que ajustara cuentas con un fulano y que Muzghina, en el último momento, no se sintió capaz y le pasó el cuchillo al hombre que lo acompañaba. Quién sabe, tal vez fuera la misma historia. O tal vez no.

El señor conde lo había escuchado absorto, con la cabeza reclinada y los ojos entrecerrados, como para saborear mejor el relato.

—Le felicito —le dijo después de un breve silencio—, ha hecho usted un espléndido trabajo. Yo había llegado a conclusiones parecidas, solo que creía...

Primo lo miró con aire perplejo, él también tenía algunas preguntas que hacerle, sobre todo quería preguntarle... Pero en ese momento notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Se disculpó, confiaba en que lo entendiera, no era fácil alejarse de casa con un loco por ahí.

Era Macbetto.

-No te alteres, porque no ha pasado nada, pero es mejor que te vengas para acá.
En pocas palabras, alguien había intentado llevarse a Beatrice.

Capítulo VIII

Va a resultar que el hombre del saco existe. Hay quien cree en él, hay quien no cree y hay quien duda. Sí, el hombre del saco, por desgracia, existe.

Efectivamente, no había pasado nada, pero ahora, mientras Macbetto le contaba cómo había ocurrido todo, Primo sentía la espalda empapada en sudor frío y notaba unas enormes ganas de desahogarse con alguien. Después de que él saliera de casa, las gemelas habían seguido jugando y, como siempre, Pavolone, más que participar en el juego, formaba parte de él. Esa tarde, las niñas se habían inventado el juego de las ardillas en el bosque, ellas dos, como es natural, eran las ardillas y Pavolone era el oso, las reglas eran muy complicadas y con toda probabilidad Pavolone ni siquiera las había entendido del todo, él solo sabía que debía quedarse tumbado entre la hierba alta, sin que lo vieran, desplazándose de vez en cuando algunos metros; del resto se encargaban las niñas, incluso de decidir quién había ganado y quién había perdido. Todo esto ocurría en la parte trasera de la casa, donde nadie cortaba nunca la hierba, y esta alcanzaba una altura de casi un metro, de modo que a las niñas solo se les veía la cabeza –y a veces ni eso siquiera–, y Pavolone, como el buen oso que era, permanecía siempre tumbado y, si se desplazaba, lo hacía a cuatro patas; como estaba literalmente engullido por el verde, nadie hubiera podido suponer que estaba allí.

A las niñas, esa parte del jardín, completamente descuidada por el jardinero, les gustaba mucho, entre otras cosas porque ya no había barreras entre el jardín y el bosque, la cerca terminaba a ambos lados de la casa. Todo sucedió en un santiamén. Pavolone oyó gritar a una de las niñas, un único chillido, pero él ya se había puesto en pie y corría en esa dirección, si bien entorpecido por la hierba alta. Un hombre, a no más de veinte metros, había aferrado a Beatrice en brazos y le tapaba la boca con una mano, para que dejara de gritar: un hombre vestido de oscuro, con un pasamontañas (o algo parecido) que le cubría la cara, Pavolone no consiguió ver nada más. Todo concluyó rápidamente. En cuanto se dio cuenta del peligro –una montaña de músculos que se precipitaba contra él, gritando amenazadoramente además y con el único hándicap de una velocidad bastante reducida–, el hombre de negro soltó a Beatrice y echó a correr hacia el bosque, desapareciendo rápidamente entre las plantas. Pavolone se conformó con haber recuperado a la niña, se aseguró de que no se hubiera hecho daño y, con las dos gemelas en brazos, fue a buscar ayuda.

Las primeras investigaciones, concluyó Macbetto, no habían dado resultado alguno, las

huellas se perdían casi de inmediato, el único que hubiera podido ver algo era el pintor, que estaba bajando por uno de los senderos con sus utensilios, pero evidentemente el hombre de negro no había pasado por ahí, él no lo había visto.

Primo se interesó antes que nada por las niñas, pero parecía como si lo ocurrido, para ellas, formara parte del juego, y ahora estaban cenando tranquilamente y discutiendo las reglas del juego de las ardillas, que podían ser mejoradas; era evidente que la intervención del hombre del saco les había sugerido nuevas ideas. Pavolone ya había sido interrogado tres veces por la policía y se mostraba tan engreído como un pavo real —o sería mejor decir como un avestruz, aunque no estoy seguro de que a los avestruces pueda atribuírseles engreimiento—, sin que le molestara en absoluto desempeñar el papel de protagonista, porque de hacer el oso estaba un poco harto. Había policías por todas partes y seguían llegando más, dentro de poco aparecerían, era inevitable, los periodistas; Macbetto estaba colgado del teléfono y no tenía tiempo para él, y parecía claro que Maria no se despegaría de las niñas durante un buen rato. Frustrado, Primo salió en busca de Proverbio, quien, en ese momento, lo estaba buscando precisamente a él.

—Venía de regreso cuando he oído los gritos de Pavolone, te hubieras asustado hasta tú. Ya había pasado todo, no se atisbaba peligro, de manera que, tras comprobar que Maria se estaba encargando de las niñas, volví a bajar, para verificar una cosa. Adivina.

—El cura —aventuró Primo.

—Exacto. Y adivina dónde lo he encontrado.

Primo resopló, no estaba de humor, era mejor dejar las adivinanzas para otro momento.

—En la sacristía —Proverbio se había dado cuenta de que lo mejor era concluir lo antes posible—, conversando con el maestro. Una conversación oficial, el cura llevaba puesta la estola.

—Le has dicho...

—No he tenido más remedio, había entrado a toda prisa, tuve que explicar que te estaba buscando y le he dicho también el porqué. El maestro ni se ha alterado, pero el cura parecía trastornado y se llevó las manos a la cara; si estaba interpretando, desde luego es un gran actor. Los he dejado allí, creí que me seguirían, es extraño que no se les haya visto aún.

Ni el uno ni el otro se dejaron ver, lo que Primo interpretó como temor a pasar por curiosos o, peor aún, como consecuencia de unas migajas de resentimiento; a fin de cuentas, la sensación de haber sido considerados sospechosos del primer delito fue inevitable, y ahora habrían soltado un suspiro de alivio. El que volvió a dar señales de vida, en cambio, ya de noche, fue Macbetto, muerto de cansancio y muy enfadado. Enfadado y confuso, según dijo él mismo, mientras intentaba hacer balance. Lo que había ocurrido sacaba de la sartén a personas que, aunque hubiera sido momentáneamente, se habían visto medio fritas y le obligaba a volver a empezar desde el principio. Una vez más, sin el menor atisbo de indicios.

—Si lo pensáis un momento —Macbetto les hablaba a Primo y a Proverbio, pero en realidad pensaba en voz alta—, todo lo que sabemos es que hay un hombre de negro, muy

malvado probablemente, aunque con igual probabilidad no muy inteligente, que intenta raptar a una niña ante los propios ojos de su guardaespaldas, en un pueblo en el que, en ese momento, hay más policías que habitantes. No parece siquiera pariente del hombre que ha cometido el primer delito. Y ni siquiera estoy seguro de que tuviera intención de cometer un segundo. En definitiva, que hay que empezar otra vez desde el principio, aunque sin dar nada por descontado.

–Lo que no se entiende bien en esta historia –comentó Primo–, es con quién la tiene tomada ese loco. ¿Con los niños? ¿Con alguien que tiene que ver con los niños? Cuanto más lo pienso, más sensación tengo de que está jugando con los indicios, primero te hace sospechar que el culpable es uno, después te da a entender en cambio que ese fulano es inocente. Demasiada habilidad para ser un loco, y, si es eso lo que está haciendo, habría que reconocer entonces que es un loco bastante raro.

–Es difícil imaginarse a un loco que no sea algo raro –concluyó Proverbio–, y los más locos de todos son los locos del bosque, los *matt de bosc*, que son además dementes y extravagantes.

Raramente se negaba Proverbio la satisfacción de citar un dicho romañol que casara bien.

Primo durmió poco y mal esa noche, había demasiadas cosas dándole vueltas en la cabeza. Además de la historia de la identidad del loco y de sus misteriosas intenciones (Primo había llegado a pensar en una cuestión personal, en alguien que la había tomado con él, pero después todo le pareció absurdo y lo dejó de lado), le intrigaba esa extraña relación entre el maestro y el cura; el hecho de que ambos hubieran quedado exculpados por los últimos acontecimientos no disminuía su curiosidad.

De esa manera, a media mañana, mientras la policía seguía buscando, con escasa convicción, huellas e indicios útiles detrás de la casa y en el bosque, Primo pidió ayuda a Proverbio, viejo ateo impenitente que conocía a todo el mundo de su círculo en la ciudad y que hizo una larga llamada telefónica a un sujeto («¿ateo? Háganme el favor: agnóstico racionalista») que era una auténtica mina de información y que conocía perfectamente al maestro. Sin necesidad siquiera de que lo azuzaran mucho, nuestro A. R. (agnóstico racionalista) les facilitó un informe de lo más exacto y puntilloso. Veamos, el maestro fue, durante varios años, un joven que prometía mucho, entusiasta y combativo. Había abrazado la causa del ateísmo con aparente pasión, escribía en los periódicos de la asociación, se mostraba siempre disponible para asistir a debates y manifestaciones. Sus camisetas de colores (con eslóganes como *sans dieu ni maitre, même nageur*; o bien: *por fortuna carezco del don de la fe*) destacaban siempre en las manifestaciones o en las mesas donde se recogían firmas a favor de la retirada de los crucifijos de las escuelas o del reconocimiento del ateísmo como religión civil. Después, un día, como ocurre a menudo con los jóvenes como él, entusiastas, pero frágiles y desorientados, dejó de acudir a la sede y de verse con los amigos; había quien contaba que lo habían visto salir de una iglesia, otro llegó a decir nada menos que se lo había encontrado en el obispado; en definitiva, que debió de aparecersele la Virgen o san Luis y había abrazado, o recobrado, la fe. Una desilusión mayúscula.

Esta tesela, pensó Primo, encaja bien en el mosaico, por más que no aclare todos los problemas. Por ejemplo, quedaba saber por qué había esa divergencia entre las numerosas confesiones y las escasas comuniones. Es cierto que seguía viva la hipótesis de las visitas a una segunda iglesia, en algún otro sitio, acaso en la ciudad. Pero ¿y si no fuera así? Primo se preguntó cuáles podrían ser las razones por las que alguien, tras haberse confesado como es debido, se mantenía alejado de la eucaristía. En realidad, se dijo, la autorización para comulgar no nos la concede la confesión, sino la absolución. Tal vez el problema estribara en eso, quizá el cura lo escuchase pero no pudiera absolverlo. ¿Sería posible que fuera esa la razón de que en los últimos tiempos pudiera leerse tanta tristeza en el rostro del sacerdote?

Llegados a este punto, en el que, cuantas más preguntas se planteaba, más se le ocurrían, Primo se había metido en un callejón sin salida. Se acordó de que el agnóstico racionalista había hecho alusión a que alguien había visto al maestro en el obispado y se propuso aclarar esa cuestión con el padre Pino, que vivía en el obispado. Se puso a buscar el número de teléfono del sacerdote, pero tuvo que interrumpir la búsqueda porque recibió una llamada de Macbetto.

–Esto se está convirtiendo en una pesadilla –Macbetto estaba fuera de sí–, el loco, o el hombre del saco, o quien sea, se ha llevado al hijo de Tumidei: nadie sabe dónde está, lleva más de tres horas desaparecido, y con estos claros de luna...

Capítulo IX

Los numerosos peligros del bosque. La diferencia entre el hombre del saco y un asesino en serie. Ya nada de pterocarias.

El hijo de Tumidei, un chiquillo educado y tímido, muy apreciado por su madre y por sus profesores, aunque mucho menos por su padre y por sus compañeros de colegio, cultivaba una auténtica pasión por los juegos de ordenador, de los que poseía una colección enorme. En el colegio no pasaba de regular, si bien ningún profesor se había quejado nunca de él; ante el ordenador era un campeón, se adueñaba de los secretos de todo juego nuevo en pocos días, después de lo cual, una vez experimentadas todas sus dificultades, los eliminaba de la mesa para siempre, para ir de inmediato en busca de nuevas experiencias. Cuando se topaba con un juego estúpido, lo tomaba como una afrenta personal, hasta llegar incluso a mirar con antipatía a quien se lo había regalado. En esos días se traía entre manos un juego nuevo, difícil, estupendo, que pese a todo estaba ya empezando a desvelarle sus secretos, si bien con algo más de lentitud que los demás. La cosa lo excitaba hasta tal extremo que se sentía incómodo en todas partes, excepto delante del ordenador: hacía sus deberes a toda prisa, comía incluso más rápidamente de lo habitual, hacía caso omiso de los demás juegos y de la televisión. Por eso, de regreso del colegio, caminaba a grandes pasos, echando cuentas sobre el tiempo: tanto para comer, tanto para hacer los deberes, le quedaban casi tres horas para jugar; en definitiva, un estupendo horizonte.

Desde hacía varios días, cuando llegaba a la curva del pino, aprovechaba para subir por la vereda, ahorrándose así un trozo de camino bastante largo. La primera vez se le vinieron a la cabeza las recomendaciones de su madre, siempre preocupada por alguna nueva tontería, hoy que hace mal tiempo, mañana que el tráfico, pasado mañana vete tú a saber. Por aquella vereda, en todo caso, nunca pasaba nadie, la cuesta era muy empinada, la gente prefería pasar por la carretera. Dos días antes se había tropezado con el pintor, en equilibrio entre dos grandes peñascos, pintando quién sabe qué. Hoy, ni con él siquiera, tal vez le gustara la soledad y su llegada lo hubiera molestado, y además ya casi se veía la carretera principal, podía atisbarse un coche aparcado, a veces los novios iban allí a hacer el amor. Cuando oyó moverse algo delante de él, detrás de una enorme encina, fue eso lo que pensó, que sería una pareja que se ocultaba, de modo que ni miró hacia allí, para no abochornarlos. Alguien, por detrás, le apoyó algo húmedo en la cara, que tenía un olor muy fuerte, agudo. Y después, nada más.

Una vez más, mucha confusión, policías y carabineros por todas partes, periodistas, televisiones, la noticia había llegado ahora a las primeras planas de los periódicos, la expresión más usada era «asesino en serie», quién no la conocía, con la de infinitas películas, telefilmes, libros policíacos, investigaciones sociológicas y mesas redondas con psicólogos insignes, grandes abogados, y hasta políticos y sacerdotes, que había habido. Asesino en serie: ya no era el hombre del saco, un loco cualquiera, malvado acaso, pero uno de nosotros, destinado a cometer errores, antes o después algún carabinero le echaría el guante. No, ya no, ahora el rango criminal era inmensamente más elevado, un asesino en serie es un héroe de la perversidad, para atraparlo no bastaba ya con los carabineros, hacía falta otro héroe. Un héroe bueno. ¿Y quién conoce alguno? Entre los del pueblo había muchos que tenían miedo, que empezaban a criticar a la policía; las presiones sobre Macbetto se habían vuelto de repente difíciles de soportar, él se pasaba la mayor parte del tiempo al teléfono, exagerando un poco la posición de firmes, como decía Proverbio.

Esta vez nadie tenía coartada, había que volver a empezar desde el principio, solo que todos se habían vuelto ahora algo menos pacientes, algo menos tolerantes. Primo sabía que el padre Vittorio había sido interrogado, la excusa era la nota escrita en su ordenador, para el primer crimen: no había dicho mucho, no sabía nada, no tenía ni la menor idea. El que parecía haber salido de escena era el farmacéutico; la brigada social de la ciudad lo conocía bien, un cliente habitual de dos casas de citas, dos nada menos, le gustaban las mujeres más bien maduras y expertas que enrolaba en parejas, siempre durante dos horas. Aparte de esta pasión por el número dos, estaba considerado como un gran putaño incluso por las profesionales del ramo, en general bastante severas en sus juicios, lejos en definitiva de la «ambigüedad sexual». No había nada nuevo en lo que atañía al doctor, pero las investigaciones acababan de empezar; había otros veinte sospechosos por lo menos, hacía falta tiempo, no se ganó Zamora en una hora.

Primo fue a visitar a las dos mujeres a e Sdalétt, le parecía necesario un gesto de solidaridad y de compasión por lo menos. La Ersilia no dejaba de llorar, no se resignaba, la muerte de su hija le había causado un dolor insoportable, que parecía arrebatarle el juicio. Lloraba también la Mariuccia, pero de manera distinta, de ella emanaba únicamente odio, hacía votos por ser ella la que atrapara a ese hombre, ya solo hablaba de eso, decía que solo esa esperanza la ayudaría a seguir viviendo. Primo les contó los últimos acontecimientos, les explicó la desaparición del hijo de Camiso, intentó que le hablaran una vez más del día en que había desaparecido Ofelia y de los días anteriores, a quién había visto, con quién había hablado, en busca de una señal, de un indicio. La Mariuccia intentó recordar, pero lo cierto era que no se sentía capaz, y además se lo había contado todo a los carabineros...

Solo cuando Primo se estaba despidiendo de ellas se le vino una cosa a la cabeza. Primo les había pedido un retrato de Ofelia, quería dárselo a las gemelas que estaban muy tristes tras su desaparición, y fue la palabra «retrato» la que despertó el recuerdo en la cabeza de la Mariuccia.

—Creo que tenemos una fotografía de este año, ya te la buscaré... También ese

forastero quería hacerle un retrato, el hombre que pinta paisajes, se acercó por aquí un par de veces, incluso la mañana anterior a cuando la Ofelia... –y volvió a echarse a llorar.

Primo bajó directamente en busca de Macbetto, a quien se imaginaba que podía encontrar en el hotel Aurora, donde la policía había improvisado una especie de oficina. En el pueblo reinaba cierta confusión: se había difundido la noticia del hallazgo del cuerpo del niño desaparecido y, por más que la policía se esforzara en desmentirlo, los periodistas la consideraban verdadera y la gente, a esas alturas, creía más a los periodistas que a la policía. La noticia, para ser sinceros, era casi falsa, pero no falsa del todo. En el buzón de la escuela alguien había dejado un sobre, muy parecido al que contenía la primera carta anónima. El maestro lo había visto y, pese a no reconocerlo, se lo llevó a los carabineros, a quienes estaba dirigido.

La carta era idéntica a la precedente, probablemente se trataba de una fotocopia, e incluía la misma palabra, «detenme». No había dibujos de árboles, sino, muy esquematizado, el bosquejo de una casa, con una parte más alta que la otra y con muchísimas ventanas. Todos los que habían nacido por allí la reconocieron al vuelo, la Casaza, la vieja casa abandonada donde había vivido tanto tiempo la familia de Primo.

Era muy probable que toda la policía que circulaba por las colinas con distintas labores se hubiera reunido en la Casaza para buscar el cuerpo del niño, de modo que Primo se encaminó hacia allí, lleno de tristes presentimientos.

Comprendió que lo habían encontrado en cuanto puso un pie en el gran patio interior, lo comprendió por cómo se movía la gente, por el aspecto triste, incierto, desorientado, que tenían todos... Primo, incapaz de soportarlo, dio media vuelta y volvió a casa con sus niñas.

Capítulo X

La investigación no progresa mucho. Los míticos internados religiosos. Los sentimientos de la Mariuccia.

El cuerpo del niño había sido enviado al Instituto de Medicina Legal para la autopsia, el juez encargado de las investigaciones declaró a la prensa que las investigaciones no excluían ninguna hipótesis. Esta vez el niño no había sido violado, por lo menos a primera vista, los dos delitos parecían obra de personas distintas, no se conseguía intuir un diseño común, por más que el sentido común siguiera haciéndolo suponer así.

Aquella nota, la que había sido interpretada como una petición de ayuda, unía sin embargo los asesinatos de ambos niños de manera inextricable. La conclusión más obvia, por el momento, era inevitablemente la que el propio asesino misterioso proponía: había un hombre que, arrastrado por la propia locura hacia esos horribles delitos, era consciente de no poder detenerse y les pedía a los demás que lo hicieran por él. Una versión de película policiaca de segunda categoría, que los psicólogos interrogados por los investigadores descartaban sin vacilar.

—Sigo convencido —le decía Macbetto a Primo mientras se tomaban un café— de que no se trata de un loco, sino de un hombre que sigue un designio preciso, y de que, mientras no conozcamos ese designio, sus actos seguirán pareciéndonos incomprensibles e irracionales. Ha hecho lo posible para que sospecháramos del cura y después prácticamente lo ha exculpado, el padre Vittorio tiene una coartada difícil de refutar, esta vez es el sacristán quien lo exculpa. Entre sus víctimas, e incluyo también el intento de raptó de tu hija, no hay relación aparente. Decimos públicamente que estamos mirando por todas partes pero lo cierto es que no sabemos hacia dónde mirar, aquí no hay dinero en juego, ni cuestiones de celos, solo podemos contar con nuestra suerte o con sus posibles errores.

—Ni siquiera estamos seguros —dijo Primo— de que eso sea una petición de ayuda; podría ser un desafío, o incluso una solicitud dirigida hacia alguien en particular, el significado sería muy distinto.

Esa mañana había discutido con Maria sobre los riesgos que corrían las niñas al quedarse en el pueblo, con aquella amenaza oscura e incomprensible que asustaba a todo el mundo; Maria, ahora que las niñas estaban bajo la protección de Pavolone, había vuelto a recobrar la tranquilidad, y además la casa le gustaba, el pueblo también, y Beatrice se estaba olvidando de su enfermedad. Decidieron quedarse, para gran

satisfacción de Proverbio, que había encontrado los mejores jugadores de *maraffone* de toda su vida y experimentaba cada día inefables experiencias.

Primo tenía que bajar a la ciudad para reunirse con su editor y aprovechó para llamar al padre Pino e invitarlo a comer. El sacerdote, después del segundo vaso de vino, se volvía locuaz y Primo intentó sonsacarle algo más acerca del padre Vittorio. El cura no sabía mucho más de lo que le había contado la primera vez: tenía la impresión –aunque no estaba seguro– de que había dado clases durante unos cuantos años en un internado de una ciudad de los alrededores, un internado privado, muy famoso; de ahí fue de donde lo sacó el obispo para hacerle su secretario. Chismorreos, voces, historias no se habían oído nunca, el padre Vittorio era lo que parecía, un hombre muy culto, muy sensible y bastante tímido. Primo tuvo una especie de intuición y le describió el aspecto del maestro, por si acaso pudiera conocerlo.

–Creo que me está hablando usted del maestro Spada, que en realidad es un profesor, licenciado en Pedagogía, pero que prefiere que le llamen maestro. Uno que lleva siempre el pelo largo y lamparones en los jerséis. Claro que lo conozco, lo veía de vez en cuando en la curia, creo que iba a ver al padre Vittorio, se conocían. Cuando el padre Vittorio se marchó, no le dejó a nadie su nueva dirección, y el maestro Spada lo sintió mucho, quería regalarle unos libros, si no recuerdo mal, o quizá devolverle unos libros que le había prestado. Fui yo quien le dije dónde debía enviarlos.

Primo tuvo la sensación de que estaba acercándose a algo importante, pero una vez más era apenas una intuición, ahora no sabía cómo proseguir. Lo ayudó su editor, a quien preguntó si conocía el internado de *** y, sobre todo, si conocía a alguien que hubiera estudiado allí.

Hombre de Dios, un internado famoso, todos los hijos tarambanas de la buena burguesía de la ciudad habían estudiado allí, y alguno –más bien pocos– hasta con aprovechamiento. Y personas que habían estudiado allí conocía por lo menos a una docena, lo mejor sería que Primo fuera algo más preciso con la época que le interesaba, el internado era tan antiguo... El editor, que sentía curiosidad, intentó lanzarle un anzuelo:

–Una gran institución, aunque haya dado bastante que hablar –dijo–. Hubo un director que se largó sin despedirse, eso sí, llevándose con él a una de las profesoras, ya no recuerdo de qué, pero era muy mona, eso lo sé seguro. Y de vez en cuando circulaban otros rumores.

Primo no entró al trapo y se limitó a especificar la época que le interesaba, quería hablar con alguien que hubiera estudiado en el internado quince años atrás aproximadamente. El editor estuvo un rato pensando y le dio dos nombres, personas conocidas: con una de las dos Primo había tenido incluso relaciones de trabajo, escribían sobre el mismo periodo histórico y se habían puesto en contacto. Se prometió localizarlo y hablar con él, pero ahora tenía prisa por volver al pueblo, no le gustaba la idea de dejar a Maria y a las niñas demasiado tiempo solas.

Como era de prever, las investigaciones no avanzaban gran cosa. Con distintas excusas, la policía y los carabineros habían interrogado a medio pueblo, parecía como si

todo el mundo pudiera dar cuenta de cómo había pasado esas horas, acaso no de manera exhaustiva, pero sí lo suficiente, en todo caso, para disipar las sospechas. Había también gente, como el pintor, que declaró que las coartadas eran atributos de las personas culpables y que, si querían saber dónde había pasado su tiempo, podían reconstruirlo echando una ojeada a sus cuadros; por lo demás, todos sabían que a él le gustaba la soledad y que se mantenía alejado de los lugares más frecuentados: pero no había razones para imaginar que estuviera involucrado en los dos crímenes y sus arrebatos no tuvieron mayores consecuencias.

Macbetto le enseñó a Primo los resultados de los exhaustivos esfuerzos de la policía en su búsqueda de elementos sospechosos en la vida de los residentes. En lo que a los habitantes del pueblo se refería, el cuadro era idílico: ningún caso de antecedentes penales ni de problemas con la justicia, todo el mundo, aparentemente por lo menos, sano no solo de cuerpo sino también de espíritu, no había ni psicóticos ni aquejados de depresión; habían fracasado también los intentos por buscar historias de conflictos entre familias; hacía años que no se producían peleas de cierto relieve: algún bofetón entre enamorados, como mucho, o alguna turbulencia en la mesa del *maraffone*. El resumen resultaba poco creíble; Primo, Proverbio y el propio Macbetto sabían que en ningún pueblo, sencillamente, resulta posible mantener un clima tan edulcorado, pero de las declaraciones de los habitantes se podía inferir al menos que, si había tensiones (y sin duda las había o las había habido), nadie las consideraba tan importantes como para justificar un crimen.

Y después estaban los que venían de fuera. Entre estos, solo había uno con antecedentes, el aparej. Adamo, que ya llevaba años viviendo allí y que durante todo ese tiempo no había dado señales para sospechar que pudiera ser víctima de un arrebato capaz de inducirlo a cometer crímenes semejantes, su especialidad siempre había sido otra. El padre Vittorio había llegado hacía poco, pero sus relaciones con la comunidad católica fueron excelentes desde el principio y los parroquianos lo llevaban en palmitas. Si nadie recordaba con precisión la época de su llegada –unos decían una cosa, otros, otra–, todos coincidían en que vino poco antes del maestro, bastante después de que abriera el colegio. Al cabo de no mucho llegaron también el pintor y el veterinario, pero era gente que no se conocía, nadie los había visto nunca hablar entre ellos –ni siquiera se saludaban–, para pensar en un gigantesco complot hacía falta una buena dosis de fantasía. Y además estaban, naturalmente, los Casadei, que habían llegado justo a tiempo para asistir al primer crimen, pero que después estuvieron muy cerca de convertirse en víctimas ellos mismos.

Primo se llevó a las dos niñas a hacer una visita a la Ersilia y a la Mariuccia, confiando en distraerlas un poco. Con la Ersilia no hubo nada que hacer, pero la Mariuccia parecía contenta de verlas: se las llevó a dar una vuelta por la finca y se pasaron un buen rato contemplando a los animales, sobre todo a los cerdos, grandes aparatos digestivos de color rosa recubiertos de grasa que devoraban todo lo que se les ponía a tiro de hocico, y a los capones, producción personal suya, pues era sabido lo bien que se le daba castrar gallos. Primo hizo que les contara la historia de las marranas que deambulan

enloquecidas por los campos y se alimentan de los pies de los niños, uno de los monstruos presentes en las consejas que se cuentan en las noches de trilla. Solo aquellas a las que se les ha cortado el rabo, precisó la Mariuccia, las *troie macode*, son esas nada más las que se vuelven locas y van por ahí para vengarse, tiene que haber una razón para todas las cosas que pasan, sobre todo para las cosas feas y malas.

Había algo, en la voz de la Mariuccia, en sus palabras, incluso en sus silencios, que a Primo le disgustaba; se advertía el odio, unas ganas de venganza que no sabían cómo expresarse. Decidió que no volvería a traer a las niñas a esa casa, pensó que había sido un error. La Mariuccia parecía leerle los pensamientos. Al despedirse, le dijo:

–Nadie puede entenderlo, si no ha pasado por algo parecido, no me juzgue. Sueño todas las noches que estoy ahogándolo en un pozo, y casi siempre va vestido de cura. Pero si Dios existe, estoy segura de que permitirá que lo encuentre y entonces se lo daré como pasto a los cerdos.

Le dio la espalda y regresó rápidamente a su casa. Primo estaba muy impresionado, más que por sus palabras, por cómo las había dicho. Echó a andar deprisa siguiendo las revueltas del sendero, con las manos de las niñas que apretaban con fuerza las suyas.

Capítulo XI

Macbetto no quiere ir a Cerdeña. Confesiones y comuniones. Historias de antiguos alumnos.

Vio a Macbetto, a la mañana siguiente, poco antes de la hora de comer y este le hizo una especie de informe, contándole todo lo que había hecho el día anterior. El policía no tenía novedades: una vez más, las investigaciones estaban empantanadas, de manera que se pusieron a razonar en términos muy teóricos, era como pensar en voz alta, algunas veces ayuda a comprender mejor. Estaba, antes que nada, el proyecto de Primo de investigar un poco lo que pudiera haber sucedido en el internado, en los tiempos en los que el padre Vittorio trabajaba allí. Con cautela, le imploró Macbetto, quien era fundamentalmente un hombre de mundo, cada vez que el comisario se imagina que estoy a punto de involucrar a la curia me abanica delante de la cara la carta en la que se me comunica mi traslado a Cerdeña, y no te creas que se trata de la Costa Esmeralda. Admito que el asunto podía resultarme útil, el razonamiento de la Mariuccia sobre la marrana sin rabo no carece de sentido, tiene que haber una razón para todas las cosas que pasan, y quién sabe si esa razón no yace en algún recoveco del pasado.

El pueblo estaba aún más lleno de policías de lo que lo había estado en los días anteriores y era difícil pensar que el asesino tuviera ánimos para correr cualquier clase de riesgo, había un carabinero debajo de cada hoja y detrás de cada brizna de hierba. El padre Vittorio, el maestro y, quién sabe por qué, el aparej. Adamo estaban sometidos a una suerte de vigilancia especial, siempre había alguien que no los perdía de vista. El maestro había ido una vez más a la iglesia, para sostener una larga conversación con el padre Vittorio, presumiblemente para confesarse, y dado que era alguien que en otros tiempos no creía ni siquiera en la achicoria, era forzoso admitir que había cambiado radicalmente. Como en las ocasiones precedentes, el maestro salió de la iglesia canturreando, el cura se arrodilló ante el altar con aquella extraña, y ya habitual, expresión en el rostro, triste y resignada a la vez.

De las (cautas) indagaciones de la policía había salido a la luz que, admitiendo que fuera una confesión, el maestro no la había prolongado con la comunión ni allí, ni en ninguna de las iglesias cercanas, un hecho que podía ser interpretado de distintas maneras, no necesariamente negativas. De las mismas (cautas) indagaciones había salido a la luz también que el padre Vittorio había solicitado una audiencia a su obispo, y que la había obtenido a mata caballo. Para saber qué pudieron decirse, las indagaciones

resultaban, ahí sí, demasiado cautas.

Primo telefoneó al antiguo alumno del internado, el que le había señalado el editor, y acordaron verse esa misma tarde. Debía de ser una de las excepciones de las que habían hablado, porque este había hecho una rápida carrera en la universidad y ahora daba clases de patología arbórea en la Escuela de Agrónomos como profesor asociado. Lo recibió en el departamento, con evidentes muestras de curiosidad por entender la razón de aquel encuentro. Primo se había preparado una historia lo suficientemente creíble, algo que tenía que ver con una investigación comparada entre enseñanza pública y enseñanza privada, dolores y esplendores, vicios y virtudes y, sobre todo, qué había sido de los estudiantes, cuántos habían hecho carrera, cuántos habían abandonado los estudios, éxitos y fracasos, en definitiva. Naturalmente, cuando había empezado a hablar de ello por ahí, el nombre del profesor Ricci Tesorieri, profesor asociado con treinta años en la Escuela de Agrónomos de una de las más importantes universidades del mundo, fue el primero en salir a relucir.

—Hay muchos prejuicios acerca de los colegios privados, y en especial sobre internados como el suyo, se supone que son refugios para hijos zascandiles de padres ricos y de los que no puede sacarse nada bueno. Usted, en el fondo, representa el desmentido palpable de esa leyenda. ¿O considera tal vez que no es una leyenda?

El profesor Ricci Tesorieri debía de haber afrontado ese tema muchas veces, sabía anticipadamente todas las objeciones y todas las posibles réplicas. Su hipótesis, muy sencilla por lo demás, era que no existen colegios buenos o malos, existen estudiantes motivados o estudiantes holgazanes y que los estudiantes motivados estimulan a los profesores a dar lo mejor de sí mismos, a establecer con ellos una relación virtuosa. En su colegio, lo recuerda perfectamente, lo que predominaba sobre todo eran buenos chicos, con muchas ganas de aprender, y bastó con ciertos estímulos iniciales de los mejores profesores para crear el clima adecuado. Había también otros que no sacaban del colegio el menor beneficio, como se imaginaba que ocurría en todas partes, pero eran tolerados, por más que se les apartara a veces del grupo de los mejores, que no admitía obstáculos en su camino hacia el conocimiento.

A Primo le parecía que el profesor Ricci Tesorieri pecaba de cierto exceso de pomposidad y de cierto exceso de determinación en proteger su viejo colegio de cualquier posible crítica, y se dio cuenta de que, siguiendo por ese camino, no obtendría ninguna información útil. Ensayó una digresión.

—Me han dicho, no sé si puede usted confirmármelo, que durante esos años en el colegio hubo algunos problemas, no tanto con los alumnos como con los profesores.

El profesor Ricci Tesorieri dio señales de cierta irritación.

—¡Otra vez con esa historia! Desde que existe el internado, ha habido un único caso de un sacerdote que abandonó los hábitos, y esa dichosa historia sigue saliendo a flote con impresionante regularidad; está claro que el colegio tiene sus enemigos, pero *est modus in rebus*.

Era inútil seguir perdiendo el tiempo con aquel hombre, estaba defendiendo sus raíces y no le sonsacaría nada útil. Hizo un último intento:

–Me gustaría mucho tener alguna fotografía suya con sus compañeros de clase, algo que mostrara cómo era usted en aquellos tiempos...

Ricci Tesorieri no parecía entusiasmado con la idea, pero fue a revolver en un cajón y sacó un álbum de fotografías:

–De esta tengo dos copias, puedo darle una. No ponga más nombres aparte del mío, no estoy seguro de que mis compañeros lo aprecien.

Primo había puesto muchas esperanzas en el profesor Ricci Tesorieri, sin motivo alguno en realidad. También, sin motivo, no había puesto ninguna en el segundo nombre, el de un periodista de un diario local, muy alineado a la derecha, que se dedicaba sobre todo a la crítica musical y a aburridísimos artículos de costumbres. Este lo recibió en casa, una lesión de rodilla lo obligaba al reposo, un piso muy burgués en una casa muy burguesa en el centro de la ciudad: bajo el timbre había un leterito, «D. Paolo Rossi, periodista», como en una tarjeta de visita. Habló de buena gana sobre sí mismo: estaba casado, su mujer esperaba su primer hijo, acababa de publicar una recopilación de sus artículos de crítica musical, iban a ascenderlo a jefe de redacción a finales de año, su sueño era el de dar vida a una revista dedicada exclusivamente a la música clásica, su músico preferido era, naturalmente, Mozart. Cuando comprendió que Primo estaba interesado en sus recuerdos escolares, fue como si se retrajera en su concha; ¿la enseñanza privada?, no cabe duda, hay luces y sombras, aunque por suerte las luces son mucho más numerosas. Cuanto más hablaba Paolo Rossi, periodista, menos decía. Primo se jugó su última carta, estaba perdiendo el tiempo:

–Pero ¿y ese escándalo, ese sacerdote que abandonó el internado y, si no me equivoco, abandonó también la Iglesia?

–Imagino que se refiere usted a la historia del padre Inzolia, parece que hay gente empeñada en que nadie la olvide, por una u otra razón. Y sin embargo, la historia del padre Inzolia lo que viene a demostrar precisamente es lo inmaculado de la historia del internado, un solo escándalo en cien años de vida...

–Quizá –tiró al azar Primo– la gente siga hablando del asunto por la forma en que fue tratado...

–¡Además eso! –Paolo Rossi, periodista, parecía ahora indignado–. ¿Qué hubiera debido hacer el colegio? O, mejor aún, ¿qué hubiera debido hacer la Iglesia? Él tomó una decisión y las cosas no le han ido tan mal, en el fondo. Por lo que yo sé, una suplencia u otra consigue encontrarla todos los años.

Primo se marchó lo antes que pudo, el señor Paolo Rossi, periodista, era un hombre insoportable y lo único que había conseguido sonsacarle era el nombre de ese cura exclaustrado, ya se vería. Intentó en vano hablar con la delegación provincial del Ministerio de Educación, pero el responsable no estaba, debería esperar a la mañana siguiente. Encontró tres Inzolia en la guía telefónica, ninguno de ellos señalado como profesor; Primo decidió aplazarlo todo hasta el día siguiente y volver al pueblo. En el autobús, más que nada para distraer su atención de un niño que estaba vomitando cosas misteriosas bajo la mirada ligeramente irritada de su madre, Primo sacó la fotografía que le había dado Ricci Tesorieri. Tal vez hubiera debido mirarla de inmediato, dado que ni

siquiera los años transcurridos conseguían hacer irreconocible al primer estudiante en alto a la derecha, que era ahora pintor y pintaba paisajes.

Capítulo XII

Pecados, arrepentimientos y castigos. ¿Pero hay alguien que siga creyendo en las estadísticas? El agradable ruido de los piecitos que se alejan.

Aunque no fuera mucha, con la información que Primo se había traído de la ciudad, sí se veían las cosas con algo más de claridad. Macbetto estuvo hablando de ello con el juez que coordinaba la investigación, pero estuvieron de acuerdo en que no había material suficiente para ir a hacerle ciertas preguntas al obispo, con el riesgo de que algo se filtrara y de que los periódicos especularan con ello. En cuanto al pintor, ¿se había descubierto algo que lo involucrara aunque fuera de lejos en el asunto? Que había estudiado en determinado colegio. Estupenda noticia. Decidieron no perderle de vista, empresa no del todo fácil, en cualquier caso, porque peregrinaba por las colinas cual alma en pena. En definitiva, dado el excelente trabajo que estaba haciendo Primo, quien podía plantear todas las preguntas que se le ocurrieran sin involucrar a las autoridades, sería bueno que siguiera por ese camino, quién sabe...

Con este *imprimatur*, Primo volvió a la tarea. El profesor Inzolia enseñaba italiano en un instituto de enseñanza media de la ciudad.

–Una suplencia, desde luego –le dijo el delegado, con evidente curiosidad ante las preguntas de Primo–, más no podíamos hacer.

¿Dónde vivía? En un pueblo de los alrededores, con su mujer.

–Una buena persona –concluyó el delegado, algo desilusionado por las reticencias de Primo–, una lástima las persecuciones que ha tenido que sufrir, el mundo, ya se sabe, es como es.

Primo buscó al profesor Inzolia en el instituto, aparentemente no tenía teléfono, y lo encontró, tras un par de intentos, gracias a la cortesía de una secretaria. Le explicó que quería hablar con él, sin entrar en más detalles sobre los motivos; Inzolia mostró su absoluta disponibilidad, le dijo que no tenía más compromisos que los escolares, que decidiera él. Primo tenía prisa, la historia del internado despertaba su curiosidad, tomó el primer autocar y fue a buscarlo a la salida de las clases.

Hubo un accidente en la carretera y Primo llegó con cierto retraso, pero el profesor Inzolia le estaba esperando pacientemente. Primo sintió una inmediata simpatía por aquel hombre: de unos cincuenta años, aspecto algo polvoriento, los puños de la camisa bastante gastados, llevaba una corbata a la que no había vuelto a hacer el nudo desde tiempos inmemoriales; grandes ojos azules, una sonrisa algo tímida, maneras de hombre

que no posee secretos ni envidias. Simpatizaron.

El día, ya se acercaba el verano, era espléndido, los dos hombres se pusieron a caminar sin rumbo, charlando. Al final, entraron en un parque público y se sentaron en la mesita de un bar, al aire libre: había poca gente y se podía hablar en paz.

Primo no se anduvo con rodeos, le contó toda la historia, le explicó por qué había llegado hasta él. Inzolia le dijo que lo entendía, que le parecía justo darle la información que le pedía; solo que había pasado mucho tiempo, no estaba seguro de acordarse de todo, por lo menos no con todos los detalles.

Del padre Vittorio, sin embargo, conservaba un recuerdo muy preciso, entre otras cosas porque habían sido amigos, en la medida al menos en que pueden serlo el director de un colegio y uno de los profesores. Lo recordaba como un hombre de profunda cultura, muy inteligente, modesto, sensible; eso era, acaso demasiado sensible, un hombre que lloraba fácilmente, que se conmovía escuchando una romanza.

Sus alumnos, o por lo menos sus mejores alumnos, lo adoraban; con algunos, además, había establecido una relación especialmente intensa, se habían convertido en una especie de círculo, pasaban mucho tiempo juntos, incluso después de las clases, él escogía los libros que debían leer, la música que debían escuchar. A primera vista parecía algo ejemplar, una experiencia constructiva que permitía educar mejor a los chicos y que le enriquecía a él.

—El padre Vittorio enseñaba a los alumnos de bachillerato, pero al acabar el curso le pidieron que se quedara para ayudar a algunos de los más pequeños que, por distintas razones, debían recuperar alguna asignatura y que, para hacerlo, permanecerían en el internado algunas semanas más. Antes de que transcurriera dicho periodo, el padre Vittorio me llamó para hablar conmigo, era algo urgente. Me dijo que no había venido a confesarse, había venido a denunciarse. Una historia muy fea, penosa, que me contó llorando, perdido en la desesperación y en el arrepentimiento.

Ya podía imaginárselo Primo. Dos de los chicos más pequeños. Un arrebato, Inzolia no quería entrar en detalles, lo sentía aún como una derrota personal, él nunca se había dado cuenta de nada.

El padre Vittorio tenía otras cosas que contar, cosas que atañían a los chicos mayores, menos graves, sin duda, pero que no había que desdeñar: caricias no del todo inocentes, acaso algo más, sea como fuere, una atmósfera que no podía dejar de definirse como morbosa.

Y, al final, una especie de despertar, como si todas esas cosas solo las hubiera soñado, pero ¿cómo puede escapar un hombre de sus propios sueños? Y después el arrepentimiento, la desesperación, la búsqueda, el deseo de castigo, del castigo que redime, que hace digno del perdón. El padre Vittorio no pedía comprensión, no solicitaba piedad, su arrepentimiento, su sufrimiento no le parecían suficientes aún, quería ser condenado. Hasta intentó castigarse por su cuenta, más tarde hubo que llamar a un médico.

Inzolia, entonces el padre Inzolia, escuchó aquel relato dolorido y espantado, intentando comprender qué había ocurrido en realidad: el padre Vittorio, congénitamente

propenso a la retórica, tendía a dar mayor relieve a sus propios errores, a hacer que aparecieran como más odiosos de lo que efectivamente eran. Pero errores había habido, y errores graves, no podía ser él quien los gestionara. De manera que telefoneó al obispo y condujo hasta él al padre Vittorio, quien ya no reaccionaba y contestaba a duras penas a las preguntas. Tras las primeras palabras, el obispo comprendió de qué se trataba y le pidió que los dejara solos. En conclusión, no volvió a ver al padre Vittorio: sabía que lo enviaron a casa, para que recobrarla la serenidad, y que después el obispo le asignó un puesto en su secretaría. A él le tocó hablar con los padres de los dos chicos más pequeños, no, no se acordaba de sus nombres, solo recordaba que fueron muy duros y que sacaron de inmediato a los chicos del internado. No hubo denuncias, ni solicitudes de indemnización, es posible también que hubiera habido alguna intervención por parte del obispo. De uno de los dos chicos no volvió a oír hablar. Le llegaron rumores de que el otro necesitó tratamiento y de que, muchos años después, Murió de una sobredosis de heroína. No, no creía que aquel triste final tuviera que ver con sus malas experiencias en el internado, alguien le dijo que el chico tenía un hermano que se drogaba. En cuanto a los chicos mayores, el colegio decidió no tomar ninguna iniciativa, en el fondo no había ocurrido nada grave, ellos mismos parecieron reaccionar bien ante la desaparición del padre Vittorio, alguno hasta pareció aliviado. Inzolia hizo todo lo necesario, con la mayor prudencia, como es natural, para separar a los chicos, repartiéndolos entre los tres grupos del bachillerato, y así se cerró aquella historia, aquella triste historia. Primo le pidió que intentara recordar los nombres de nuevo, pero Inzolia era incapaz de acordarse. Entonces intentó fijar mejor la época, cuándo sucedió una cosa y cuándo la otra. Al final, consiguió averiguar lo que quería, que no tenía tanto que ver con las fechas como con la diferencia de edad; entre la clase de los «pequeños» y la de los mayores corrían más o menos cuatro años de diferencia. Año más, año menos, esos chicos mayores tenían la misma edad de los de la fotografía, en la que el antiguo director del internado había reconocido a todos los estudiantes, sin acordarse de un solo nombre. No, no eran esos los amigos del padre Vittorio, su profesor de humanidades era el padre ese, un perfecto imbécil, estaba con ellos en la fotografía, se le reconocía perfectamente. Se acordaba también del que se dedicaba ahora a la pintura, un tipo algo extravagante, de óptima familia, habían estudiado en el internado durante generaciones; no, por favor, no me pregunte por su nombre, no ahora, por lo menos, quizá se le viniera a la cabeza si dejaba de pensar en ello.

Primo tenía una gran cantidad de preguntas que hacer, pero la más importante tenía que ver con la interpretación que Inzolia le había dado a aquellos hechos, podía hablarse de pedofilia o no. Desde luego, contestó Inzolia, con ciertos rasgos atípicos, pero no dejaba de tratarse de pedofilia. Pero Primo quería saber más, quería llegar a entender si era cierto que había tantos pedófilos entre los sacerdotes católicos y –admitiendo que así fuera– por qué.

–Mucho me temo que no me será posible contestarle, los datos son algo confusos – Inzolia había alargado las piernas por debajo de la mesa, preparándose para un razonamiento difícil–. Piense en las estadísticas: hay quien habla de miles de casos y dice

que el 5 o el 6% de los sacerdotes católicos norteamericanos son pedófilos, y hay quien afirma que un porcentaje realista no debería superar el 0,2%.

»Para algunos, el problema atañe casi exclusivamente a los sacerdotes católicos, a quienes viene impuesto el celibato, que hacen voto de castidad y son más tolerantes en lo relativo a la homosexualidad. Para otros, el problema está extendido entre todas las confesiones y atañe, con porcentajes idénticos, a episcopistas y adventistas también. Hay incluso muchos pedófilos entre los mormones, cuya tolerancia hacia la homosexualidad es más bien escasa. Yo creo que esa historia del voto de castidad es una hipersimplificación. En cambio, es posible que el problema dependa de la estructura de muchas iglesias, piramidal, jerárquica, con un sistema que tiende a proteger a sus propios representantes cuando reciben ataques del exterior y que consiente a algunas ovejas negras sentirse protegidas y tuteladas. En realidad, si existe una criminalidad criminal, repito, si existe, no puede relegarse a los abusos sexuales, muchos sacerdotes católicos se manchan con delitos económicos y financieros, solo por poner un ejemplo. Y además, no hay que olvidar que es típico de estas estructuras piramidales proteger a sus propios sacerdotes de manera discutible, por ejemplo, pagando y exigiendo a cambio el silencio, el de las víctimas y el de los medios de comunicación. De esta manera, mucha gente acaba llevando a los curas ante los tribunales solo por soltar una expresión licenciosa, tan desagradable como se quiera en boca de un sacerdote, pero que no puede ser confundida con la violencia carnal. Hay un anticlericalismo latente en muchos sectores de la sociedad, tanto en Estados Unidos como aquí, y la Iglesia no debería interrogarse únicamente sobre problemas morales, debería preguntarse por qué existe ese anticlericalismo y de qué se alimenta.

Primo, que era un anticlerical, sabía cómo contestarle, pero prefirió seguir haciendo preguntas.

–Pero ¿aprueba usted la actuación del obispado en estas circunstancias? –esa era la última pregunta que se sentía capaz de hacer.

–La decisión del obispo de acoger al padre Vittorio con él, sí, me parece buena tanto en el ámbito de la sabiduría como en el de la humanidad. En cuanto a ciertos traslados de un colegio a otro, honradamente...

Se habían hablado abiertamente, con total franqueza, Primo consideró que podía hacerle una pregunta personal, quería saber cómo era su vida, si había cambiado para mejor y cuánto.

–Una buena vida –contestó Inzolia–, ciertas estrecheces, pero mucha serenidad. Tenemos la conciencia tranquila por haber tomado la decisión más justa y no nos sentimos en absoluto expulsados de nuestra Iglesia, aunque por razones de oportunidad vivamos al margen.

Quedaron en volver a hablar pronto, Primo tenía muchas esperanzas en llegar a saber esos nombres, los que Inzolia, de momento por lo menos, no recordaba. En el autobús que lo devolvía al pueblo se encontró sentado junto al niño que vomitaba cosas misteriosas y se preguntó, aunque después se avergonzara, qué narices veían los pedófilos en esas criaturas. Se quedó dormido mientras intentaba recordar el nombre de

quien había dicho, hablando de los niños, «adoro el dulce rumor de sus piecitos mientras se alejan». Como castigo, Morfeo le envió un sueño en el que las gemelas estaban enfadadas con él y no lo saludaban.

Capítulo XIII

¿Qué hace la policía en la barrera? El regreso del hombre del saco. Hechos establecidos, hechos por establecer. La lección del padre Vittorio.

A las playas, en realidad no muy lejos del pueblo –en la Romaña, la colina tiene ganas de contemplar el mar–, empezaban a llegar los primeros turistas y, naturalmente, eso había atraído a un gran número de inmigrantes extracomunitarios, que habían empezado a extender sus paños, todos repletos de artículos de escaso precio y de incierto origen, que los turistas parecían apreciar más que las mercancías, bastante por las nubes, del comercio regular. Por lo general, estas escaramuzas del verano causaban cierto malhumor, seguido por algunas inevitables especulaciones de las facciones políticas, que concluían habitualmente con un pacto de no beligerancia que duraba todo el verano. Esta vez, las cosas fueron distintas, estalló una auténtica rebelión de los comerciantes que acabó a trancazos; acudieron grupillos de jovencuelos estúpidos y violentos de la ciudad y esta vez, por desgracia, hubo un muerto: a la policía le costaba mantener el orden. De manera que el comisario tuvo necesidad de refuerzos y muchos de los agentes y carabineros que habían sido destinados a la investigación del homicidio de los dos niños se marcharon. El propio Macbetto se repartía entre la ciudad y el pueblo, la investigación apenas iba tirando, la gente empezaba a dar muestras de mal humor. Muchas de las personas que, más o menos en coincidencia con el cierre de los colegios, solían trasladarse allí para pasar las vacaciones estivales, este año no se habían dejado ver aún, el nombre del pueblo estaba asociado al asesinato de dos niños, era fácil imaginar que las madres intentarían evitarlo.

Primo se había dado cuenta de que la policía, con Macbetto a la cabeza, veía los toros, como suele decirse, desde la barrera: no tomaba partido, intentaba no dejarse fascinar por las teorías y por las hipótesis, tenía necesidad de cosas más concretas que las que él era capaz de elaborar. Por ello, había decidido dar mayor solidez a sus indicios, tras darse cuenta de lo poco útil que resultaba

descubrir que fulano iba a ese colegio precisamente en la época en que... Esta era la vida, vida auténtica, nada que ver con una novela policiaca de Ellery Queen. Así que cogió una hoja de papel y escribió en ella de forma ordenada los que consideró los hechos más significativos relacionados con la muerte de los niños, señalando para cada uno el momento en el que se habían verificado.

Todo empezó en la ciudad, cuando el obispo decidió confiar al padre Vittorio un

trabajo en una parroquia y lo mandó al pueblo. El padre Vittorio se había marchado sin avisar a nadie, ni siquiera al maestro, con el que había entablado, o al menos eso era lo que parecía, una relación de amistad. ¿De amistad exactamente? Bueno, de eso no estaba del todo seguro, digamos de probable amistad. El maestro había averiguado a través del padre Pino dónde había ido a parar (o a esconderse) el padre Vittorio y, fuera que el azar lo hubiera ayudado, o que se hubiese ayudado él solo, el caso es que al cabo de un breve periodo de tiempo llegó él también aquí con un cometido específico y una misión que cumplir, al menos a primera vista, por encargo de la delegación educativa. Al cabo de unas semanas, hace su aparición el pintor, a quien podía relacionarse con el padre Vittorio porque fue alumno del mismo colegio, aunque no había sido a ciencia cierta víctima del padre Vittorio. Si uno se empeñaba en añadirlo a esa lista, habría que considerar también al veterinario, asimismo desde hacía poco en el pueblo, sin ninguna conexión aparente, ni pasada ni presente, con los otros tres.

Llegados a este punto, Primo escribió también la lista de los «hechos aún por establecer»: el nombre de los dos chiquillos de los que había abusado el padre Vittorio; las razones que habían inducido al maestro a seguir al sacerdote (admitiendo siempre que el azar no hubiera echado una mano); las razones del interés que el pintor mostraba por el paisaje (admitiendo siempre que no se tratara solo de una cuestión paisajística). Primo pensaba que encontrar una respuesta a estas preguntas supondría dar un significativo paso adelante en las investigaciones; Macbetto, cuando tuvo ocasión de leer estos apuntes, declaró estar de acuerdo con Primo en sentido general, pero no coincidía del todo en el «probable paso adelante».

Eran los días de las fiestas del pueblo, habría fuegos artificiales, docenas de vendedores ambulantes, mucha gente de los pueblos de los alrededores, una misa cantada, hasta una procesión con la imagen de la santa protectora. Proverbio hacía gala de toda su cultura anticlerical y sus compañeros de cartas, definitivamente hechizados por su capacidad de fascinación, lo escuchaban extasiados mientras recitaba a Stecchetti y las poesías de Teodoacre⁶, de memoria y sin la menor vacilación.

El asesino actuó justo el sábado, en pleno ajeteo, en un momento que nunca llegó a ser precisado. La víctima era un niño de poco más de diez años, hijo de unos campesinos que tenían su finca a algunos kilómetros del pueblo, una familia muy religiosa que había insistido mucho al viejo padre Michele para que lo admitiera como monaguillo. La desaparición del niño no fue advertida hasta mucho más tarde, después de la hora de la cena; su madre estaba convencida de que se había pasado el día en la iglesia y empezó a preocuparse solo al atardecer. Dado que el único teléfono de la familia era el móvil del hijo mayor, que andaba por ahí, con su chica, la madre, acompañada de una de sus hijas, recorrió andando toda la carretera hasta la iglesia para buscar al niño. Allí se produjo una complicación que alargó ulteriormente el proceso, porque el padre Michele, con quien se tropezaron fuera de la casa parroquial, se confundió, pensando en otro niño, y les explicó que acababa de verlo tomando el camino hacia casa. Las dos mujeres volvieron a la finca, convencidas de encontrar al niño allí, esperaron un poco, y al final, esta vez con un mal presentimiento en el corazón, se pusieron en movimiento; la madre hizo que la

acompañaran al cuartel de los carabinieri, las dos hijas mayores volvieron a la iglesia, el padre se quedó en casa, confiando en que se tratara de una falsa alarma y que al niño no le hubiera ocurrido nada malo. No tardó en descubrirse que de este no se sabía nada desde última hora de la mañana, el padre Vittorio lo había visto jugando en el patio de la casa parroquial al terminar la misa, a la bendición de la tarde no había acudido, pero, como era algo que ocurría a menudo, el cura no se había preocupado.

Pasaron las horas, llegó la mañana, del niño no había ni rastro, la conclusión resultó obvia, el asesino había sumado su tercera víctima. La persona más adolorada era sin duda el padre Vittorio, que no se resignaba y parecía haber sido alcanzado por un rayo. Indudablemente, nada podía ser comparado con el dolor de sus padres y de sus hermanos, pero había algo en el padre Vittorio que nadie podía contemplar sin sentir pesadumbre, la expresión de un dolor que no puede ser compartido y al que se le niega toda compasión, el dolor de un hombre solo. Y mientras tanto, el pueblo se llenaba de nuevo, gente que investigaba, gente que curioseaba...

Primo se había encerrado prácticamente en casa, no le gustaba deambular por el pueblo durante esos días, su única conexión con el exterior era Proverbio, dado que Provolone estaba dedicado por entero a las niñas. No se sorprendió al ver llegar a Macbetto, se imaginaba el estado de ánimo que tendría, a esas alturas bien podía esperar que le retiraran del caso, no es que estuviera haciendo un gran papel. Macbetto acababa de interrogar al padre Vittorio, sin avanzar un paso, ni uno solo. A la mitad de las preguntas el sacerdote había dicho que no sabía qué contestar, a la otra mitad que no podía contestar, estaba claro que el camino iba cuesta arriba y no llevaba a ningún sitio. Y entonces, Macbetto, generalmente un ejemplo de cómo debe ejercerse el control sobre el propio temperamento, dejó que se les escaparan un par de complejas imprecaciones, más toscanas que romañolas. Quizá ahora –le dijo a Primo– hubiera llegado el momento de intentar eso que al principio le había gustado tan poco, hablarle al cura de hombre a hombre, dejar a un lado a las instituciones y a la policía, hacerle comprender qué clase de responsabilidad estaba echándose encima si no decía todo lo que sabía, todo lo que pudiera ayudar en las investigaciones, la vida de un inocente no podía valer menos que un secreto personal o que el temor a un escándalo. De esta forma, Primo, que ahora ya no estaba tan convencido de la bondad de su propuesta, se vio sentado frente al padre Vittorio en la sacristía, mirándolo de soslayo, pensando aún por dónde empezar, tan inquieto como el otro parecía atemorizado y perplejo.

Al final, Primo decidió hablar francamente y dejarse de subterfugios y ardides. Le dijo que las tragedias que habían ocurrido en el pueblo no consentían que nadie exigiera el respeto de su privacidad, que había emergencias en las que, por desgracia –dijo dos veces por desgracia–, no tenemos derecho a considerar que nuestra vida nos atañe solo a nosotros, porque por desgracia –repitió de nuevo por desgracia–, es posible que no sea así. Le dijo que las razones de su traslado al pueblo, en un momento en el que todos esperaban que el obispo tomara otra clase de decisión, no a todo el mundo le habían parecido comprensibles, acaso él o el obispo debieran aclararlas. Le hizo una lista de las circunstancias que ni siquiera con la mejor voluntad del mundo podían ser consideradas

casuales: él llegaba a la parroquia y poco después lo hacía el maestro y, un santiamén después, el pintor. Y los crímenes, además, en un pueblo que hasta ese momento había sido la imagen misma de la tranquilidad. Ahora bien, continuó Primo, no hay nadie entre los investigadores que no se haya dado cuenta de que la clave de todo estribaba en la relación entre ellos, el cura, el maestro y el pintor, y que todas las demás hipótesis se habían borrado solas. Pero quien cometía esos crímenes –porque debía quedar claro que, con mucha probabilidad, no dejaría de cometerlos, es decir, no «aquel que cometió», sino aquel que cometía esos crímenes– era tan hábil que no dejaba nunca la menor huella, el menor indicio. Y dado que por desgracia no estaban ya en la época de la Inquisición, la única manera para llegar a los culpables era la de descubrir sus motivaciones, lo que los inducía –o lo inducía, podía tratarse de un único individuo– a cometer esos delitos. Y en eso, concluyó Primo, todos teníamos la sensación –no desde luego la prueba, no, sino una intensa sensación, eso sí– de que él, el padre Vittorio, podía contribuir mucho, ayudar a entender, orientar...

El padre Vittorio no contestó de inmediato, buscaba las palabras adecuadas, no quería mostrarse descortés, por más que Primo, sin saberlo, le estuviera causando un gran dolor. Al final, se mostró igual de claro que Primo.

–No creo equivocarme –le dijo– si me imagino que sus amigos de la policía y usted tienen dos hipótesis, y nada más que dos, en las que basarse. Ambas, además, me atañen. La primera es que yo esté intentando ocultar un secreto mío personal y que ese secreto sea tan terrible como para inducirme a callar incluso ante esta masacre de criaturas inocentes, una serie de crímenes tan horribles que no podrían justificar en ningún caso un silencio orientado a la protección de mi persona, un silencio que sería, antes que nada, inhumano. También creo que ya estarán ustedes descartando esta hipótesis, a estas alturas ya lo sabrán todo acerca de mí, difícilmente podría tapar las manchas que ensucian mi pasado. La segunda hipótesis, me imagino, es la de que callo lo que he venido a saber por una vía que me obliga al silencio. Si es a eso a lo que se refieren, si están pensando en el secreto de confesión, debería sentirme ofendido, muy ofendido. Ni siquiera las personas que carecen de particulares sentimientos religiosos deberían desconocer que un sacerdote está obligado a guardar secreto, en lo relativo a las cosas oídas en el confesionario, incluso a costa de la vida. Es un secreto sacramental... No, no pretendo darle una lección de catequesis, solo quiero que entienda lo doloroso que puede llegar a ser, para un sacerdote, recibir acusaciones de inhumanidad, de indiferencia, de falta de compasión respecto al dolor ajeno, como las que usted me lanza. ¿Acaso cree usted que yo no amo la justicia como cualquier otro ciudadano? La diferencia entre nosotros es que yo tengo que privilegiar siempre a mi juez, y ya sabe de quién hablo. Y no crea que estoy enfadado con usted, solo dolorido. En cuanto a sus hipótesis, ya le he contado a su amigo todo lo que estoy en condiciones de decir.

No tenían nada más que decirse, y además Primo se sentía un poco humillado, en el fondo sabía que el cura tenía razón. Mientras se encaminaba hacia la salida, el padre Vittorio le preguntó si iba alguna vez a misa.

–Raramente –admitió Primo–, solo a algunos funerales, o cuando Maria no puede

acompañar a las niñas.

–Y sin embargo –continuó el sacerdote–, algunas veces, en la iglesia, se aprenden cosas importantes.

Se despidieron, el padre Vittorio no parecía guardarle ningún rencor, pero Primo hubo de constatar una vez más cuán triste y abatido parecía. «Parece un hombre derrotado», pensó.

Esa misma tarde, le hizo un fiel resumen de su conversación a Macbetto, y tuvieron que admitir, una vez más, que progresos efectivos no es que se hubieran conseguido. Del niño desaparecido no había rastro; si el asesino seguía usando el esquema de las veces anteriores, al día siguiente llegaría una carta. A Macbetto le despertó la curiosidad esa alusión del cura a la misa y a las cosas que habría podido descubrir si se decidía a ir, de manera que le pidió a Primo que se acercara a la mañana siguiente, nunca se sabía.

–Pero si es a la siete –protestó Primo vivamente, pero el otro ni se dignó a responder.

Capítulo XIV

Primo va a misa. El libro de Job. Pero eso de Desdemolo ¿qué clase de nombre es?

En la iglesia no habría más de una treintena de personas, casi todas mujeres, predominantemente ancianas, caras rugosas de campesinas con la piel como el cartón y la espalda algo encorvada, siempre las mismas caras en la primera misa del día. El padre Vittorio había empezado a decir misa a las siete en punto, Primo llegó con algo de retraso, aunque pensaba que, en todo caso, sería el sermón, la lectura del evangelio, lo que el cura quería que escuchase, admitiendo que fuera ese el mensaje.

Aquel sermón Primo lo recordó toda la vida, rumiándolo en la cabeza una infinidad de veces, sin saber siquiera si fueron las palabras las que arrebataron tanto, o esa suerte de encuentro que había imaginado tener con esas palabras.

El padre Vittorio había escogido hablar del sufrimiento y presentó de inmediato las preguntas a las que intentaría responder: por qué existe el mal en el mundo y cuál es la razón del sufrimiento. Respuestas difíciles, dijo enseguida, sea cuando el hombre se las plantea a otro hombre, sea cuando los hombres se las plantean a Dios. Y para hablar del sufrimiento, el padre Vittorio había decidido comentar el libro de Job.

El libro de Job –lo sabía hasta Primo– es el libro más poético y hermoso de todo el Antiguo Testamento. Es la historia de un fiel siervo de Dios que vive rico y feliz hasta el día en el que su creador consiente a Satanás ponerlo a prueba para verificar la persistencia de su fidelidad en la adversidad. Privado de todo –de sus hijos, de sus bienes, de todo– y víctima de una enfermedad repugnante y dolorosa, Job se mantiene dócil ante su Dios. En esta terrible situación van a visitarlo tres amigos, que intentan persuadirlo de que el sufrimiento se ceba siempre en el hombre como pena por sus errores, puesto que, dado que lo manda Dios, que es absolutamente justo, halla su motivación en el orden de la justicia. Lo que significa que Job está pagando por alguna grave culpa que debe de haber cometido.

De esta manera, el sufrimiento es un signo y, en cuanto sufridor, Job ha de reconocerse como alguien injusto. Pero Job no halla injusticia dentro de él, al contrario, se empeña precisamente en afirmar que es justo, proclamando su propia inocencia y no renunciando a sentirse íntegro frente a Dios. Sí, no se limita a confutar las tesis de sus amigos sino que llega incluso a desafiar a Dios y a llamarlo a testimoniar. «¡Que me pese en balanza justa y sabrá de mi integridad!»

De esta manera, Job se ve obligado a dudar de su propia justicia, de la que sin embargo

está convencido. Debe escoger el objeto de sus dudas, la justicia de Dios o la suya propia. Y sin embargo, no duda jamás de la justicia de Dios, pues, de no ser así, no lo convocaría: apelar a él tiene sentido solo si se le concibe como garante absoluto de la justicia. Es una situación paradójica y es lógico que así sea. Porque el sufrimiento del justo es una manifiesta objeción con referencia a la justicia divina.

Job siente miedo ante Dios: le asusta su silencio y le asusta el hecho de haber llamado a declarar (en un juicio) al juez inapelable. Sin embargo, no deja de preguntarse y de preguntar *por qué*, de discutir y de sostener su propia causa, en un imposible cara a cara con Dios, «luego, convócame y yo responderé; o mejor, yo hablaré y tú replicarás». Pero Dios evita responder a sus preguntas, se niega a facilitarle las razones de su sufrimiento, a explicarle «por qué». En el fondo, le recuerda únicamente la nulidad de su condición de hombre: «eres tan insignificante que no comprendes las leyes que gobiernan el mundo, que no comprendes el sentido de tu dolor». Al final, lo sitúa, de forma muy brusca, frente al misterio de la naturaleza, única huella visible del secreto insondable que rodea a Dios.

El libro de Job no tiene un verdadero final feliz, su historia no pierde su carácter traumático: los hijos que ha perdido no le son devueltos, queda en su corazón una herida que no puede cicatrizar. Y el Dios que se le revela parece lejano e inapelable, incapaz de compasión real.

En realidad –la voz del padre Vittorio era baja, pero siempre muy clara y serena–, el libro de Job nos consiente entender por qué la respuesta al interrogante sobre el sentido del sufrimiento no está unida sin reservas con el orden moral, basado en la justicia real. El sufrimiento no tiene sentido únicamente como castigo del pecado, sino que tiene un valor educativo y encierra una invitación a la misericordia de Dios, que corrige para inducir a la conversión. El castigo tiene sentido porque crea la posibilidad de reconstruir el bien en el propio sujeto sufriente y la reconstrucción del bien no es más que la conversión. Se trata, tal vez, de una penitencia que debe derrotar el mal que está presente en el hombre y consolidar el bien que hay en él.

Sin embargo –ahora la voz del padre Vittorio se había vuelto más alta, más aguda, parecía como si el sacerdote estuviera implorando, ya no era solo una plegaria–, la naturaleza del hombre no le consiente comprender completamente el significado del sufrimiento. Sigue sin explicación el sufrimiento de los inocentes, de los hijos de Job, de los que nadie habla. Queda el misterio del significado del dolor cuando lo que lo provoca son las heridas que infligimos a nuestros hermanos. Sigue siendo incomprensible el valor de nuestro arrepentimiento, el significado de nuestro sacrificio. Queda el misterio del límite, ese que no puede sobrepasarse, so pena de perder la razón.

Es muy probable que ninguna de aquellas treinta personas presentes hubiera comprendido nada del sermón del padre Vittorio, por más que todos fueran perfectamente conscientes de cuánta entrega, de cuánto sufrimiento había en sus palabras y en su voz. De modo que solo Primo se percató de lo brusca que resultó la conclusión, como si el sacerdote ya no tuviera energías para continuar. Ahora se había girado hacia el altar y, en vez de arrodillarse, se había tumbado sobre los escalones, con

los brazos abiertos, inmóvil. Los treinta fieles lo estaban mirando sorprendidos, acaso algo asustados también. Para Primo todo se había vuelto causa de malestar, un malestar que ya no soportaba. Dio la espalda al altar y salió de la iglesia maldiciendo a Job.

En casa, descubrió que le había telefonado el profesor Inzolia, no era urgente, volvería a llamar. En cambio, le llamó él, sintiendo curiosidad por si al profesor le había vuelto la memoria. Sí, en parte. Se le había venido a la cabeza el nombre del fotógrafo, un nombre muy inusual, Desdemolo, y un apellido más común, Artusi, como el de Pellegrino⁷. De familia importante, alumnos del colegio desde hacía generaciones, le recordó Primo. El profesor Inzolia se mostró levemente cohibido:

–En realidad no es exactamente así, la verdad, no sé cómo se me vino eso a la cabeza, ni hubo Artusi en el internado antes ni, por lo que yo sé, los hubo tampoco después. Un error, se ve que me confundí, ya me disculpará usted.

Desde luego, le dijo Primo, y le disculparía aún más si seguía haciendo sus ejercicios de memoria.

–Haré algo más –afirmó el profesor Inzolia, muy aliviado por el buen humor de Primo–, iré a verificar los registros, sigo teniendo buenas relaciones con el personal docente y con la secretaría, me envían a muchos cabezas de chorlito para que les dé clases particulares, ya sabe cómo son estos colegios privados...

–Claro que sí, qué caramba –concluyó con energía Primo–, he podido hacerme una idea.

Capítulo XV

No hay que fiarse nunca de las intuiciones. Una conversación inútil. El maestro habla. El pintor, no.

Tres días después, la carta anónima no había llegado aún, quizá nunca llegara, quizá el asesino ya no quisiera dejar huellas demasiado evidentes de su paso, siempre se puede cometer un error. Primo y Macbetto estuvieron discutiendo durante horas sobre el significado del sermón

del padre Vittorio y Macbetto presionó inútilmente al prefecto para que mantuviera una charla con el obispo. Por lo demás, las novedades escaseaban. Se había encontrado por fin la iglesia a la que el maestro iba a comulgar, el cura lo recordaba perfectamente, iba una vez a la semana, por la mañana temprano, no, no se confesaba, qué narices iba a saber él del porqué, que se lo preguntaran al propio fulano. Había llegado también toda la información posible acerca del veterinario, cuya ficha policial no estaba immaculada, varias acusaciones de inducción de un incapaz al delito, la tomaba sobre todo con las viejecitas que vivían solas y tenían pequeños animales de compañía, un pequeño golpe aquí, otro allá, clínicas que nacían y desaparecían en un santiamén, persona poco recomendable, pero sin relación con la gente del pueblo y, sobre todo, nunca nada realmente grave. Y además, uno de los investigadores, un fulano por el que ni san Francisco siquiera hubiera dado un duro, tuvo una intuición, al repasar todos los datos, y notó algo que quizá pudiera revelarse útil. Si no se tenía en cuenta el intento de rapto de la pequeña Beatrice, entre un homicidio y el sucesivo habían pasado, respectivamente, diez y nueve días. Desde luego, se trataba solo de una suposición pero, si se revelara exacta, entonces el asesino causaría otra víctima al cabo de ocho días, es decir, el domingo siguiente.

Tanto a Primo como a Macbetto esa intuición les pareció una soberana estupidez; las películas de asesinos en serie empezaban a dejar huella incluso en el cuadrículado sentido común de los agentes de policía, pero la historia acabó, quién sabe cómo, en uno de los periódicos más difundidos de aquella zona de la Romaña, y la consecuencia fue que durante todo el domingo no se vio ni un alma paseando por ahí, una suerte de toque de queda espontáneo. No hubo crímenes ni el domingo ni los días sucesivos, a pesar de que los vecinos, olvidando la historia de la intuición, hubieran retomado sus actividades habituales.

Macbetto le contó a Primo que, mientras el prefecto había rechazado la sugerencia de

solicitar un encuentro con el obispo, el comisario la había aceptado. Fue una reunión vagamente esotérica, si ambos se habían dicho algo, había que buscarlo «tras los versos recónditos y arcanos»: el comisario había aludido a los crímenes, pero en sentido muy genérico, probablemente porque se esperaba una cierta apertura por parte del obispo; este, por su parte, se mostró meticulosamente fiel a su propio papel, expresando una severa condena no solo de esos crímenes, sino también, y sobre todo, de todos los crímenes que ensangrientan el mundo. Naturalmente, el comisario se vio en la obligación de hacer un comentario sobre las relaciones entre la difusión de la religión y el índice de moralidad de los ciudadanos, pero para su contrariedad el obispo se centró en ello como tema de la conversación y no hubo manera de moverlo de ahí. Al salir del obispado, el comisario expresó un juicio no reproducible sobre el... que le había aconsejado dar ese paso. Que había sido, precisamente, su segundo, Macbetto.

Como ocurre a menudo en estos casos, hubo quien encendió una luz sin avisar y cuando empezaba a cundir cierta resignación. La mano en el interruptor fue la del profesor Inzolia, quien se tomó muy en serio su encargo de investigador y fue a verificar los antiguos registros del internado.

–El cerebro relaciona los recuerdos de forma extraña –incluso por teléfono era posible captar cierta satisfacción en su voz–, lo que, en el fondo, es lo único que justifica la existencia de los psiquiatras. Me bastó con volver a ver los libros de escolaridad para recordarlo todo con nitidez. Veamos, la condesa Ortalesi, de una antigua familia de la nobleza papalina, tuvo dos maridos. Del primero, muerto al cabo de pocos años de matrimonio en un accidente de tráfico, le nació un solo hijo, ese al que usted llama el pintor; del segundo –una *mésalliance*, el marido era el mayoral de la condesa– nacieron muchos hijos, pero el que le interesa a usted es el segundo, el chiquillo que se vio envuelto en la historia del padre Vittorio y que después, a los veinte años o por ahí, Murió de sobredosis. La condesa, si le interesa saberlo, sigue aún vivita y coleando, se quedó viuda también de su segundo marido, pero no ha vuelto a casarse porque, según se dice, está profundamente enamorada de tres caniches blancos que son toda su vida y su pasión. Las malas lenguas dicen que ya no es toda «casa e iglesia». Vive sola, los hijos han tomado caminos diferentes. En definitiva, que me dejé confundir por apellidos diferentes, debo excusarme con usted, espero que pueda perdonarme.

Primo empleó más de diez minutos en hacerle entender lo útil que había resultado su intervención y después se precipitó a ver a Macbetto para contarle la historia entera. Coincidieron en que se trataba de la primera hendidura real, algo empezaba a vislumbrarse; coincidieron también en que, en cualquier caso, fuera cual fuese el designio que inspiraba estos dementes crímenes, no podía comprenderse aún.

El pintor llegó al cuartelillo, acompañado por dos agentes, con el aspecto irritado de quien está siendo víctima de un atropello, pidió la presencia de un abogado, contestó con claridad y precisión a todas las preguntas, entrando en detalles insignificantes y exigiendo que todo constara en acta; negó, como dicen los profesionales de este oficio, «toda vinculación con los hechos»; no mostró nunca el menor signo de irritación cuando las preguntas se repetían, sino que aprovechaba para introducir ulteriores, inútiles detalles en

las respuestas, sin dejar de exigir que todo constara en acta. Al cabo de unas horas, los inquisidores tenían jaqueca y la cabeza les daba vueltas, mientras que él seguía con toda tranquilidad en busca de nuevos detalles, cada vez más insignificantes, que ya nadie escuchaba. De modo que lo dejaron marcharse, con el compromiso de regresar para sostener una breve charla aclaratoria con el juez, una mera formalidad, nada más. Montó mucho jaleo en el momento de firmar el acta, porque un gran número de detalles que le importaban mucho no se habían incluido, y también el transcriptor se llevó lo suyo; al final cedió y firmó solo porque su abogado le imploró que lo hiciera, él tampoco podía ya más, quería volver a su bufete. Y así regresó al hotel Aurora, no sin haber insistido mucho ante los gendarmes –así los estuvo llamando todo el rato– sobre la grave responsabilidad que se habían echado a espaldas por haberle sustraído al arte durante un día entero.

Dos días después, justo a la misma hora en la que el pintor se reunía con el juez (encuentro tan largo y tan inútil como el precedente), Primo se topó con el maestro en el umbral de su casa. Ante un café preparado por Maria, el maestro entró de inmediato en materia:

–He venido a verle –le dijo– porque quiero dialogar e intentar entender, no tengo ningunas ganas de verme obligado a contestar a preguntas desagradables y a intentar disculparme en relación con acusaciones que no entiendo y que nadie tendría derecho a hacerme. Sé que mantiene usted buenas relaciones con la policía y sé que es un hombre estimado, un hombre de bien. Ayúdeme a entender.

Primo lo observó con curiosidad. Parecía muy distinto al muchachote que le había lanzado miradas llenas de alegría y grandes sonrisas amigables cuando se cruzaban por la calle, o cuando se topaba con él a la salida de la iglesia. En aquel momento, parecía preocupado, más que nada, y era lógico que lo estuviera, no todo lo que tenía que ver con él era agua de manantial, el que procurara exponer sus propias razones, posiblemente de forma no oficial, era más que comprensible. Puso las cartas sobre la mesa:

–Mire, aquí han muerto niños, tres para ser exactos, y ha habido un intento de raptó, algo que me atañe personalmente, porque se trataba de una de mis hijas, también para ser exactos. Todo esto ha ocurrido en un pueblo que de crímenes de esta clase ni siquiera había oído hablar con anterioridad, y ha ocurrido después de que, en un breve lapso de tiempo, llegaran aquí un cura que hace muchos años se vio involucrado en un escándalo que tuvo que ver precisamente con unos niños, un fulano, que resulta ser por casualidad el hermanastro de uno de esos niños, y usted. De usted se conocen solo unas cuantas cosas, no todas de fácil comprensión, a primera vista por lo menos. Usted fue un comecuras, un ateo que hacía propaganda de su movimiento; después apareció otra vez en escena en calidad de creyente, se le vio varias veces en el obispado, varias veces se reunió con el padre Vittorio y, cuando este fue enviado a este pueblo como párroco auxiliar, hizo lo posible para seguirlo. De usted se sabe que se confiesa con el padre Vittorio con cierta frecuencia, pero que comulga en otra iglesia, no muy cercana al pueblo. Como ve, hay un montón de cosas que podría usted aclarar, y me imagino que la policía le animará a hacerlo. Querrá saber, por ejemplo, cuál es la razón que le ha

impulsado a venir aquí, y cuáles son y cuáles han sido sus relaciones con el padre Vittorio; querrá saber si conoce usted a ese fulano al que llaman el pintor, a fin de cuentas han ido al mismo colegio, por más que en cursos distintos. Es más, si quiere saberlo, eso es lo que yo haría, si estuviera en su lugar: iría a ver a la policía, en vez de estar perdiendo el tiempo aquí conmigo.

—Tal vez —replicó el maestro— eso haya sido un error, hubiera debido ir enseguida a explicar algunas cosas, mi silencio ha provocado cierta confusión, sin duda alguna. Pero no puede confundirse la discreción natural con el intento de ocultar quién sabe qué delitos o quién sabe qué actos inmorales. Y además usted sabe perfectamente que ciertas cosas, dichas en voz alta, cambian de aspecto, ciertos secretos, sometidos de repente a la atención de todos, revelan rasgos oscuros que antes no se percibían. Es como observar el rostro de una hermosa muchacha con una enorme lupa, poros tan grandes como cráteres lunares, impurezas, sebo como lava que fluye, un espanto; ¿se acuerda de Gulliver? Pero creo que, a estas alturas, responder a esas preguntas se ha vuelto indispensable. Quisiera intentar contarle a usted cómo han sucedido las cosas, quisiera su opinión y su consejo.

El maestro empleó un buen rato en contar toda la historia, también él aquejado por el síndrome del «detalle inútil». En realidad, si uno se atenía a lo esencial, los hechos podían relatarse mucho más rápidamente.

Al maestro no le mandaron a estudiar al internado por ser un mal estudiante, todo lo contrario, por la razón opuesta: su padre deseaba que sus excelentes dotes, sus cualidades de estudiante modelo pudieran ser cultivadas con un cuidado y una atención personal que la escuela pública no parecía en condiciones de poder ofrecerle. Y, efectivamente, su nueva experiencia escolar, en los primeros momentos, resultó sin duda positiva. Sus profesores decidieron que empezara el bachillerato con un año de adelanto y el director les pidió a algunos de los mejores profesores que le prepararan. Así se encontró por primera vez frente al padre Vittorio. Las clases eran particulares, tenían lugar, en su mayor parte, en la habitación del padre Vittorio, se centraban sobre todo en la literatura italiana. Él acababa de cumplir doce años y, al menos según la opinión de su madre, era tan guapo como un querubín. El padre Vittorio tendría entonces unos treinta y parecía el David de Miguel Ángel. Descubrieron que compartían una gran pasión por la poesía, y de ella acababan hablando casi siempre, en lo que empezaron siendo clases y acabaron siendo encuentros. Una tarde —hacía mucho calor, apenas llevaban ropa encima— sucedió, de forma inevitable, casi naturalmente. Duró poco, una semana quizá, después el padre Vittorio le dijo que iba a ir a denunciarse. Le pidió perdón también; a él al principio le costaba comprender, no entendía dónde estaba el error que habían cometido, le parecía que todo había sido tan natural... Sus padres fueron informados y por ellos supo que él no había sido el único, había otro niño involucrado en el asunto.

Durante cierto tiempo, lo odió; mejor dicho, los odió a los dos, al cura y al otro niño. Sus padres lo mandaron a otro colegio, muy lejos, para ayudarle a olvidar, pero durante mucho tiempo él no olvidó. En la universidad seguía teniendo una rabia enorme en su interior. Decidió hacer algo que sin duda heriría al padre Vittorio, algo de lo que el cura se sentiría responsable. Empezó a frecuentar los círculos ateos, se volvió muy activo como

militante ateo y anticlerical, escribía artículos que luego enviaba, anónimamente, al padre Vittorio. Él mismo se dio cuenta de lo absurda, infantil y estúpida que era su forma de protesta. Volvió a acercarse a la Iglesia, quiso informarse sobre el padre Vittorio, recurrió a personas que lo conocían. Supo que había intentado castigarse de muchas maneras, haciendo necesaria, en algunos casos, la intervención del obispo, a quien no le gustaban nada lo que denominaba «exageraciones», y que más de una vez le llamó la atención. Supo que dormía en el suelo; supo que llevaba un cilicio, y que más de una vez le habían visto la ropa ensangrentada. Decidió hablar con él y fue a verlo al obispado.

Sobre este último tema no podía entrar en detalles, no creía tener derecho a hacerlo. Solo podía decir que encontró a un hombre completamente transformado por los remordimientos, un hombre que se estaba destruyendo a sí mismo, y sintió el deber de ayudarlo. Por eso se reunió con él y seguía viéndolo con tanta asiduidad. ¿Confesiones? ¿A quién se le había ocurrido eso? Coloquios, encuentros entre un alma en pena y un alma que de la pena había sabido librarse. Construir una suposición de delito basada en una historia tan inocente y tan civilizada le parecía increíble. Y de todo lo demás él no sabía absolutamente nada y no tenía respuestas que ofrecer.

Primo hubiera querido discutirle por lo menos el poder terapéutico de esos encuentros, dado que veía al cura cada vez más triste, pero una llamada telefónica los interrumpió. Era Macbetto, bastante agitado. Había desaparecido un niño. Sí, claro, en la colina, estaba volviendo a casa. ¿Cuándo? Hacía un par de horas. ¿El pintor? No, no cabía la menor duda de que estaba con el juez, es más, había tenido que aguantar un par de broncas, una del juez y otra del abogado defensor. ¿Por dónde andaba el pintor? Suponía que estaba volviendo al hotel.

–Ahora –dijo Macbetto con voz de resignación– estamos buscando al maestro.

–Lleva aquí conmigo más de dos horas –le contestó Primo con la misma resignación en la voz.

–Ni hecho a propósito –concluyó Macbetto.

Capítulo XVI

¿Se acuerda el lector del juego de la oca? Un rapto imperfecto. Pavolone ascendido a tareas más elevadas. Entra en acción el aparej. Adamo.

En definitiva, era como si estuvieran jugando al juego de la oca, habían caído en la casilla equivocada y les tocaba volver a la de salida, además, con esta nueva tragedia en el aire, otro niño desaparecido y pocas probabilidades de hallarlo con vida. Primo, sin embargo, no era de la misma opinión.

–Si lo piensas bien –le dijo a Macbetto en cuanto tuvo ocasión de hablarle a solas–, lo que más llama la atención es la carencia de reglas, las cosas no suceden nunca de la misma manera. Recibimos cartas anónimas solo en los dos primeros homicidios; el tercer cuerpo no ha permitido que lo encontremos; al principio había una fuerte marca de patología sexual, que después se ha ido notando menos, cambia el sexo de los niños que son objeto de las agresiones. No hay tendencia a la reiteración, por lo menos en cuanto a cómo se conciben y se cometen los crímenes: la reiteración atañe solo a los crímenes en sí mismos.

Esta vez, los hechos le dieron toda la razón a Primo, porque encontraron al niño, vivito y coleando, aunque con un susto de muerte encima. Mejor dicho, ni siquiera lo encontraron, salió corriendo él solito del bosque como si lo persiguiera un ejército de *troie macode*, de marranas sin rabo.

Cuando Macbetto y Primo llegaron a la casa donde se había refugiado –la primera con la que uno se tropezaba bajando del bosque grande–, estaba repitiendo por enésima vez su historia, y cada vez que entraba alguien nuevo empezaba desde el principio. Era un niño de unos diez años, algo bajito para su edad. Excepto a sus padres, era difícil que a alguien le pareciera guapo, pero tenía aire de espabilado y una sonrisa atractiva. Intentaba soslayar las razones que le habían llevado a ese lugar (era un atajo que sus padres le habían prohibido utilizar), pero se volvía muy locuaz cuando se trataba de describir su aventura. Que empezó sin que él tuviera la menor sospecha de que alguien lo estuviera siguiendo; todo lo contrario, alguien salió de repente de detrás de un árbol (no, no pudo verlo, ni siquiera por un instante), le puso algo, un trapo quizá, sobre la boca, notó un olor extraño, muy agudo, un olor de hospital, y después ya nada. Se despertó al cabo del rato, cuánto tiempo después no sabría decirlo, completamente desnudo, con las manos atadas y una venda en los ojos. Había alguien cerca de él, alguien de quien al principio solo oía la respiración. Después, ese sujeto empezó a tocarle una pierna y después la

espalda también, no, el trasero no, la espalda, cerca de los hombros. Después, aunque él no hubiera oído nada –estaba muerto de miedo–, debió de producirse un ruido, el hombre se asustó, quizá hubiese oído acercarse a alguien. Soltó una palabrota a medias (sí, vamos, que había dicho *qué cojon...*) y después se alejó a toda prisa, él le oyó correr. Estuvo esperando un rato, pensaba que la persona que había asustado a su agresor lo encontraría, pero no ocurrió nada ni tampoco se oía ruido. Entonces empezó a tirar de las cuerdas hasta soltarse una mano, lo que le resultó más fácil de lo previsto. Se quitó la venda, se vistió y echó a correr con todas sus fuerzas hasta que vio esa casa y buscó refugio en ella.

Llegaron los padres del chico, y su madre, literalmente hecha una furia, intentó varias veces ponerle las manos encima, nunca hacía caso, iba a volverla loca, lo que le había ocurrido le calzaba como un guante (literalmente dijo que era *la schérpa de tu pè*, la horma de tu zapato).

Con tal de no quedarse solo con su madre, el chico se ofreció para acompañarlos al lugar al que le habían llevado: hallaron la hierba muy pisoteada (*stamzata*, dijo el chico) y huellas de un pie enorme, el hombre debía de haberse calzado unas botas de goma encima de los zapatos. Nada, en el fondo, que pudiera ser útil para las investigaciones.

Primo se quedó largo rato, esa noche, razonando con Proverbio, sabía que Macbetto no aprobaba sus teorías, las consideraba vuelos pindáricos. Lo cierto es que a él, ese intento de rapto, que por si fuera poco había acabado sin daño para nadie, le parecía una pantalla algo teatral en auxilio de las dos personas que empezaban a notar el calor de la parrilla y que ahora, con cierto apresuramiento, habían sido borradas de la lista de los sospechosos. Suponiendo que este último episodio no hubiera sucedido, había que seguir pensando que el maestro, el pintor o, por qué no, ambos tenían su papel en los homicidios. Acaso con la ayuda, nunca podía saberse, de una tercera persona en la que ninguno de ellos había pensado. Así, pues, ¿por qué no seguir indagando sobre las mismas personas? Entre otras cosas, además, porque, a falta de nuevas pruebas, todo parecía girar aún alrededor del cura y, por qué no, de su pasado.

–Tal vez –dijo Proverbio, que de aquel follón de curas y maestros no entendía casi nada– hubiera que dar un poco de cuerda a los habitantes del pueblo, que están pensando en organizar algo por su cuenta, patrullas locales que vayan de ronda tutelando la seguridad de todos, o algo parecido. Por ahora, parece que el asunto no le gusta mucho a la policía.

Sí, pero lo cierto es que le había sugerido una idea a Primo. Una idea que siguió rumiando todo el día y que por la noche había tomado cuerpo lo suficientemente bien para que Primo decidiera llevarla a la práctica.

La parte más difícil era la de hacer entender a Pavolone cuál era su cometido, parte especialmente delicada dado que se trataba de un cometido fundamental.

–Tú –le repitió pacientemente por tercera vez Primo, poco convencido de las afirmaciones de Pavolone, quien no solo aseguraba haberlo entendido todo, sino que mostraba cierto entusiasmo por el papel que le había tocado–, para resultar creíble, debes ser el primero en estar convencido de que solo estás haciendo tus ejercicios habituales, y

tus ejercicios habituales consisten en recorrer a la carrera de arriba abajo el bosque, para «hacer piernas». Pero lo que harás, en realidad, será correr por el bosque, sobre todo cerca de donde haya campos cultivados, porque allí hay también casas habitadas y niños; trazaremos un plan, todas las noches, para que tus carreras abarquen el más amplio territorio posible, de modo que excluyan además las zonas del bosque donde sea más difícil encontrar niños. Y en cuanto descubras el lugar que el pintor ha escogido para pintar sus paisajes, me llamas al móvil.

–¿Y luego qué? –preguntó Pavolone, que se sentía ascendido a una función de gran responsabilidad y no cabía en sí de alegría.

–Luego ya te diré yo lo que has de hacer.

–¿Y las niñas?

–Ya se encarga Maria.

Tranquilizado acerca de la seguridad de las gemelas, Pavolone se declaró dispuesto a todo y quedó, así lo dijo, «a la espera de órdenes».

Cuando Primo estuvo listo para darle esas órdenes, a la mañana siguiente, se reveló una inesperada dificultad: Pavolone no tenía el menor sentido de la orientación y, por si fuera poco, no sabía interpretar un mapa. Increíblemente –a fin de cuentas, Pavolone había cursado la enseñanza obligatoria, antes de renunciar a la cultura por el culturismo–, Primo le preguntó dónde estaba el Norte, y él señaló con prontitud hacia el cielo, pues todos los mapas de su colegio, por desgracia, estaban colgados de la pared.

De este modo, el sencillo y lógico plan de Primo hubo de ser replanteado. Por las noches escogían una zona del bosque que estuviera cerca de una casa habitada y en la que sabían que había niños: para ello resultaban fundamentales los consejos de Proverbio, quien podía obtener toda clase de información charlando con sus compañeros de juego. Por la mañana, bien temprano, Primo acompañaba a Pavolone siguiendo los senderos, para dejarlo en algún lugar, entre los árboles, desde donde poder vigilar, sin ser visto, quién pasaba por la vereda transitable más cercana. Pavolone permanecía allí hasta que oscurecía, consolado por patatas fritas, latas de naranjada y una buena provisión de tebeos. Cuando empezaba a hacerse de noche, Primo iba a recogerlo y lo acompañaba a casa. El defecto principal del plan era que Primo no podía ir y venir todos los días. Segundo defecto, este tampoco desdeñable, era la curiosidad que ambos despertaban en las personas con las que se cruzaban, no muchas, de acuerdo, pero aldeanos y, por lo tanto, chismosos. Al cabo de menos de una semana, Proverbio le explicó a Primo que sus compañeros de partida se inclinaban por una interpretación sexual de las misteriosas excursiones de Primo y Pavolone (la pareja iba en busca de lugares apartados donde intercambiar arrumacos), pero en el pueblo había otras interpretaciones al menos tan fantasiosas como estas. Con un suspiro de alivio, Primo decidió abandonar el plan A y empezar a pensar en un plan B.

El plan B se lo sugirió, sin querer naturalmente, el aparej. Adamo, que le paró por la calle porque, según le dijo, «sentía la necesidad de presentarle mis respetos y los de mi señora». En realidad, el aparej. Adamo experimentaba gran consideración por las personas que habían alcanzado el éxito, sobre todo cuando sabía que habían partido,

digámoslo así, desde lo más bajo. Por eso, un hombre con los antecedentes penales de Primo Casadei, que acababa yendo por ahí mientras exhibía un guardaespaldas de dos quintales y que podía contar con la amistad de un subcomisario, lo que se dice todo un subcomisario, merecía sin duda alguna la consideración y el respeto suyos y de su señora. Señora que, a Primo se le vino inmediatamente a la cabeza, era la propietaria de ese hotel Aurora en el que seguía alojándose el pintor, el lugar en el que este se refugiaba al término de su laboriosa jornada en busca de reposo, el lugar, además, donde debía dejar sin custodia, durante un lapso de tiempo que podía imaginarse lo suficientemente largo, el resultado de su jornada de trabajo. Primo tomó una decisión.

–Tengo que pedirle un favor –le dijo al aparej. Adamo, procurando imitar la voz que dobla en el cine a la mayor parte de los protagonistas de las películas policiacas–, una nimiedad, pero que indudablemente me convertirá en deudor de usted.

La capacidad de supervivencia del señor Adamo en un mundo tan malvado como el nuestro residía casi por entero en su instintiva percepción de cuándo debía decir sí y de cuándo debía decir no. De haber tenido la misma capacidad de intuir la diferencia entre lo moral y lo inmoral, muy probablemente el aparej. Adamo habría sido un hombre de bien, pero, como les decía Penélope a los pretendientes, hay que saber contentarse siempre.

De este modo, a partir de la tarde siguiente, mientras el pintor, al término de su jornada de trabajo, consumía su cena en el restaurante o veía un rato la televisión, el aparej. Adamo hacía un par de fotos con su modernísima cámara fotográfica, particularmente adecuada para reproducir todo lo que un hombre como él podía considerar interesante, desde un documento hasta una pareja que consuma un rápido acto sexual en el asiento posterior de un coche, pasando por los dibujos y bosquejos que el pintor acababa de completar o estaba realizando. Fotografías que llevaba rápidamente a Primo, quien las transfería a su ordenador. Una copia de esas imágenes se le entregaba más tarde a Proverbio, quien las sometía a la atención de sus compañeros de cartas, a los que había conquistado contándoles una historia bastante poco creíble, pero cuyo hechizo residía precisamente en el misterio que evidentemente ocultaba. Y, lo que ha de asignarse al mérito del artista, no pasaban ni cinco minutos antes de que todos se pusieran de acuerdo en establecer que «ese era el sitio donde la forestal ha plantado los castaños» o que «eso está justo encima de la casa de los Sasela, un metro más allá y podría verse».

Y la tercera vez que resultó que el pintor deambulaba por los alrededores de la casa de los Sasela, cuyo verdadero nombre era la familia Magni, marido, mujer y tres niños, todos bastante pequeños, Primo decidió que tal vez aquella fuera la ocasión que estaban esperando.

Capítulo XVII

Pavolone se aposta. Las insospechables ventajas de la actividad física. Una riña confusa y, en parte, indescifrable. El maestro improvisa.

El pintor solía salir del hotel hacia las nueve de la mañana, de modo que Primo y Pavolone se encaminaron un par de horas antes. El lugar que habían escogido para vigilar la actividad del pintor era una maraña de matorrales, de modo que a Pavolone no le quedaba más remedio que sacar la cabeza entre dos gruesas raíces y asomarse un poco para conseguir ver algo de cuanto ocurría por debajo de donde estaba. A su vez, el pintor se había buscado un sitio ideal, siempre que sus intenciones fueran tan perversas como Primo se imaginaba: desde allí podía ver el sendero, sin que desde el sendero pudieran verlo a él, y para llegar hasta allí no debía pasar por las cercanías de la casa. De cualquier forma, nadie hubiera podido acusarlo de nada, estaba dedicándose a la tarea para la que había venido al pueblo, dibujaba y pintaba, y lo hacía además bastante bien.

El primer día no ocurrió nada de lo que merezca la pena hablar; el segundo, Pavolone vio a alguien subiendo por el sendero, pero no fue capaz de distinguir de quién se trataba, ni le fue posible comprender, desde donde se hallaba, si era alguien que venía de la casa o directamente desde el pueblo, los dos senderos confluían aproximadamente doscientos metros más abajo.

De vez en cuando, Pavolone oía ruidos que provenían de la casa, voces amortiguadas, en otras ocasiones voces más sonoras, alguien que llamaba, alguien que respondía. La finca, varias hectáreas de terreno cultivado a la antigua, cuando en la Romaña dominaba por doquier el «sembradio arbóreo», se extendía en suave pendiente al otro lado del bosque, hacia la carretera principal, y su último trecho cultivado llegaba prácticamente hasta las puertas del pueblo. Dado, pues, que todas las actividades de la familia se desarrollaban en la parte de la casa más alejada del escondrijo de Pavolone, la posibilidad de ver a algún niño que viniera a curiosear por esa zona era incierta, había que tener mucha paciencia. Pero mientras que Primo estaba ya perdiendo la paciencia –al igual que Pavolone–, el pintor seguía tan libre y tranquilo como el rey de Prusia, dibujaba, pintaba, empaquetaba todas sus cosas y se las llevaba al hotel. En cuanto lo veía bajar, Pavolone llamaba a Primo y le avisaba. A esas alturas ni siquiera hacía falta ya que Primo se moviera de casa, Pavolone había aprendido a ir hasta la carretera por su cuenta y cuando aprendía una cosa, ya no la olvidaba.

Es sabido por todos que lo que más le importaba a Pavolone, inmediatamente después

del afecto de las gemelas y de la amistad de Primo, era la salud de su cuerpo. Por más que la maldita fortuna se la hubiera jugado, asestándole un trasero de dimensiones triples incluso respecto al más benévolo de los estándares, y pese a haber padecido el ignominioso sufrimiento infligido por un cirujano plástico incapaz y probablemente borracho, Pavolone no cesaba de contemplar con cierta complacencia su extraordinaria musculatura y no dejaba pasar ocasión para intentar revigorizarla y mantenerla entrenada. De este modo, haciendo caso omiso de los consejos que Primo le había embutido prácticamente en el cráneo –cuando veas que se marcha, mucho ojo, espera un momento antes de empezar a bajar tú también, y sobre todo, no te precipites, ese no es hombre que tenga prisa–, empezó a caminar a paso ligero, para pasar después a un trote cada vez más rápido, al tiempo que intentaba recordar lo que su instructor le decía a propósito del esfuerzo al que se someten los músculos de las piernas cuando se corre cuesta abajo. Y tan contento estaba de correr, y tan abstraído en recapitular las ventajas de la carrera cuesta abajo, que hasta había empezado a imaginarse que ese ejercicio le remodelaría los músculos de las nalgas; absorto por completo en tan agradables ensoñaciones, tardó en darse cuenta de haber adelantado, en una curva del sendero, al pintor, que se adentraba entre los árboles con toda la rapidez que le consentía el estar acarreado un grueso fardo. Fue solo un momento –el muchacho no era en el fondo tan estúpido–, pues Pavolone no tardó en percatarse de que en realidad ese fardo parecía más bien un monigote y de que, antes, el pintor no llevaba monigotes consigo, sino solo sus instrumentos, que ahora parecían haber desaparecido. Cuando Pavolone adquiría velocidad, no era fácil detenerlo, pero puso toda su buena voluntad, a costa de desgarrarse algún músculo, y un instante después estaba remontando el trecho de sendero y lanzándose en persecución del pintor, a quien alcanzó apenas veinte metros después de haberse adentrado entre los árboles. En ese momento, en cuanto estuvo a su espalda, Pavolone le soltó instintivamente las primeras palabras que se le vinieron a la boca, que fueron, por desgracia, «quieto, cabronazo», un error sobre el que más adelante tendría muchas ocasiones de volver. El cabronazo, que por volumen era aproximadamente una décima parte de Pavolone, pero que sin duda era más resuelto y malvado, se dio rápidamente la vuelta y lanzó el fardo–monigote que llevaba a hombros a los brazos de Pavolone, quien primero lo aferró, bastante sorprendido, y después empleó algunos instantes en comprender de qué narices se trataba, si de un ser humano, como se temía, o de alguna otra cosa. Concluyó que era un niño, pero había empleado un tiempo excesivo para su análisis, dejando de tal modo a su adversario toda la iniciativa. Así, lejos de todo propósito de huida, el pintor intentó salirse con la suya ante aquel hombretón, que a esas alturas se había declarado tan enorme como mentalmente retrasado.

Todos cometemos continuamente errores de valoración, que en la mayor parte de los casos nos llevan a soportar consecuencias no particularmente dramáticas, la fortuna ayuda a los audaces pero no deja en la estacada a los demás. Este, a decir verdad, no fue uno de esos casos, pero hacer previsiones a tal propósito hubiera resultado prácticamente imposible, tantas fueron las adversas y fortuitas circunstancias de las que el azar se sirvió para influir en los acontecimientos. Prefiero, en cualquier caso, describir estos específicos

acontecimientos sin comentarlos, pues quisiera que el lector se formara por sí mismo una idea de la acción de la fortuna, dado que mi opinión (considero a la fortuna estúpida e indigna de consideración y de respeto) podría influirle.

Así pues, mientras Pavolone estaba intentando comprender qué le había caído entre los brazos, el pintor tuvo todo el tiempo del mundo para sacar de uno de sus bolsillos una especie de largo puntero, muy fino y de aspecto extremadamente peligroso, con el que soltó una especie de mandoble que en sus intenciones había de llegar a la garganta de Pavolone. Este, sin embargo, habiendo concluido su primer análisis, estaba intentando determinar lo que le convenía hacer con el chico que tenía entre los brazos, si volver a tirárselo al agresor o depositarlo con cautela en el suelo, y acababa de decidirse por la segunda opción. Los acontecimientos, sin embargo, se estaban precipitando, porque aquel hombre al que él con tan poca fortuna había llamado cabronazo se le venía encima a gran velocidad y sujetando en la mano algo que se parecía mucho a un largo agujón. La mano izquierda de Pavolone se lanzó de forma natural en dirección al agujón, con la intención de apoderarse de él, pero calculó mal la distancia y el agujón le atravesó la palma en pleno centro.

Pavolone ya había conocido el dolor, ante el que reaccionaba generalmente de forma que algunos considerarían excesiva. En la práctica, eso fue también lo que ocurrió en esta ocasión porque, tras haber chillado un par de veces, Pavolone se enfrentó al pintor cogiéndolo por la cara con la mano ilesa y levantándolo del suelo. No resulta fácil coger a alguien por la cara y levantarlo del suelo, y aún menos mantenerlo en vilo después: la presa no es algo de lo más cómodo y hacen falta manos bastante grandes. En cualquier caso, esta era la situación: Pavolone, con un agujón clavado en la mano izquierda, que además le sangraba mucho, sostenía al pintor en vilo, bastante en alto, con una extraña presa «de cara». Solo Dios sabe cuál habría sido el siguiente gesto de Pavolone si el otro se hubiera quedado quieto, probablemente lo habría dejado caer o lo habría tumbado junto al chico. Pero el desventurado no estaba quieto en absoluto, pataleaba con todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo y alguna de las patadas alcanzó a Pavolone.

El umbral de resistencia al dolor de este, como creo haber dejado suponer, era más bien modesto y, en este caso concreto, había superado los límites extremos. Dicho en otros términos, Pavolone no tenía la menor intención de seguir recibiendo patadas. Así pues, no pudiendo confiar en una particular capacidad de persuasión, sin dejar de sostener bien al pintor por encima del suelo, Pavolone primero le propinó una solemne sacudida y después, al no constatar resultados significativos, le golpeó la cabeza contra el árbol más cercano, con cierta violencia. El pintor dejó inmediatamente de contonearse y de patalear y su cuerpo se relajó por completo, como suele ocurrirles por lo general a las personas que pierden el sentido. Satisfecho, Pavolone se decidió por dejarlo en el suelo, cerca del cuerpo aún inmóvil del chico, y, en el trayecto, lo increpó con el término que hubiera querido emplear en los primeros momentos de su enfrentamiento, cuando desafortunadamente solo le salió la palabra «cabroncete»: «¡Ya estarás contento, energúmeno!». Pero las sorpresas, esa tarde, parecían no acabar nunca, porque, mientras Pavolone se disponía a depositar en el suelo el cuerpo del energúmeno, apareció,

viniedo directamente desde el sendero, nada menos que el maestro, que en teoría no tenía nada que ver con todo lo que estaba ocurriendo allí. Pavolone lo observó con recelo, no tanto por lo peculiar de su presencia en aquel lugar como por el hecho de que sostenía sobre su cabeza, con ambas manos, una enorme roca, con la evidente intención de dejarla caer sobre la cabeza de alguien. La velocidad que el maestro logró alcanzar en el breve tramo, pese a todo, que separaba el sendero del lugar donde había empezado a deponer en el suelo al pintor sin sentido fue tal que no resultó posible detenerlo ni impedir que alcanzara su objetivo. La reacción de Pavolone llegó con módico retraso, pero se presagiaba igualmente eficaz.

De manera que hubo dos ruidos consecutivos, muy próximos el uno al otro: el primero, causado por la roca que golpeaba la cúspide del cráneo del pintor, recordó al chasquido de una nuez al quebrarse; el segundo, debido al bofetón que Pavolone propinó al maestro, alcanzándolo en plena nariz, recordó mucho al ruido de una nariz cuando se hace pedazos. De este modo, cuando la policía, tras ser avisada por Primo, llegó al lugar de los hechos, se encontró con un muchachote de casi dos quintales que observaba con mucha preocupación su mano izquierda, en la que tenía clavado un agujón de al menos veinte centímetros de longitud que la traspasaba de lado a lado; un chiquillo de diez o doce años que parecía despertarse de una suerte de intoxicación; el maestro de escuela, que intentaba taponarse una impresionante epistaxis; y el pintor, decididamente muerto.

Capítulo XVIII

Y ahora conviene recoger las teselas. Las explicaciones del maestro. El silencio del veterinario. La verdad según Macbetto.

Ahora convenía recoger todas las teselas del mosaico y colocarlas una por una, confiando en que al final no quedarán huecos o se descubriera que con alguna tesela no se sabía en absoluto qué hacer. Todo esto, como es natural, concediéndose también esos grandes suspiros de alivio, esas palmaditas en la espalda y toda esa complicada parafernalia de guiños y muecas que el hecho de haberse librado por fin de una pesadilla necesariamente autoriza.

Lo primero que había que hacer, sin embargo, una vez devuelto el chico al seno de su aterrorizada familia, hechas las oportunas radiografías a la nariz del maestro (fractura compleja de los huesos nasales, se recomendaba intervención quirúrgica) y extraído el agujijón de la mano de Pavolone, era aclarar la primera y la menos comprensible –a primera vista, por lo menos– de las circunstancias: la presencia del maestro en el lugar del frustrado intento de rapto. El juez encargado de cerrar la investigación estaba, en efecto, notablemente irritado con él, hasta el extremo de darle vueltas a una posible incriminación por homicidio. De acuerdo con que había intervenido en defensa de Pavolone; de acuerdo con que en momentos como esos es más que normal carecer de la lucidez necesaria para hacerse cargo de la situación, especialmente si las circunstancias son insólitas; de acuerdo con el hecho de que el agujijón clavado en la mano de Pavolone podía ser interpretado, con el nerviosismo del momento, como una señal de las dificultades en las que se hallaban los buenos y de la posibilidad de que estuvieran saliéndose con la suya los malos. Pero era difícil olvidar el hecho de que un cuerpo flácido que cuelga de la mano de un gigante no se aviene con ninguna idea lógica y natural de riesgo, y para imaginar que Pavolone necesitaba auxilio hacía falta bastante imaginación. Además, *last but not least* (al magistrado le gustaba introducir aquí y allá algunas frasecillas en inglés), no podían pasarse por alto las consecuencias de una intervención tan evidentemente superflua: muchas cosas iban a quedarse en el terreno de la duda, porque ya no había quien pudiera aclararlas; no solo era posible, sino incluso probable, que el pintor tuviera un cómplice, o por lo menos alguien que hubiera colaborado, involuntariamente acaso, en la ejecución de los crímenes, y ese alguien, dadas las circunstancias, tenía bastantes posibilidades de salir indemne.

El maestro parecía muy preocupado por haber puesto patas arriba una situación que –

ahora lo entendía— Pavolone tenía completamente bajo control, y estaba también algo asustado, o por lo menos eso decía, por la actitud hostil que el juez había adoptado hacia él, pero, por todos los santos, pedía también a quien le acusaba que se pusiera en su pellejo, no estaba en el fondo tan clara la situación que él se había encontrado al llegar por el sendero, la herida en la mano de Pavolone podía hacer pensar que el muchacho estaba en condiciones de inferioridad y luchando por su vida, él había ido a socorrerlo por instinto, ahora se daba cuenta de que no se merecía una medalla pero un poco de comprensión, al menos eso, por favor.

El interrogatorio del maestro estaba desarrollándose con ciertas dificultades —el juez y él habían empezado a hacerse desaires mutuos— desde hacía un par de horas, mientras la policía seguía intentando entender algo más, indagando en la vida y eventuales milagros del pintor, cuando se verificó un hecho nuevo que complicó ulteriormente una historia que ya de por sí era lo bastante compleja. Pero vayamos por orden.

La idea de un posible cómplice que, una vez muerto el pintor, nadie estaría ya en condiciones de identificar, se le había metido en la cabeza al juez Macbetto, quien, tras haber examinado de nuevo los hechos con la necesaria atención y a la luz de los recientes acontecimientos, había llegado a la conclusión de que no era posible de ninguna manera que el responsable de todo lo que había ocurrido en el pueblo en los últimos meses fuera un solo hombre. Se había convencido también de que la búsqueda de un cómplice era ya una empresa desesperada, el único que podía saber su nombre había acabado en el reino del más allá. No queriendo darse todavía por vencido, y por cabezonería, sobre todo, Macbetto había decidido hacer un último intento, aun a costa de quedar a la altura del betún. Su razonamiento fue muy sencillo, aunque no por ello carente de racionalidad: había excluido que el cómplice pudiera ser alguien del lugar, lo que carecería de sentido; hizo la lista de las personas que habían ido a vivir al pueblo recientemente, una lista muy breve que comprendía solo tres nombres: Primo, el aparej. Adamo y el veterinario; excluyó a Primo porque era amigo suyo, y al aparej. Adamo porque le había echado una mano a Primo fotografiando los cuadros del pintor; solo le quedaba el veterinario.

De esta manera, mientras el juez interrogaba al maestro, Macbetto decidió ir a charlar un rato con el veterinario, confiando en pillarlo desprevenido y contando con el hecho de que verse frente a un agente huraño y receloso cuando quizá creyera haberse ya ganado la puerta de salida pudiera ponerle en apuros.

El veterinario se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo periódicos deportivos, lo que podía ser interpretado de dos maneras: era un lector muy lento; se leía hasta los anuncios por palabras. Esta ceremonia de la lectura se desarrollaba por lo general al aire libre, por lo menos cuando no llovía, y en tal caso, todo el mundo podía ver al veterinario sentado delante de la puerta de su clínica; en caso de mal tiempo, se trasladaba al interior y se quedaba sentado en el pequeño recibidor de entrada, generalmente con la puerta abierta, visible así también para quien pasaba por la calle. Si no estaba allí, leyendo sus periódicos, es que tenía algún cliente, o estaba en el bar, o se había ido a dormir. Clientes, desde que abrió la clínica, no es que hubiera tenido muchos; por allí, la cura más popular para un gato enfermo era la eutanasia, practicada

directamente por su dueño. Al bar iba dos veces al día, la primera para tomarse un café, la segunda para tomarse un aguardiente, a horas fijas. Paseos por el bosque, por lo que se sabía, nunca había dado.

Sabiendo todo esto, Macbetto se sorprendió bastante al no encontrarlo por ningún sitio. Los vecinos, por su parte, llevaban un día por lo menos sin verlo. Nadie lo había visto marcharse, el coche estaba aparcado en el lugar de siempre, al autocar de línea no había subido. Uno no trabaja de policía y, sobre todo, no hace carrera en el cuerpo si no tiene, de vez en cuando, una buena intuición, y en esas circunstancias Macbetto intuyó que había algo poco claro. La puerta de la clínica estaba cerrada y por los dos ventanucos no se veía gran cosa, solo el pequeño vestíbulo y la escalera que llevaba a las dos habitaciones en que vivía el veterinario.

La casa tenía un jardín en la parte posterior, al que se accedía a través de una pequeña verja de madera, que cerraba, por decirlo de algún modo, una empalizada en bastante mal estado. Tras cruzar el jardín, descuidado y lleno de malas hierbas, Macbetto descubrió que la puerta de atrás solo estaba entornada. Hizo algo de ruido, llamó varias veces en voz alta al veterinario, y después entró. El dueño de la casa estaba allí, sentado en el suelo al lado de la puerta, con la cabeza reclinada; había sangre por el suelo, que le empapaba también toda la camisa, y a Macbetto le pareció como si toda esa sangre hubiera salido de un agujero diminuto, alguien lo había herido con algo que podía imaginarse largo y fino, Macbetto pensó enseguida en el aguijón clavado en la mano de Pavolone.

A Macbetto no le quedaban ni ganas de protestar, era evidente que todas las contrariedades le tocaban a él. Pidió refuerzos, que llegaron con rapidez, afortunadamente todos sabían lo que tenían que hacer con gran profesionalidad. Pero toda esa profesionalidad no sirvió de mucho, los vecinos no habían visto nada, el asesino, quienquiera que fuese, no había dejado el menor rastro de su paso. Macbetto fue a contárselo al juez, que reaccionó como si temiera que alguien, antes o después, fuera a endosarle la responsabilidad de todo aquel desorden y continuó, con la misma grosería que hasta ese momento, interrogando al maestro.

Al día siguiente, todos estos hechos ocuparon un lugar destacado en los periódicos y las televisiones emitieron incluso reportajes especiales. Para enorme rabia del juez, el programa de tertulias más famoso de la televisión se garantizó la presencia del maestro, quien se comportó muy correctamente, habló poco y no se dejó arrastrar ni a conjeturas ni a comentarios impropios. En los días sucesivos, como es natural, el interés de los medios de comunicación disminuyó y, ante la ausencia de hechos nuevos, acabó desapareciendo.

La investigación, como es natural, había proseguido aunque no fuera más que por inercia. La autopsia había llegado a la conclusión definitiva de que al pintor lo había matado el maestro con ese golpe en la cabeza, pero el juez no se sentía capaz de incriminarlo aún, tenía la impresión de que la opinión pública no apreciaría una decisión semejante. El veterinario había sido asesinado, efectivamente, de una cuchillada en el

corazón, pero el arma del crimen no era el aguijón, sino un cuchillo de cocina que acabó siendo encontrado en el baño, cuidadosamente lavado, sin huellas.

A fuerza de indagar, por fin alguien consiguió encontrar un nexo entre el pintor y el veterinario. Este último había tratado a no se sabe bien qué animal de compañía de la madre del pintor, un animal por el que la vieja señora sentía un profundo amor. Dado que la vieja señora vivía sola, nadie se dio cuenta, por lo menos durante cierto tiempo, de que había abierto las puertas de su casa al veterinario, quien, tras conquistar su confianza, supo ganarse también las llaves de su bolso. Cuando las hijas se decidieron a averiguar dónde metía su madre todo ese dinero que retiraba de los bancos, las cosas se complicaron ulteriormente, puesto que nuestro buen veterinario empezó a llevarse también algunos objetos de la casa, pequeñas gratificaciones justificadas por su asidua y generosa asistencia, un cuadro hoy, un reloj antiguo mañana. De manera que a las hijas, puestas sobre aviso por un amigo director de banco y por la servidumbre, se les ocurrió hacer partícipe a su hermano, es decir, a nuestro pintor, quien, en vez de denunciar el caso a la policía, hizo que se le restituyera gran parte de los objetos tomados en préstamo y decidió después echar tierra al asunto. Se decía –y era algo más que un simple rumor– que entre los dos hombres había nacido más tarde una suerte de estrafalaria amistad: el pintor no sentía especial simpatía ni por su madre ni por sus hermanas y, una vez recuperadas las cosas de las que el veterinario se había apropiado, había descubierto que no tenía otros motivos de resentimiento hacia él.

Con ciertas dificultades –no todas las teselas encajaban debidamente–, los investigadores estaban muy cerca finalmente de ver la luz y de colocar la palabra fin a aquella larga, intrincada, dramática sarta de acontecimientos. Macbetto, que había llegado a imaginar que su carrera iba a verse fuertemente comprometida por este fracaso, se sentía por fin a salvo; Primo, que no tenía intereses en juego, seguía pensando que las cosas no cuadraban tan bien como él hubiera querido y no participaba de la satisfacción general.

Cuando Macbetto consideró que había llegado a la conclusión de las investigaciones, hizo que Maria le invitara a cenar, pues estaba ansioso de exponer su informe final a Primo.

–En realidad –le dijo–, nuestras intuiciones eran exactas, el problema nacía del deseo de venganza del pintor que, es evidente, consideraba al padre Vittorio responsable de la muerte de su hermano. De este afán de venganza, de ese odio tan profundo como para hacerle olvidar cualquier clase de sentimiento humano, debía de estar informado el obispo, quien intentó alejar a su secretario, mandándolo hasta aquí, donde confiaba en que nadie lo siguiera. No fue así, pero ese aspecto del caso no conseguiremos aclararlo del todo nunca, a menos que alguien le sugiera al comisario que vuelva a hablar con el obispo. Alguien, no yo.

»Lo que intentaba obtener el pintor del padre Vittorio no lo sabemos, el padre Vittorio no habla de ello, el pintor está muerto, debemos imaginárnoslo: supongo que querría una confesión pública, un escándalo que involucrara a la Iglesia, empezando por el obispo, que conocía los hechos y nunca los denunció. El arma del chantaje debían ser los niños

que morían, de cada uno de los cuales el padre Vittorio había de sentirse responsable, antes o después cedería.

»Podemos preguntarnos hoy si el miedo al escándalo puede justificar ese silencio, una cuestión ardua; pero no tenemos todos los elementos necesarios para dar una respuesta, si te acuerdas, estábamos convencidos de que andaba de por medio el secreto de confesión, podría ser así, otra de las cosas que nunca sabremos.

»Cómo consiguió el pintor involucrar a su extraño amigo, el veterinario, podemos suponerlo: había una relación de amistad entre ambos, el veterinario debía sentir aunque solo fuera un mínimo de gratitud hacia el otro, quien no lo había denunciado cuando podía haberlo hecho; ni el uno ni el otro estaban dotados de un sólido sentido moral, un buen principio para toda clase de complicidades. Además, el pintor nunca le pidió al veterinario que cometiera delitos graves, piensa en el intento de raptar a Beatrice, cuyo único fin era remover las aguas; piensa en el niño raptado y abandonado después, todos estábamos convencidos de que el delito fue evitado casualmente, a causa del ruido de alguien que se acercaba, pero en realidad no hubo nadie que se acercase, el veterinario esperó a que el chico se despertara para poder dar esa falsa impresión. Estaba más que decidido a dejarlo allí desde el primer momento.

»Quedan dos cosas por explicar. La primera es el asesinato del veterinario, que el sentido común, aunque no las pruebas objetivas, nos lleva a atribuir al pintor. Naturalmente, puede haberlo hecho por muchas razones, pero yo creo que ya no se fiaba. La amistad entre personas como esas tiene ese defecto fundamental, que desde luego no se alimenta de confianza. El pintor debía de saber cómo entrar en casa del veterinario sin que le vieran; el otro, es evidente, no tenía razones para desconfiar. Y además, como has visto, al pintor le gustaban los cuchillos.

»El otro problema es el del maestro, cómo estaba allí arriba justo en aquel momento. Su versión tiene la virtud de la simplicidad y el defecto de la incoherencia, desconfío siempre de los relatos en los que el protagonista es la casualidad. Él dice que desconfiaba del pintor, que vigilaba los lugares donde este iba a pintar y en especial los que se hallaban cercanos a las casas, que la suerte quiso que pasara por ese sitio justo en ese momento, una combinación de acontecimientos muy próxima al absurdo, y tal vez por eso vagamente creíble. En otras circunstancias, al maestro le habría sometido a un tercer grado digno de Torquemada; tal y como han ido las cosas, me parece más un estúpido que un potencial asesino.

»Por último, queda por aclarar cómo se desarrollaron exactamente las cosas en el bosque. He estado allí, he inspeccionado todos los lugares, si se tiene un poco de paciencia la escena habla por sí misma. El lugar que el pintor escogió para pintar era el único desde el que se veía un trocito del sendero que subía hasta la casa, antes del cruce. El pintor sabía que por ese lado de la casa no aparecería nadie, toda la familia estaba acostumbrada a vivir y a trabajar en el otro lado, tenía que limitarse a esperar a que alguien, un chico probablemente, volviera a casa solo. En ese momento, le bastaba con bajar y...

»Ten en cuenta que este será mi informe final y que el caso se archivará sin duda

alguna. ¿Qué opinas?

Primo opinaba que un informe que contiene más hipótesis que certezas no debería ser archivado por principio, pero él era escritor, no policía, todo este asunto no le incumbía, y se guardó sus opiniones para sí mismo.

Capítulo XIX

¿Dónde se sitúa el sufrimiento? Pero, entonces, ¿de quién es la vida? Primo experimenta una profunda emoción.

El sufrimiento ocupa un amplio espacio en la memoria de las personas directamente afectadas, espacios diminutos en la memoria de los demás; las primeras no consiguen encontrar, durante mucho tiempo, un lugar libre de recuerdos dolorosos en el que refugiarse; para los demás, la compasión tiende rápidamente a convertirse en molestia. Eso era lo que estaba ocurriendo en el pueblo, a medida que los días pasaban y el verano dictaba sus personales colores a los árboles y a los prados. La gente hablaba cada vez menos de cuanto había ocurrido, quería olvidar. Pero el dolor había anidado en el corazón de algunas personas y de esos corazones no parecía querer moverse.

Primo iba de vez en cuando a visitar a la Mariuccia y a la Ersilia, que siempre parecían muy contentas de verlo. Se sentaban un rato, bajo el porche, las mujeres le ofrecían un vaso de vino, no hablaban mucho, recordaban sobre todo; Primo apenas notaba ya los malos olores de la pocilga.

La Ersilia había vuelto a su trabajo en el pueblo y con eso conseguía distraerse un poco, su dolor no tenía asperezas. La Mariuccia seguía cultivando en su interior el mismo odio de los primeros días. Estaba convencida de que las investigaciones no lo habían aclarado todo y no perdía la esperanza de que Primo tuviera alguna novedad, un nuevo culpable en el que descargar su rabia.

En casa todo había vuelto a la perfecta fisiología. Beatrice no parecía conservar ni rastro de la enfermedad, Maria estaba serena y había vuelto a canturrear canciones romañolas mientras cocinaba, Proverbio estaba muy atareado organizando un campeonato de *maraffone* que contaba ya con la aprobación de la municipalidad montañesa local y que involucraría a algunos pueblos limítrofes. La mano de Pavolone estaba ya curada, algo que el propio Proverbio consideraba muy importante, dado que, en su opinión, hacían falta ambas manos para pasar las páginas de los tebeos.

Más o menos dos semanas después de los últimos acontecimientos, mientras volvía a casa para cenar, Proverbio vio una vez más al maestro salir de la iglesia. Se lo contó a Primo, salpicándolo con un par de observaciones mordaces, a Proverbio no le gustaban los chaqueteros, imagine el lector lo bien que le caían los convertidos. Esa noche en particular, insistió en reiterar su vieja intención de llamar al cura y abrazar la fe en cuanto se diera cuenta de que la muerte estaba a punto de llevárselo con ella, con la finalidad de

que se salvara un ateo (¡son tan pocos!) y Muriera, en su lugar, un católico (¡con lo antipáticos que son!).

Después de cenar, Primo se dejó convencer para jugar una partida de *terziglio* con la Maria y Proverbio, se había pasado todo el día trabajando, se sentía desganado y ceñudo. Fue en plena partida cuando recibió la llamada del padre Vittorio. Fue una larga conversación telefónica, una conversación larga y dramática.

–¿Puede dedicarme un rato? –preguntó el padre Vittorio, con la voz algo baja, pero que a Primo le pareció más serena de lo habitual.

–Claro que sí. Me acerco a verlo. Es un momento.

–No, eso no, precisamente lo que no quiero es que venga usted. Solo le pido que me escuche. Hay algo muy importante que tengo que decirle a alguien y he decidido decírselo a usted.

–¿A mí? –preguntó Primo, bastante sorprendido–, ¿está seguro de que quiere decírmelo a mí? ¿Por qué a mí precisamente?

–Creo –dijo el padre Vittorio– que es usted la única persona que podrá hacer buen uso, discretamente, de lo que voy a decirle. Por la impresión que he sacado de mis encuentros con usted, creo que no solo es un hombre inteligente, sino también una buena persona. Tengo necesidad de hablar con una buena persona. No ha sido una decisión fácil.

Había cierta impaciencia en la voz del padre Vittorio, de modo que Primo decidió limitarse a escucharle y no volver a interrumpirle. Sentía curiosidad, pero también algo de temor. No hubiera sabido explicar por qué.

–Usted conoce mis terribles culpas –prosiguió el padre Vittorio; en su voz ya no había inquietud, pero parecía estar escogiendo las palabras con mucha atención–, el pecado del que me he manchado y que casi ha condenado mi alma. Fue una especie de locura, unos cuantos días en los que perdí completamente la capacidad de controlar mis acciones, de distinguir el bien del mal. Buscaba justificaciones absurdas a lo que estaba haciendo, excusas infantiles, pero que entonces me parecían lógicas y racionales. Cuando me desperté de aquella pesadilla comprendí la enormidad de mi error, me di cuenta de todo el daño que había causado. Hablé con el obispo. Le pedí que fuera despiadado conmigo, cualquier castigo resultaría demasiado benévolo. Me dijo que no, me dijo que mi castigo estaba ya dentro de mí, bastaba con mi sufrimiento, con mi incapacidad de sentir compasión por mí mismo, con la imposibilidad de borrar ese recuerdo. ¿Me escucha?

–Le escucho perfectamente –contestó Primo–, es que no quiero interrumpirlo. Lo único que me pregunto es si de verdad es a mí a quien debe contarle todas esas cosas.

–Sí, ya lo entenderá. Déjeme que siga. Verá, han sido años de enorme sufrimiento. Intenté castigarme yo solo, con todos los métodos que no llamaban la atención de los demás. Jamás me concedí nada. Pero jamás dejé de sufrir.

Se produjo un breve silencio, después el padre Vittorio continuó, ahora la emoción era muy intensa en su voz.

–Después, un día, tras años de silencio, vino a verme ese a quien llamáis el maestro, uno de los dos niños. Yo no había vuelto a verlos, pero lo sabía todo sobre ellos y el desorden de sus vidas era otro motivo de sufrimiento. Uno de ellos había muerto poco

antes por una sobredosis. Del segundo sabía que estuvo mucho tiempo manifestando una suerte de rencor en relación con todo lo que tenía que ver con la Iglesia, pero que recientemente parecía haber renegado de ese periodo de su vida.

»Vino a verme, me pidió que lo confesara, cuando vio que yo vacilaba me dijo que no podía negarme, que sabía perfectamente que no podía negarle nada. De modo que acepté confesarlo.

Ahora Primo sentía una gran desazón, no consideraba adecuado que un sacerdote hablara de esas cosas. Por otra parte, no era capaz de comprender aún adónde quería ir a parar el padre Vittorio.

El sacerdote parecía haberle leído el pensamiento.

–Esto es todo lo que puedo contarle, el resto debe entenderlo por su cuenta, lo conseguiré, estoy seguro. Pero ahora yo debo detenerme. Después...

Hubo un ruido extraño, al otro lado de la línea, una especie de sollozo. Pero el padre Vittorio siguió hablando de inmediato, la voz era más firme, decidida.

–Después el obispo me mandó a este pueblo, y después se produjeron los homicidios, esos pobres niños inocentes... Ahora todo el mundo está convencido de que el caso está cerrado, resuelto, que ya no habrá más crímenes... No sé si usted también es de ese parecer. ¿Es así?

–No –dijo Primo–, yo no.

–Ya me lo imaginaba –prosiguió el sacerdote–, estaba seguro de ello. Porque, verá usted, Primo, esto no se ha terminado. No se ha terminado en absoluto. Volverá a empezar. Pero yo puedo poner fin a este horror. Solo yo. –Pero quién... –las palabras le salieron solas de la boca

a Primo, aunque se interrumpió enseguida: sabía que no podía hacer preguntas, sobre todo esas preguntas.

–No –el sacerdote había captado el significado del repentino silencio de Primo–, ya se da usted cuenta por sí mismo, no le he llamado para decirle nombres o contarle hechos. Le he llamado para decirle lo que he decidido hacer yo, para explicarle las razones de mi decisión y para hacerle comprender también por qué he tardado tanto. No ha sido fácil.

Hubo un silencio, un silencio más largo que los demás, esto debía de ser lo más difícil de decir, quizá el padre Vittorio vacilara. Pero no era así.

–Que todo vuelva a empezar o no depende solo de mí. Depende de una decisión que he de tomar, una decisión terrible para un hombre de fe. Pero, si vivo, los homicidios volverán a empezar. Si en cambio yo ya no existiera...

Primo intentó mantener firme la voz, le había asaltado un gran desasosiego.

–Usted no debería ni tan siquiera pensar en algo así. Usted no. Usted no puede disponer de su vida...

–¿Y de verdad cree que no me he mortificado con tales pensamientos? ¿De verdad cree que no sé que la vida es un don de Dios y que nadie tiene derecho a desprenderse de ella, sean cuales sean las desventuras a las que uno se enfrente? No, Primo. Hace meses que pienso en el significado de este don. Quien dona se resta algo a sí mismo, disminuye, se priva de ese inmenso o mínimo valor que asignamos a la existencia. Y ese

valor se nos confía. De cuánta ingratitud me cree capaz...

–Pues entonces no puede, no me confunda con las palabras, usted, simplemente, no puede...

–Pero no es esa mi conclusión, Primo. Mi conclusión es que no podía, hasta ayer no podía. Y ahora puedo. Quizá hasta deba. Debe usted intentar comprenderme, Primo. Hasta ayer mi decisión habría estado basada en mi sufrimiento, era incapaz de arrancarla del centro de mis pensamientos. El drama de esos niños tan horriblemente masacrados me causaba un dolor intolerable, habría hecho cualquier cosa para poner fin a sus sufrimientos y a los míos. Hoy por fin puedo pensar solo en los sufrimientos de esos pobres pequeños, he conseguido situarme fuera de la escena. Creo que lo que se me pide hoy es que haga, por ellos, el mayor de los sacrificios posibles, un acto oblativo sin comparación, que pone incluso en riesgo mi propia salvación. Es posible que esté renunciando, en este momento, a mi salvación. Verá, Primo, por mucho que contemple el interior de mi corazón, no consigo sentirme el carnicero de mi propia carne. Mi fe y mi buena fe son absolutas.

–No –dijo Primo con ímpetu–, todo esto es una tontería y debe usted detenerse, sea lo sea eso que tiene intención de hacer. Usted lo que tiene que hacer es ir, de inmediato, a hablar con su obispo...

–Lo más que puede pedirme el obispo es que rece, no puede ayudarme. No, esto empezó por culpa mía y soy yo quien tiene que ponerle fin. Dios me juzgará, juzgará mi buena fe...

Primo intentaba encontrar alguna forma, una forma cualquiera, para detenerlo, comprendía que no le quedaba mucho tiempo. Tal vez el cura estuviera llamando desde la sacristía, si conseguía entretenerlo un rato al teléfono, habría tiempo de llegar hasta allí, Proverbio, la propia Maria...

El padre Vittorio no le dejó tiempo para completar su plan.

–Me gustaría que le contara usted al obispo esta conversación nuestra, yo no puedo llamarlo, sería una emoción demasiado fuerte para ambos.

Se produjo un breve silencio, Primo oyó un ruido, parecía agua corriendo...

–Es extraño –dijo el sacerdote, con la voz apenas resquebrajada por la emoción–, ahora tengo miedo.

Hubo un ruido fuerte, una especie de chasquido, y después el teléfono se quedó mudo.

Primo aguardó unos instantes antes de levantarse, no quería mostrar su turbación, siempre tuvo un intenso sentido del pudor cuando se trataba de los sentimientos. Después llamó a Proverbio, que había intentado en vano entender algo y ahora lo miraba entre curioso y preocupado.

–Vámonos a la iglesia, ha ocurrido una desgracia.

–¿Quién te lo ha dicho? –le preguntó, irritado, Proverbio.

–Lo sé –dijo Primo. Sentía ganas de llorar y las reprimió dando una fuerte patada contra la pared, que le hizo ver las estrellas.

Capítulo XX

De la catarsis, o purificación. Historia de tres agujones. Concluye Primo...

El padre Vittorio fue hallado muerto en su bañera, muerto fulminado por el secador que, con toda evidencia a causa de un trágico accidente, se le había caído en la bañera. Debía de estar hablando con alguien, pues el móvil acabó también en la bañera.

Las circunstancias eran algo extrañas, no había motivo para encender el secador, el padre Vittorio no se había lavado aún la cabeza, de modo que se optó por realizar una autopsia, que no ofreció resultado útil alguno: el padre Vittorio no había comido y, además, era abstemio; no había razones para iniciar una verdadera investigación. Sus restos mortales fueron enterrados en el cementerio de la ciudad, en donde el sacerdote tenía una tumba familiar. De regreso del funeral, Primo solicitó hablar con el obispo, tenía algo que referirle, había sido la última persona en hablar con el padre Vittorio. El obispo lo recibió en seguida y fue él mismo quien planteó el tema del suicidio, no había margen para hipocresías. Una vez que Primo acabó de contarle su última conversación, el obispo le preguntó si creía en Dios. Primo le contestó que no, que no era creyente. Sin embargo, le dijo el prelado, el padre Vittorio quiso dirigirle a usted sus últimas palabras.

—Creo que le debo una explicación, debo explicarle por qué he consentido un sepelio religioso —añadió el obispo—, no soy tan ingenuo como para no haberme dado cuenta de que se trataba de un suicidio. Para todos nosotros, el gesto del padre Vittorio no puede dejar de suscitar reprobación, es un terrible error, es como si hubiera muerto blasfemando. Ni siquiera yo, que lo conocía tan profundamente y que lo amaba como a un hijo, puedo evitar la condena de su postrera decisión. Pero yo he sido testigo de estos años de sufrimiento, del calvario que ha debido padecer aunque solo fuera para vivir en paz consigo mismo. Al final, su lucidez lo ha abandonado. Creyó que la decisión de sacrificarse por amor hacia los demás, de colocar en el centro de su vida el sufrimiento ajeno y no el propio, podría legitimar su gesto. Según lo juzgo yo, un terrible error, por más que cometido de buena fe. Pero estoy convencido de que nuestro creador, que es también nuestro único juez verdadero, tiene criterios distintos para juzgarnos.

Primo no estaba seguro de haber entendido bien ni de haberlo entendido todo, y su naturaleza de anticlerical geográfico (ya se sabe, la Romaña...) le inducía a sospechar que lo que la Curia intentaba evitar era, sobre todo, el escándalo. Pero el obispo le había parecido sincero e indudablemente lo había visto muy conmovido, lo mejor era no juzgar.

El domingo siguiente, el viejo padre Michele ofició una misa en memoria del padre Vittorio, y Primo acudió, con Maria, las niñas, Pavolone y hasta Proverbio, quien fingía mostrarse reluciente. Al salir de la iglesia, vio al maestro que se estaba alejando a paso rápido y lo detuvo.

–Ya sé que está a punto de marcharse –le dijo–, me gustaría intercambiar unas palabras con usted antes de que deje el pueblo, creo tener algo que decirle.

–Estaré encantado –contestó el maestro–, dígame cuándo le viene mejor.

–Aprovechemos el domingo –dijo Primo–; esta tarde voy a ir a visitar a esas dos pobres mujeres, en e Sdalétt, ya sabe usted dónde está. Reúnase allí conmigo cuando quiera, antes del atardecer. No habrá nadie, podremos hablar en paz.

El maestro se mostró de acuerdo, le sonrió y se despidieron.

Primo se detuvo apenas unos instantes en casa y volvió a marcharse, quería llegar a casa de las dos mujeres lo antes posible. Allí le dieron algo de comer –un poco de jamón, un trozo de queso, un vaso de vino–, y después Primo esperó a que la Ersilia fuera a echarse una siestecita para hablar a solas con la Mariuccia. –Un poco más tarde vendrá el maestro, he quedado con

él aquí. Podría ser una conversación interesante, difícil, pero interesante.

–¿Por qué aquí? –preguntó la Mariuccia.

Primo la miró. Era casi imposible descubrir sus pensamientos, su cara parecía hecha de cuero, un cuero en el que habían ido abriéndose paso el tiempo, el sol, el cansancio. Quién sabe si habrá sido guapa alguna vez, se preguntó Primo. Ahora no era más que una vieja campesina a la que le habían robado todos sus sueños, una vieja fuerte aún, que hacía el trabajo de un hombre, pero que no tenía ya razones para seguir tirando.

–Le he pedido que viniera aquí porque tenemos cosas que decirnos y porque creo que algunas de las cosas que nos diremos podrían interesarle a usted también, Mariuccia.

Ella lo miraba, con gesto concentrado.

–¿Quiere que esté yo también presente, mientras hablan? –preguntó.

–No –contestó Primo.

–Pero le gustaría que escuchara.

No era ya una pregunta, era una constatación, la Mariuccia había entendido.

–¿Sería posible? –preguntó Primo.

–Sí. Pónganse a hablar en el porche, delante del establo. Hay unas sillas, puedo llevarles un poco de vino. El establo está vacío y no huele tan mal como al otro lado de la casa, allí los cerdos se notan más.

Salió de casa la Ersilia, que bajaba al pueblo para la bendición de la tarde. La vieja le dijo algo, con pocas palabras: la Ersilia se despidió de Primo, mirándolo con curiosidad.

–Esta noche no volverá, se queda a dormir en casa de una sobrina mía, mañana tiene que ir a trabajar. Nadie les molestará.

Primo había cometido el error de no traerse ni un libro ni un periódico, solo podía quedarse sentado y pensar, para dar una vuelta por la era hacía demasiado calor. El maestro se dejaba querer, las horas pasaban, Primo empezaba a temer que no se presentara.

Sin embargo apareció, cuando eran casi las seis de la tarde, se había levantado algo de viento y el calor se hacía más soportable.

–Madre mía, qué olor más desagradable –fue su primer comentario–, no creo que vuelva a comer jamón en toda mi vida.

Primo lo acompañó a la parte trasera de la casa, al porche, donde había algunas sillas de enea y, sobre una de ellas, dos vasos y una jarra de vino tinto, local, sin duda. De la Mariuccia no había ni rastro.

Primo llamó a Proverbio al móvil, ese retraso del maestro no le había gustado, quería tomar ciertas precauciones básicas.

–*Sa vut?*⁸ –le preguntó el viejo, evidentemente molesto, se veía que estaba jugando a las cartas.

–Estoy aquí arriba en e Sdalétt, con el maestro –dijo Primo–, estaremos aquí una hora o dos, ya sabes que tengo problemas de equilibrio, como siempre cuando se hace de noche. Ven a recogerme hacia las ocho, para acompañarme a casa.

–*A sit matt?*⁹ –replicó Proverbio.

–Sí, completamente, eso es –concluyó Primo.

Y ahora podían empezar a hablar. Primo decidió no jugar a los diplomáticos, que no era su juego preferido, le gustaba mucho más enseñar sus cartas. De modo que le contó lo que se dijeron, en aquella última llamada telefónica, el padre Vittorio y él, con todo lujo de detalles, sin omitir nada. –Yo creo –concluyó– que el padre Vittorio hablaba de

usted cuando decía que los homicidios no habían acabado y que, de seguir él vivo, se producirían más. Como es natural, no pronunció nunca su nombre, hubiera sido demasiado fácil. Le confieso que este final no me gusta en absoluto: usted gana, y usted es el malo, por más que las últimas palabras del padre Vittorio me lleven a pensar que él se consideraba vencedor. Y, a estas alturas, resulta usted intocable, y si, como creo, este último capítulo le ha dejado satisfecho y no comete el error de volver a empezar –siempre cabe la posibilidad de que alguien le sorprenda in fraganti–, se libra del asunto hasta con cierto mérito. Y además, si se piensa bien, ya no hay nadie a nuestro alrededor a quien la verdad de los hechos pueda interesarle. Nadie, o casi nadie. Me interesa a mí escucharle, para no quedarme con tantas dudas dentro; tal vez le interese a usted contarle, porque una cosa como esta tendrá que contarla alguna vez, ¿o se imagina a un conde que no pone su título en su tarjeta de visita?

El maestro no parecía sorprendido, ni mucho menos ofendido, y mantenía su agradable sonrisa cordial estampada en la cara. Cuando Primo acabó de hablar, le pidió con toda cortesía que apagara el teléfono; después le preguntó si aceptaría que le cacheara, no quería caer en la trampa de la grabadora encendida, los periódicos están ávidos de estas incursiones en las vidas privadas. Por último, le sugirió que se desplazaran al otro lado de la casa, pero al ver que Primo le seguía sin ninguna clase de queja, vencido por el hedor, cambió de idea y volvieron a sentarse en el porche, delante del establo. Y a partir de ese momento, con la calma y serenidad de un querubín que canta los loores de los serafines, empezó a contar su historia:

–Ya conoce usted la primera parte de la aventura, no hay necesidad de volver sobre

ello, excepto algún detalle de poca importancia, es todo verdad evangélica. Puedo añadir únicamente que mis padres me mandaron durante años a ver a un psicólogo, lo que no me hizo bien alguno y me impidió además olvidar. No puedo decir, en cualquier caso, que mi vida fuera un abismo de sufrimiento. Estaba convencido de que llevaría, de adulto, una existencia normal, como la de todos los demás. No fue así. Cuando por fin encontré el amor, un amor como el de las novelas rosas, total, absoluto, hasta embarazoso, al que me entregué como si me hubiera hecho prisionero, descubrí que era impotente. No tenía ninguna razón para imaginarme un desastre semejante: por más que no hubiera tenido experiencias previas, me había masturbado con normalidad, como todos los chicos, había tenido sueños húmedos, me había excitado viendo películas y fotografías obscenas. Descubrí, en cambio, que era impotente porque no toleraba ninguna clase de contacto físico con otra persona. Es más, no toleraba ni la misma idea de que pudiera verificarse un contacto. La primera y única vez que me vi solo con la muchacha a la que amaba, vomité y sufrí un ataque de histeria, ella se vio obligada a llamar a un médico, yo acabé hospitalizado. No quiero aburrirle, así que resumo: algunos médicos me aconsejaron que me sometiera a análisis, otros me dieron fármacos que se revelaron completamente inútiles, tenía largas e inútiles erecciones que acababan volviéndose dolorosas. Era un hombre sediento que descubre que es alérgico al agua.

El maestro se detuvo para dar un breve trago de vino. Primo notó que había dejado de sonreír, ahora tenía un aire triste, resignado.

—Y así, empecé, era imposible no hacerlo, a odiar al padre Vittorio. Me temo que deberá admitir, señor Casadei, que ese hombre arruinó completamente mi vida. Si después de esa experiencia me hubiera vuelto homosexual, o pedófilo como él, tal vez habría aceptado mi destino. Un envoltorio de sufrimiento, un hombre que está lleno de sentimientos, pero que no puede expresarlos; que está lleno de deseos, pero que sabe que no podrá satisfacerlos jamás, ni uno solo, ni una sola vez. En comparación, sus ansias de sufrimiento siempre me parecieron ridículas. Su cilicio siempre lo vi como adminículo para estúpidos neorrománticos, un gracioso embellecimiento del cuerpo, como un tatuaje mal dibujado.

»De modo que fui a verlo. Si me hubiera tratado mal, quién sabe, quizá le habría pegado, tal vez habría intentado matarlo, pero todo habría terminado ahí. En cambio, se mostró humilde, se comportaba como un masoquista que se ha tropezado con un sádico, hizo lo posible para que yo lo odiara más furiosamente aún.

»Volví al cabo de unos días y le pedí, le impuse que me confesara. Tenía un plan en la cabeza, y empecé entonces a desarrollarlo. Quería infligirle el castigo más severo que un hombre como él pudiera concebir, y eso solo porque —lo creía entonces, lo creo ahora— se lo merecía.

»El plan, lo admito, no fue todo de mi cosecha. La otra víctima del cura había muerto en esos días, tras una vida turbulenta y desordenada. De este modo, hablando con su hermano, descubrí que no era yo la única persona que se había cargado de un odio tan extraordinario contra aquel cura, ya éramos dos. Y el pintor se incorporó con entusiasmo a mi conjura personal. Es más, la idea de mi conversión fue suya, decía que simplificaría

mucho las cosas, y era cierto.

»Mi primera confesión fue de lo más entretenida. Le dije que no creía en absoluto en su arrepentimiento, que era culpable de la muerte de un ser humano y de la destrucción de mi vida, le dije que consideraba lo de llevar el cilicio y lo de dormir en el suelo como un pintoresco asunto para debates televisivos. Le dije que le obligaría a pagar un precio mucho más alto. Estaba asustado. Me preguntó qué estaba intentando decirle. Me reí en su propia cara. Le contesté: no estoy intentando decirte nada, te lo estoy diciendo con absoluta claridad. Voy a obligarte a que te quites la vida.

Se interrumpió, bebió un poco más de vino, pero era ya como si algo lo obligara a seguir contando. Primo tenía razón, esa historia no podía guardársela dentro.

–Volví a hablar con él y esta vez no hubo premisas. Le dije que desencadenaría contra él el sufrimiento, en las formas más odiosas que pudiera imaginarse. Y que ese sufrimiento solo acabaría con su muerte. Le dije que esa muerte me la debía. Intentó explicarme de qué tremendo pecado se manchaba un suicida, y volví a reírme en su cara: si no lo supiera, ¿por qué razón habría de pedirle que realizara precisamente ese gesto?

»Fue a hablar con el obispo, no sé qué le diría, pero sin duda no pudo revelarle las cosas que le había dicho en confesión, se había vuelto un hombre hasta cumplidor en exceso de los deberes de un sacerdote. Pero algo le diría, porque el obispo le mandó aquí. Y, por separado, le seguimos los tres: el pintor y yo, y el veterinario.

»Este último era un fulano, de bastante poca consideración y aun menor moralidad, al que el pintor tenía en el bolsillo por alguna misteriosa razón. Su presencia en el pueblo debía servirnos para desviar las sospechas que sin duda recaerían sobre nosotros. Nos comprometimos, sin embargo, a no pedirle jamás que cometiera delitos graves: el veterinario se ofreció solo a realizar algunos falsos raptos, raptos que fueron proyectados de manera que acabaran frustrándose en cualquier caso.

»Volví a ver al cura, otra vez para confesarme, y le ratifiqué mis proyectos. Me imagino que contaba con que me faltara valor para llevarlos a cabo, por más que se asustara de verdad cuando le conté lo que iba a ocurrir y cuándo sucedería.

A Primo se le vino a la cabeza el día en que el humor del padre Vittorio cambió de manera tan repentina, sin motivo aparente, y recordó haber visto, justo antes, al maestro saliendo de la casa parroquial.

–Aquí, ¿no es cierto? –preguntó.

–Claro, aquí. Al primer niño debía matarlo yo, debía demostrar mi determinación. El pintor era un hombre extraño, completamente amoral, pero estafalario también, nunca llegué a fiarme del todo de él. Y además, sentía curiosidad por saber qué efecto causaría en mí el matar a otro ser humano. El pintor ya había hecho algo parecido, de vez en cuando me hablaba de ello. Yo no. Descubrí que la cosa no me hacía efecto alguno. Lo descubrí con satisfacción.

–¿Y esos mensajes? ¿Las cartas, la página del evangelio, el ordenador de la parroquia?

–Era para alimentar la fantasía de ustedes, siempre mirando de reojo su angustia. Habrá notado que nunca nos repetíamos.

–Pero después hubo de pasar algo que dio al traste con esa perfecta organización suya.

¿Qué fue?

–Bueno, francamente, aquí empezábamos a exagerar, por otra parte, el sitio se prestaba a excesos de confianza. El lugar y ustedes, los supuestos investigadores, tan terriblemente estúpidos... Estuvimos muy cerca de la catástrofe, el pintor objeto de sospechas e interrogado durante un buen rato, usted que me miraba con aire no precisamente benévolo, era hora de cambiar de aires. A esas alturas, el padre Vittorio ya estaba trastornado, se sentía culpable de todo lo que estaba ocurriendo, era solo cuestión de tiempo. Se trataba de irse de aquí y de volver a empezar en algún otro sitio, nadie descubre jamás a los autores de crímenes que se cometen sin motivo y de manera casual. Pero, por algún motivo, el pintor quería quedarse aquí, seguir aquí, le había cogido gusto. Se habían convertido en un peligro para mí, los dos, el veterinario y él, no sé cuál de los dos representaba un peligro mayor. Con el veterinario, la cosa resultó fácil. Con el otro, me faltó un pelo para el desastre, con ese gigantón retrasado vuestro que llegó antes que yo, una auténtica locura. Entre otras cosas, porque yo conocía los planes del pintor y él no. Pero en ciertos casos hay que saber improvisar.

–Y, una vez hecho todo eso, se vio usted libre para reorganizar sus planes, y volvió a ver al padre Vittorio...

–... y le conté lo que había hecho y lo que me proponía hacer. Fue la primera vez que le vi a punto de tomar una decisión. Temí incluso que decidiera traicionar el secreto de confesión. Pero me equivocaba. Por lo demás, siempre creí firmemente en mi victoria final.

–Sin decírmelo de manera explícita, el padre Vittorio me dio a entender que era él, a fin de cuentas, el vencedor.

–Tonterías –el maestro estaba ahora claramente irritado–, él se ha quitado la vida, no solo ha perdido, se ha perdido.

–Tengo una última pregunta que hacerle, después me iré por mi camino –Primo sentía unas enormes ganas de marcharse–; no le he hecho venir hasta aquí por casualidad, aquí viven dos mujeres cuya vida estaba enriquecida por un único tesoro, y usted se lo ha robado. ¿Es posible que hallarse aquí no le provoque la menor emoción?

–Me temo que no, señor Casadei –la sonrisa había vuelto, bien amplia, a iluminar las facciones regulares del maestro–, mucho me temo que no. Ninguna. Estoy convencido de que eso le causa pesar, lo que me confirma algo que siempre he pensado de usted, desde que le vi por primera vez: que es usted una buena persona, según los estándares comunes de valoración, pero que es también un romántico imbécil, según los míos.

Primo no replicó, por más que le picaran mucho las manos, pues tenía la impresión de haber conocido al diablo y lo único que quería ahora era marcharse, ¿qué sentido tiene golpear al diablo? De manera que ambos se levantaron prácticamente a la vez.

Por alguna razón, circula por ahí la convicción de que todos los grandes fenómenos de fuerza incontrolada –los huracanes, los ciclones, o simplemente la ira de los hombres furibundos– se manifiestan asociados a un gran estrépito y a fortísimos clangores. Pudiera ser verdad en muchas ocasiones, pero desde luego no lo es siempre. Porque, por ejemplo, la llegada de la Mariuccia fue tan silenciosa, además de tan extraordinariamente

rápida, que los cogió a ambos por sorpresa. Y si resultó un contratiempo para Primo, a quien todas las sorpresas hacían que le empeorara la ataxia, comprometiéndole siempre ulteriormente el equilibrio, es necesario admitir que en el maestro tuvo un efecto catastrófico. Podemos imaginarnos que, si la Mariuccia hubiera llevado a cabo esa especie de asalto usando simplemente sus manos desnudas, el resultado no habría pasado de unos cuantos moratones y, como mucho, alguna dislocación. Pero la Mariuccia acudió al abordaje empuñando sólidamente con ambas manos un biello, herramienta que, como el lector ya sabrá, tiene nada menos que tres dientes, largos y puntiagudos. Las decisiones que tomó la Mariuccia –dirección de la carrera, forma de empuñar el mango del biello, selección del blanco– se revelaron enteramente acertadas, de manera que el maestro se vio con los tres agujones profundamente hincados en el vientre, con notables probabilidades de que uno por lo menos hubiera llegado hasta la aorta abdominal.

El golpe debió de ser muy doloroso, porque el maestro se puso a gritar de inmediato, un largo chillido agudo que no parecía tener fin. Primo recuperó el equilibrio y durante algunos segundos se detuvo a contemplar cuanto estaba ocurriendo: las manos de los dos contendientes no se despegaban del mango del biello, las del maestro para evitar que la Mariuccia consiguiera recuperar el arma, las de la Mariuccia tirando furiosamente de ella. Porque era más fuerte, o porque el otro iba perdiendo las fuerzas, quien se salió con la suya fue la mujer, que extrajo los tres agujones del vientre del maestro solo para volver a hincárselos otra vez, con fuerza y con rabia, mientras él poco a poco se dejaba caer al suelo, sin dejar de gritar con un tono cada vez más estridente. Primo pensó en cuando asistía de niño a la matanza del cerdo, al que el matarife degollaba y dejaba morir lentamente, para que no se perdiera una gota de sangre. Mientras salía del porche y se alejaba, seguía oyendo los golpes sordos del biello, y los gritos cada vez más estridentes y bajos del maestro, hasta que estos se apagaron y solo podía oírse el ruido de los golpes, tum, tum, tum.

Al cabo de un rato, la Mariuccia salió del porche para ir directamente al abrevadero a lavarse las manos. Tenía la respiración algo afanosa, algunas manchas de sangre en el delantal, pero no parecía trastornada, nada parecido al tipo «mujer que acaba de matar a uno a golpes de biello».

Se acercó a Primo y, durante un rato, ambos permanecieron callados.

Fue la Mariuccia la que rompió el silencio.

–¿Qué piensa usted hacer? –le preguntó.

–¿Y usted? –replicó Primo.

–Sabe usted perfectamente que mi vida hace tiempo que ha acabado. Solo que está ese viejo de allá arriba, en la cama...

–El único problema que tenemos es el cuerpo –Primo la miró con aire interrogante–, es absolutamente preciso que nadie lo encuentre.

–Nadie lo encontrará.

Primo se dio cuenta de que estaba mirando hacia los cerdos y sintió un conato de vómito. Jamás había sentido tantas ganas de marcharse de un sitio.

–Recuerde que nos fuimos de aquí juntos, eran casi las ocho. Usted estaba en casa, no

nos oyó cuando salimos del porche, solo nos vio cuando ya estábamos en el sendero y nos saludó con la mano. Nosotros contestamos al saludo. Ambos. En cualquier caso, nadie lo buscará de inmediato, desde luego no antes de que pasen unos días.

La mujer volvió a entrar rápidamente en el porche, tenía cosas que hacer, por más que en realidad no hubiera tanta prisa.

A mitad de la cuesta, Primo se tropezó con Pavolone, a quien Proverbio había mandado salir a su encuentro.

–Dice –dijo Pavolone– que no se le pide a un viejo de ochenta años...

–Ya lo sé, ya lo sé –lo detuvo Primo. Pero había algo que tenía que decirle en seguida, y mucho cuidado con que se le olvidara. Ah, eso era:

–Recuérdame que le diga a Maria que no vuelva a comprar carne de cerdo. Nunca más.

Notas del traductor

¹ Se alude a los grupos de canto dialectal de la pequeña localidad romañola de Lugo, en la provincia de Rávena. (N. del T.)

² Juego de naipes típico de la región de Romaña, popularísimo, con una mecánica de juego en parejas parecida a la de la brisca. (N. del T.)

³ Olindo Guerrini (1845-1916), crítico y poeta, autor de una famosa recopilación de sonetos en dialecto romañol. (N. del T.)

⁴ Patriota y político republicano nacido en Forlì, muy próximo a Giuseppe Mazzini, con quien compartió exilio en Londres y el triunvirato que gobernó la fugaz República Romana de 1849, al que se alude después. (N. del T.)

⁵ El *Passatore*, es decir, el Barquero, es por antonomasia Stefano Pelloni (1824-1851), barquero y más tarde famoso bandolero romañol. (N. del T.)

⁶ Lorenzo Stecchetti es un seudónimo del Olindo Guerrini (véase nota 3); Teodoacre es el seudónimo de Ludovico Giardini, otro poeta dialectal de Romaña. (N. del T.)

⁷ Pellegrino Artusi (1820-1911) es el muy conocido autor del más tradicional tratado de recetas de la cocina italiana, *La scienza in cucina e l'arte di mangiare bene* [*La ciencia de la cocina y el arte del bien comer*] que, publicado en 1894, sigue siendo un clásico obligado en los hogares transalpinos. (N. del T.)

⁸ ¿Qué pasa? (N. del T.)

⁹ ¿Te has vuelto loco? (N. del T.)

Créditos

Título original: *Un tranquillo paese di Romagna*

Edición en formato digital: enero de 2013

© Sellerio editore, Palermo, 2008

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-97-4

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

| | |
|---------------------|-----|
| Portada | 2 |
| Portadilla | 3 |
| Dedicatoria | 4 |
| CRIMEN EN LA COLINA | 7 |
| Personajes | 8 |
| Prólogo | 9 |
| Capítulo I | 12 |
| Capítulo II | 19 |
| Capítulo III | 28 |
| Capítulo IV | 33 |
| Capítulo V | 38 |
| Capítulo VI | 43 |
| Capítulo VII | 48 |
| Capítulo VIII | 56 |
| Capítulo IX | 60 |
| Capítulo X | 63 |
| Capítulo XI | 67 |
| Capítulo XII | 71 |
| Capítulo XIII | 76 |
| Capítulo XIV | 81 |
| Capítulo XV | 84 |
| Capítulo XVI | 89 |
| Capítulo XVII | 93 |
| Capítulo XVIII | 97 |
| Capítulo XIX | 103 |
| Capítulo XX | 108 |
| Notas del traductor | 116 |
| Créditos | 117 |